TONI ACOSTA

Un caracol en mi armario



HarperCollins

Portadilla

TONI ACOSTA

Un caracol en mi armario

HarperCollins

Créditos

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid
www.harpercollins.com

Un caracol en mi armario
© 2025, Antonia del Carmen Acosta León
© 2025, para esta edición HarperCollins Ibérica, S. A.

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción total o parcial en cualquier formato o soporte.
Sin limitar los derechos exclusivos del autor y del editor, queda expresa-mente prohibido cualquier uso no autorizado de esta edición para entrenar a tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa.
Arte de cubierta: CalderónSTUDIO®

Ilustración de cubierta: Julia Martos Acosta

ISBN: 9788410641587

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Dedicatoria
Prefacio
1. La madre es Candelaria
2. Candelaria va a terapia
3. La niña es Eva
4. La abuela es Juana
5. Eva y el caracol
6. Candelaria a solas
7. La madre en la librería
8. La niña en el cole
9. Candelaria conoce a Cordelia
10. La madre, la hija y la abuela en el coche
11. Candelaria y Juana en la ferretería
12. La madre y la hija hablan
13. Cordelia’s Bitches
14. Candelaria al día siguiente
15. Las hermanas Costa
16. Jorge, Eva y Candelaria en el coche
17. Candelaria y Celia en los Goya
18. La madre justiciera
19. Construir el terrario
La pesadilla
Agradecimientos

Dedicatoria

A mi madre, Chana, la leona madre, siempre.
Te quiero, mamucha.
Te quiero con toda mi vida.

Prefacio

Este relato está basado en una historia real.
He cambiado nombres, lugares y tiempos.

1
La madre es Candelaria

-Hola, holaaaaaaa.

Llevo un bolso pequeño cruzado donde solo guardo el móvil, la cartera y los clínex. Un bolso grande con revistas, neceser, cargador del móvil, dos libros de bolsillo, la *tablet,* frutos secos, una manzana, una naranja, cosas varias. También cargo dos bolsas del súper. Me hago pis. Voy soltando como buenamente puedo el lastre, cruzando las piernas para que esta incontinencia mía no gane, esa incontinencia que se relaja al llegar a casa. Viene Amy, ladra, trepa por mis piernas, rebusca en las bolsas…

—Espera, espera que me hago pis.

Sigue ladrando.

—Para —grito—. Para.

Nunca para. Me da risa. Me meto en el baño, el que está justo a la entrada de la casa. He logrado quitarme el plumas, el bolso pequeño aún cuelga de mi cuello, Amy olfatea mis bragas.

—Que pares, Amy, por favor.

Salgo del baño.

—Hola, holaaaaaaaa.

El segundo «hola» siempre alargado, como una cancioncilla.

Camino hacia el salón, son las tres de la tarde y me acuerdo. Recuerdo. «Ay, no están». A veces se me olvida. Me quedo parada en el salón, inmóvil. La luz inunda la estancia, no hay cortinas, él

nunca quiso poner cortinas. Tengo que comprarlas. Una vecina un día me confesó que desde su casa se veía nuestro salón, de noche, si teníamos la luz encendida y no habíamos bajado aún las persianas.

De repente empiezo a ver pasar a todos los que vivimos en la casa, sé que estoy quieta y que Amy se ha calmado. Veo que Jorge se hace mayor, entra y sale del plano, como jugando al escondite, su pelo corto, su pelo ahora más largo, una novia, ¿un bebé? ¿Jorge y su novia han tenido un bebé? ¿Soy abuela? ¿Ya? ¿Tan pronto? También entra y sale Eva, siempre sonriente, siempre con la camiseta naranja de la jirafa, el pantalón corto azul marino desgastado y las deportivas viejas y rotas del Decathlon. Se hace mayor y va vestida igual. Está guapa, pero lleva la coleta baja. Trago saliva. No pasa de la garganta. Me siento como cuando me tocaba comulgar en el cole de monjas. La hostia se te quedaba pegada al paladar, al cielo de la boca —qué nombre más bonito «el cielo de la boca»—. Tragarme la hostia. Qué difícil era. Cuánta culpa. Nos convencían de que era el cuerpo de Cristo y yo trataba a la hostia así, como un cuerpo herido y sangrante. No podíamos masticarla. Yo esperaba, pacientemente, o no, a que la hostia se fuese despegando del paladar, era tremendamente angustioso, nunca sabía cuándo tragarla y tragarla me dolía. En qué mente se fabrica esta religión, a nadie le pareció raro, morboso o simplemente asqueroso explicar a infantes de ocho años que hay que comerse el cuerpo de Cristo, que está en la cruz, pero que luego resucita y después hay que beberse su sangre, que en esta ceremonia primero es vino y se transforma en sangre durante la consagración. Vino. Me tortura la religión. Las pesadillas. La confesión. Yo en misa siempre pedía lo mismo: «Por favor, no quiero vomitar mañana por la mañana el desayuno». El regusto de la hostia, que me recordaba siempre al papel que envolvía los turrones en la feria, se quedaba en la boca horas más tarde. ¿Pero de qué están hechas las hostias, mamá? Eso no se pregunta, mi niña. Y lo que no se pregunta, no existe. Así crecí yo. Con una cabeza llena de preguntas que no se preguntaban. Y si no se preguntaban, ahí se quedaban, sin responder. Lo que no se nombra no existe y si no existe, te lo inventas y así cada una se

inventa su propia verdad. Pero esa verdad, muchas veces, no es la realidad.

Sigo de pie paralizada en el salón blanco.

El tiempo pasa para los demás, para los que me rodean, no para mí y no sé, en realidad, el tiempo que pasa. Hasta que miro el reloj. Son las cinco menos cuarto. Tengo tiempo aún de recogerles en el cole. Ah, no. No me tocan. Otra vez me traiciona la memoria. Cojo el móvil y escribo el mensaje: «Carmen, tú conoces a una psicóloga, ¿verdad?». Carmen responde al instante: «Sí, aquí va su número, se llama Pilar. No tienes que explicarme nada». Agradeceré siempre a la vida las amigas que me ha puesto en el camino. Es hora de ir a terapia.

2
Candelaria va a terapia

Es un día soleado de febrero. Hace frío, seguro, pero yo no lo siento. Siento el sol. La luz. Mis piernas avanzan por la calle Fuencarral, se deslizan dentro de mis vaqueros azul marino, joder, estos vaqueros me quedaban ajustados y ahora me bailan. O yo bailo dentro de ellos. No me gusta adelgazar tanto, cuando adelgazo tanto no puedo pensar en otra cosa que no sea coger peso. Me paro delante del portal. Chequeo la dirección que he apuntado en un pósit de color amarillo. Dudo. ¿Llamo al telefonillo o no? Llamo. Me duele el pecho. Me duele fuerte. El portal se abre sin que nadie, al otro lado, pregunte quién soy. Mejor. No sabría muy bien qué decir, «ser o no ser». Atravieso un patio interior precioso con plantas altas de un verde intenso. Parece mentira que pueda existir un oasis así en medio del ruidoso Madrid.

Llamo a la puerta y aparece delante de mí Pilar. Bajita, gordita, con gafas redondas, pelo corto y rizado y un mechón azul intenso. No me lo estoy inventando, en su melena rizada tipo peluca de payaso esta mujer se ha teñido un mechón azul. Me gusta ella. Me gusta el toque *punky* que le da el azul.

—Hola, soy Candelaria —acierto a decir. Candelaria sí soy, pienso para mí, el nombre lo conservo.

—Bienvenida, mujer valiente, sígueme.

La sigo. ¿Me ha llamado mujer valiente? Me doy cuenta de que esto no es una consulta, es su casa y la habitación a la que me conduce, su despacho. Hay estanterías llenas de muñecas antiguas. Qué mal rollo, por favor. Pienso que me he equivocado. ¿De verdad ella es la psicóloga? O me habré colado en otra casa. No sé.

—Siéntate —me dice.

Obedezco y me siento.

—Te he puesto un vaso de agua.

Estoy como anestesiada, no tomo calmantes ni ansiolíticos, pero a mí la pena me anestesia, me deja completamente zumbada.

La silla en la que me he sentado es de mimbre, parece una silla de un programa de entrevistas de los años noventa en Marbella, con una presentadora con sonrisa perfecta, inamovible y blanqueada preguntando a la entrevistada por su mayor desgracia sin que se le altere el cardado del pelo ni la expresión de su cara. Se me clavan las varillas de la silla, atraviesan el vaquero y marcan la piel de mis muslos y de mi culo. La silla me duele. En realidad, el cuerpo me duele.

—Tienes que engordar —me suelta.

Yo digo:

—¿Cómo?

—Que tienes que engordar, puedo ver tus rodillas huesudas a través de tus pantalones, y cuando una persona está tan flaca, no piensa bien.

—Ya… —respondo—. Es que no es fácil, la comida se me queda atascada en la garganta y no baja.

—Dime: ¿a qué vienes?

Y yo empiezo a llorar. No estaba preparado esto. Me sorprendo a mí misma llorando ante una desconocida. Lloro fuerte. Lloro con muchas lágrimas. Se me moja el pantalón, ese que me quedaba ajustado y ya no. Intento decir a qué vengo. No me sale. Lloro como una niña, hipando. Lloro como cuando vomitaba el desayuno cada mañana. Lloro. Lloro.

—No puedo decirlo —le suplico—. Ya te lo conté en el mensaje.

Pilar no tiene WhatsApp, le dejas un mensaje en el contestador, como cuando no teníamos móviles, y luego ella te devuelve la

llamada.

—Ahora tienes que decírmelo a mí. Aquí. Ahora.

Miro disimuladamente mi reloj. Han pasado veinte minutos y yo solo lloro. Voy a pagarle setenta eurazos a esta mujer por sentarme frente a ella y llorar. Pensándolo bien, es un buen oficio por explorar; imagino los anuncios: «Escuchadora de llantos ajenos», «Ven a mi casa y llora, sin explicaciones; tú llora, que yo te escucho», «Escuchadora de llantos. No enjuicio. Escucho llantos con amabilidad y sonrisa». Pero no, Pilar es psicóloga y ella quiere escuchar a qué he venido. Se me cierra la garganta, creo que seré muda a partir de hoy, creo que si no logro pronunciar las cuatro palabras trágicas, ya no podré volver a hablar ni a escribir, y ya no seré. De repente, acierto a decir:

—Me voy a separar. —Aflojo. Respiro—. Bueno, me he separado, creo. Estoy en ello.

Ya está. Lo he dicho. Sigo llorando. Pero mejor. El llanto es más calmado. El llanto afloja. Y pienso por primera vez en todo este proceso que voy a sanar. Sí. Voy a sanar.

3
La niña es Eva

Soy Eva, tengo once años, estoy en mi habitación pisando la alfombra verde que yo elegí en Ikea. Llevo puesta mi camiseta naranja de la jirafa, el pantalón azul marino desgastado y las deportivas negras rotas del Decathlon. No sé vestirme de otra manera. Oigo la puerta de la casa abrirse en la planta de abajo:

—Hola, holaaaaaaaa.

El segundo «hola» alargado, como una cancioncilla. Es mi madre.

—Mamiiiiiiiii, ¡sube! —digo.

Oigo que Amy ladra, que mi madre entra en el baño que está a la entrada de la casa, deshaciéndose de su bolso grande y las bolsas que trae del súper.

—Que pares, Amy, por favor —la oigo decir.

Seguro que Amy le está oliendo las bragas.

—Estoy arriba, mami.

—Voy, voooooooy. Amy, no seas pesada, por favor.

Mi madre siempre entra en nuestra casa haciéndose pis, nunca la he visto entrar tranquila a darnos un beso o tomarse un vaso de agua, entra haciendo un bailecito absurdo y diciendo que su vejiga se relaja cuando entra en casa. No sé muy bien lo que significa esto, pero sí sé que se hace pis.

Por fin llega a mi cuarto.

—¿Y tu hermano? —me pregunta.

—No sé, creo que hoy se quedaba en el cole haciendo guitarra —le digo.

—¿Qué haces? —me dice mientras recoge mis calcetines del suelo y se sienta al borde de mi cama, sacándose con esfuerzo sus botas camperas para liberar sus deditos de los pies y moverlos alegremente.

—No sé —le respondo.

—Dices mucho «no sé».

—No sé, mami, miraba mi ropa, mi armario. Creo que no tengo un estilo.

Mi madre me mira con ternura, yo sé que ella me quiere infinito, pero también sé que no sabe lo que me pasa. Mi madre me abraza, me escucha, pero no sabe. Al nombrar la palabra «estilo» abre mucho los ojos. Sé que odia mi camiseta de la jirafa, más bien odia que me la ponga todos los días. Que la busque en el tendedero para ver si ya está seca cada vez que hay que vestirse «de calle».

—Te la voy a esconder —me amenazó un día, uno de esos días en que su paciencia se agota—. Eva, tienes mucha ropa, yo trabajo para comprarte ropa bonita, ¿no te gusta ninguna otra camiseta?

—Pero a mí la camiseta de la jirafa me hace sentir bien.

—¿Qué quiere decir que no tienes un estilo?

—No sé —le digo.

—Buscamos un estilo para ti. Podemos mirar Instagram, actrices que te guste cómo van vestidas o cantantes. Podemos buscar inspiración y fotografiar los *looks*. ¿Qué te parece?

—No sé —contesto.

A mi madre la desespero. Sobre todo cuando contesto «no sé» casi sin pensar. Pero mi madre tapa y no me enseña esa desesperación. Sale de mi habitación y baja a la cocina para hacerse una manzanilla. Está cansada. Eso sí lo sé.

Es difícil saber por qué están cansados los padres. Se supone que ir a trabajar es más fácil que estudiar cosas que no te gustan, pero es verdad que ella, además de trabajar, va a la compra, paga las facturas, avisa al fontanero cuando se atasca la bañera, lee los *mails* que llegan del colegio, va a las tutorías, nos lleva a extraescolares y a los cumples de los compis del cole los fines de semana, prepara

los disfraces, organiza la comida, prepara los desayunos, el *pack lunch,* cose el uniforme cuando se me rompe, va a por cartulinas si tengo que hacer un trabajo, lava el chándal y hasta lo seca con el secador de pelo el día que se me ha quedado olvidado en la mochila, me seca el pelo por las noches con el mismo secador, escribe las notas a mis profesores, me pasa la liendrera cuando tengo piojos, compra la comida de Amy cuando se acaba y los palitos para limpiarle los dientes, también la lleva al veterinario a ponerle sus vacunas y a nosotros al médico cuando tenemos fiebre… Buah, mi madre hace un montón de cosas. Mi madre solo se olvida de las cosas que son para ella, se olvida siempre de comprar su perfume y entra derrapando en mi cuarto para echarse mi colonia de bebé.

—Mejor oler a bebé que a fritanga, ¿no crees? —dice riéndose.

Y se olvida siempre de comprar su máscara de pestañas, que así llama ella al rímel. Me encanta mirar a mi madre mientras se maquilla. Ella dice que no sabe, que ojalá la maquillara Cordelia, que yo no sé quién es esa mujer. Al llegar a las pestañas sé que dirá «ya la he liado», porque el rímel está gastado y lo que queda lo reparte como puede y lo convierte en pegotes negros que luego barre con un cepillo de dientes viejo que usa para esto y para peinar sus cejas pobladas y que la mayoría de las veces se le quedan muy negras, las cejas, porque primero barre y luego peina y no al revés. Pero le queda bien. Porque los pegotes resaltan sus ojos grandes y verdes y nunca tapan su mirada alegre. Mi madre es guapa. Y mi madre tiene un estilo.

—Oye, mami —le digo—, hay un caracol en mi armario.

—¿Qué? —grita desde la escalera.

—Que hay un caracol en mi armario —repito.

Mi madre aparece otra vez en la puerta de mi habitación.

—¿Qué dices, Eva?

Le explico a mi madre que hace un rato he encontrado un caracol en el césped del patio de atrás, es césped de plástico, así que me dio pena y lo cogí, entonces se escondió, lo dejé en mi armario y ahora no lo encuentro.

—Quizá puedo ponerle hierba para que coma y agua para que beba y hacerle una mantita con un recorte de tela de los tuyos,

mami.

Mi madre me mira con una cara rarísima y resopla. A las madres hay que pedirles las cosas cuando están cansadas. Así la convencí de traer a Amy. Ella nunca había tenido perro, creo que mi abuela no la dejaba. Pero ahora quiere tanto a Amy que a veces se confunde de nombre y la llama Eva a ella y Amy a mí. Creo que mi madre piensa que me he inventado lo del caracol, pero no discute. Mira un poco a su alrededor y, como no lo ve, se marcha escaleras abajo hacia la cocina.

—Luego hablamos de tu estilo, mi amor —me dice.

Me quedo de pie en medio de la habitación. Mi armario está abierto de par en par y no me gusta mi ropa. Es como ropa de niña y yo ya no soy una niña. A ver si aparece de nuevo el caracol. Por nada del mundo quisiera pisarlo.

4
La abuela es Juana

-Holaaaaa, ¿hola?

Entro en casa de mi hija mayor, es viernes por la tarde, abro con mi propia llave. En realidad, lo hago por si ella está dormida o cansada o tirada en el sofá viendo una serie, pero cuando abro la puerta de su casa grito fuerte, claro, para que sepa que he llegado.

—Ay, mami, no te esperaba esta tarde —me dice ella—. Eva y Jorge no están. Están con su padre este fin de semana.

Me dice desde el sofá, tirada la pobre. Mi hija hoy parece un trapo. Pero no se lo digo.

—No importa, mi niña, no importa. Cariño, no se puede andar con todas estas bolsas esparcidas por el suelo. Nada, nada, yo las recojo. Y el bolso ponlo siempre encima de una silla, por favor, o de una mesa, que se va el dinero si lo dejas en el suelo, se va el dinero.

Pienso que no está bien, mi hija no está bien, aunque ella diga que sí lo está. Lleva ya dos años divorciada, pero no está bien.

—Tú sabes que yo vengo con gusto, total, ¿qué voy a hacer yo un viernes por la tarde? Pues venir aquí a verte, a ver cómo está la casa, a traerte la ropita que me llevé para lavar a mano…

—¿Pero te llevaste ropa para lavar a mano? —me dice medio adormilada desde el sofá.

—Sí, me la llevé, ¿a que no te has dado ni cuenta? No te levantes, ¿eh? No te levantes, que tú estarás cansada. Ya sabes que a mí me

encanta ayudarte y que yo no me siento nunca. Setenta y cuatro años tengo y no me siento. Me da hasta risa, porque a veces, cuando ya por fin me voy a meter en la cama, pienso: «Madre mía, si yo hoy no me he sentado». Pero así estoy de bien. Que el otro día me probé el vestido de la boda de tu prima que, qué sé yo…, ya llevará quince años casada, por si acaso me invitan a la comunión de su hijo, el mediano, que ya va a hacer la comunión, cómo pasa el tiempo. Y el vestido me sirve. ME SIRVE. Te diría que me queda hasta más holgado ahora. No te levantes, ¿eh? De verdad. Te voy a repasar un poquito el baño, este de la entrada, por si invitas a alguien el fin de semana. ¿Vas a invitar a alguien? Bueno, no me lo tienes que contar. No te levantes, ¿eh? Pero ¿dónde está el estropajo verde? El que usamos para el baño. ¡Ay! Lo encontré. Pues dónde iba a estar, en su sitio. Pues con el vestido puesto pensé: «¿Cómo te vas a poner en la comunión del hijo el vestido que llevaste a la boda de la madre?». Yo sola muerta de la risa. Y tu padre también. Tu padre que se ha ido a echar la lotería, qué esclavitud poner siempre los mismos números, claro, como digo yo, como un día se te olviden, salen, ese día salen esos números. No, no. Antes era él que se escapaba a poner la lotería cada semana. Ahora soy yo la que le insiste cada semana. «Que no se te olvide poner los números, niño. ¿Ya pusiste los números, niño?». Así hasta que los pone. ¡Mira! Te has dejado aquí unos pendientes encima del lavabo. Preciosos, qué bonitos son. Ahora te los subo a tu habitación. Si quieres, ¿eh? Que no quiero yo molestar. Claro, los niños con el padre. ¿Se fueron contentos? Qué rabia no haber llegado un poco antes para verlos, pero como no quería molestarte, he venido más tarde. Ya está, fíjate tú con qué poquito se queda el baño flamante. Fla-man-te. Qué bueno es este líquido del Mercadona para los baños. Y barato. No te preocupes que en cuanto llegue tu padre, yo me voy. Nos vamos los dos. ¿Qué ponen hoy en la tele? Ni sé. Yo no veo la tele. Bueno, el deporte sí, tu padre me tiene puesto el deporte las veinticuatro horas. No las veinticuatro horas del día, sino que el canal se llama así, veinticuatro horas de deporte, o deporte veinticuatro horas, siempre lo cambio, jajajaja. Venga fútbol, tenis, hasta *hockey*. *Hockey* estábamos viendo el otro día. Que yo le dije: «Niño, es que

yo no conozco a nadie». A nadie del *hockey,* ¿me entiendes? A mí me gusta decir los nombres cuando salen los jugadores, ¿sabes? Cuando salen en la tele, cuando los enfocan se dice, ¿no? Y tampoco me sé las reglas del *hockey,* palo p'arriba, palo p'abajo, mira, un susto, cada dos por tres parece que uno le va a dar con el palo en la boca a otro y se va a quedar sin dientes. ¿Te acuerdas cuando tú te partiste el diente? Qué pena… Por Dios, qué pena… ¡Ay! Tienes el lavavajillas lleno, pero ¿estos platos están limpios? Te lo vacío. Total, ¿qué me cuesta a mí? Si yo no me siento. Yo nunca me siento. Tú no te levantes, ¿eh? Esta bandeja grande no sé dónde ponerla. No, pero no te levantes. La dejo aquí y tú la guardas luego. ¿Qué? ¿Estás viendo una serie? Ay, a mí ahora me gustan las series turcas. Sí. Hasta a tu padre le ha gustado *Café con aroma de mujer*. Qué guapo ese hombre, ¿eh? Hasta tu padre dice que es guapo. Ya está. Todo ordenado. ¿Tienes algo que planchar? Porque yo ya no me siento, total, ¿para qué? Si tu padre está a punto de llegar, si me siento luego me cuesta más levantarme. Yo me pongo a tu lado callada planchando lo que quieras que te planche.

—Vale, mami —me dice mi hija—, no me levanto porque me duele un poco la cabeza, y de verdad no hace falta que planches. Este finde solo tengo que escribir un par de artículos, y planchar me gusta. Solo que ahora no. Ahora no quiero.

—Que yo no quiero que planches tú —le digo—, jajajaja. Tú quédate sentada que yo me pongo en aquella esquina. ¿Te importa cambiarte de sofá? Que así pongo aquí la ropa que voy planchando. ¿La serie esta de qué va? Ay, mira, sale ese actor que me gusta tanto, que trabaja tanto. Está en todas las series y está en todas las películas. Seguro que es bajito, ¿verdad? Yo creo que los actores siempre parecen más altos en la tele de lo que son en la vida.

Me doy cuenta de que mi hija se ha dormido. Pobre, trabaja mucho y no le gusta estar sola los viernes por la tarde, aunque no lo diga, yo lo sé. No le gusta. Por eso vengo yo a hacerle compañía. Le mando un guasap a mi marido: «Niño, no llames a la puerta, que la niña se ha dormido».

«Entro con mi llave. No te preocupes», me responde él. Mi marido también tiene llaves de la casa de mi hija.

5
Eva y el caracol

Lo encontré.

—Lo encontréééééééééé, lo tengo, mamiiiiiii.

Corro escaleras abajo, me doy cuenta por primera vez de que en mi casa hay escaleras de caracol. Estaban aquí cuando mis padres, embarazados de Jorge, compraron la casa, y cada uno de nosotros nos hemos caído alguna vez por estas escaleras. Son muy resbaladizas, las escaleras de caracol tienen truco, hay que pisar el lado más ancho. Jorge siempre las baja muy atropelladamente, a saltos y haciendo mucho ruido.

—Se me pone el corazón en la garganta —le dice mami.

Hoy yo bajo las escaleras como Jorge.

—Lo tengo, tengo el caracol. No mires mi cuarto, mami, porfa, yo lo ordeno luego. Es que he tenido que sacar toda la ropa para encontrarlo —le digo—. ¿Tienes una caja de cerillas grandes, mami, las que usas para encender tus velas?

—Sí, enfrente de la lavadora están.

Me la encuentro en la cocina, con las gafotas negras puestas, leyendo en su móvil, sentada en el suelo en su colchoneta de yoga, con Amy espatarrada y boca arriba a su lado para que le rasque la barriguita y tomando infusión de manzanilla con limón; huele a limón. Me encanta el olor a limón. A cualquier hora del día puedes encontrar a mi madre en medio del salón haciendo estiramientos en

el *mat* de yoga. Y sus tazas con la infusión de manzanilla pueden aparecer en cualquier lugar. Toma infusiones recorriendo la casa y las olvida recorriendo la casa también: encima del radiador, en una estantería, encima de los libros que se amontonan por las esquinas, hasta en el coche. Cuando faltan tazas en el mueble de la cocina, hay que ir a buscarlas al coche. Infusiones y café.

—¿Pero el caracol está andando?

—No, mamucha, está dentro de la concha. ¿Se llama concha la espiral esa que arrastra como si fuese una casa? La concha de este caracol es preciosa.

—Pues, fíjate, estaba leyendo aquí sobre los caracoles, mañana yo tengo la presentación de las cremas de Cordelia, que son de baba de caracol. Es muy mágica esta casualidad.

—Voy a hacerle una casita como la cajita del corderito en *El Principito.* Pero la dejaré dentro del armario, ¿te parece, mami?, para que Amy no la encuentre, que igual se lo quiere comer.

—No lo dudes, mi amor, hay un montón de recetas de caracoles.

—Puaj, ¿qué dices, mami?

—Sí, sí, sobre todo en Italia, Francia y España hay tradición de comerlos. Hay caracoles al vino, caracoles en salsa de mantequilla y ajo, caracoles en caldo de jamón ibérico y pimentón, hasta caracoles fritos con ajo y cebolla.

—Yo no los quiero probar, qué va.

—Ya, ya. No te preocupes. A mí me dan asquito.

«Uno come siempre lo que come su madre», es una frase que dice la mía. Claro, si no te gusta algo, no lo cocinas, si no lo cocinas, no lo prueban tus hijos. Yo a veces flipo con las cosas que come la gente, rabo de toro, oreja, criadillas. Por eso yo no he probado nunca los caracoles, porque a mi madre le dan «asquito» y hoy me alegro, porque tengo un caracol especial que es mío. De todas formas, esto lo llama mi abuela comer con los ojos. Te da asco la comida y no la pruebas.

Hay un tema en esta familia con la comida y con mi madre y mi abuela. Nunca lo cuentan bien ellas, pero creo que mamá era muy lenta comiendo y no le gustaba probar cosas nuevas y vomitaba todo el rato, y esto a mi abuela le desesperaba. Ellas se ponen

tensas al hablar del tema y creen que yo no me doy cuenta, pero yo soy cotilla, yo lo veo todo, lo escucho todo.

Mientras mi madre ojea su móvil, toma su infusión y rasca a Amy tumbadas las dos en el *mat* de yoga de color azul turquesa —solo las madres pueden hacer todas estas cosas a la vez y decir que se están relajando—, yo vacío la caja de cerillas, le hago tres agujeros con el cúter que guardamos en el cajón de «herramientas del abuelo» y elijo un cachito de tela de las camisetas viejas que usamos para limpiar los cristales y pienso que mi madre me cae bien. La observo y ahora ella, aunque parezca imposible, hace la postura perro boca abajo mientras lee.

—Pero los caracoles aparecen en primavera, es muy raro esto, supongo que como ayer llovió… ¿Dónde lo encontraste?

—En el césped falso del patio de atrás, y creo que se sentía rarísimo en un césped de plástico.

Escuchamos la puerta de la calle abrirse: es Jorge. Corro hacia él con mi cajita en la mano. Mi hermano es luminoso, desgarbado y con un pelo imposible de domar. Mami intenta peinarlo cada mañana, pero él no se deja nunca, creo que incluso a ella le hace gracia que sea tan diferente a los demás chicos de su edad. Me saca cuatro años, pero como yo cumplo en noviembre y él en julio, hay meses en los que me saca cinco. Él se mueve en bici por la urba. Un día yo también me moveré en bici por la urba. Es mi mejor amigo y a él le cuento cosas que no le cuento a nadie.

Entra en la cocina como un elefante en una cacharrería, que no sé muy bien cómo entra un elefante en ningún sitio y tampoco sé si las cacharrerías existen, pero es lo que le dice mi abuela todo el rato. Suelta la mochila, la bolsa de hacer esgrima, la carpeta de los dibujos, dos libros, se quita los auriculares y los lanza sobre la mesa. ¿Cómo puede mantener el equilibrio en la bici cargando con todo esto?

—Misterios insondables de la vida —nos dice con su amplia, gigantesca, infinita sonrisa.

A mi hermano le encanta usar palabras raras, yo no le pregunto qué significan cuando las oigo, porque luego me dicen que interrumpo las conversaciones, pero por la noche, antes de dormir,

las busco en el diccionario. Quiero aprender a hablar como él. Esta noche buscaré insondable. Jo, me encantaría ser como mi hermano. Cojo un boli de una de las latas recicladas de Nesquik que usa mi madre como portalápices y me la apunto en la palma de la mano izquierda. Claro, porque soy diestra. Siempre llevo la palma de la mano izquierda llena de palabras, escritas en distintos colores, emborronadas porque se van destiñendo, como tatuajes viejos o como un mapa. Mi mano izquierda parece un mapa del tesoro. Y el tesoro son las palabras que quiero aprender.

—Me he tomado mi cortado en el bar de siempre, he saludado al camarero de siempre y he estado allí en el banco que mira al palacio leyendo un rato y charlando con los viejos de la residencia, ¡qué tíos!, y he esperado para ver el atardecer —nos cuenta Jorge—. Y me he aprendido un monólogo de Shakespeare, de *Hamlet,* qué tío Hamlet.

—No me gusta la palabra viejos para llamar a los viejos —le dice mami.

—Es que son viejos, jajajajajaja.

Jorge se está sirviendo un vaso de agua bien fría. Cuando él habla, todos escuchamos, hasta Amy. Como es el único chico de la casa, Amy le ronronea, sí, como una gata, camina en círculos a su alrededor, muy melosa, muy *sexy* yo diría que le habla, es un ruidito grave lo que sale de su garganta, como un susurro o una queja o un gemido.

Gemido es la última palabra que busqué en el diccionario, pero no se la escuché a Jorge, me la dijo Eva, la otra Eva, mi mejor amiga del cole, me dijo: «No vayas a ponerte a gimotear ahora, no seas cría». Cuando busqué gimotear me salió también «gemir» y «sollozar», así que ese día aprendí tres palabras.

Y, entonces, Jorge se pone a recitar:

—*To be, or not to be, that is the question: Whether 'tis nobler in the mind to suffer. The slings and arrows of outrageous fortune. Or to take arms against a sea of troubles. And by opposing end them? To die, to sleep, no more; and by a sleep to say we end the heart-ache and the thousand natural shocks that flesh is heir to 'tis a consummation devoutly to be wish'd. To die, to sleep; to sleep:*

perchance to dream, ay, there's the rub; for in that sleep of death what dreams may come, when we have shuffled off this mortal coil, must give us pause. Y hasta ahí me he aprendido —sonríe, sonríe grande.

Mami y yo estamos paralizadas con la boca abierta. ¿Cómo puede hacer esto Jorge? ¿Cómo? Además, recita con un acento inglés un poco inventado, un poco actuado. Que nos da bastante risa.

—¿Cómo puedes hacer eso? ¿Cómo? Siempre me sorprendes. Luego me lo dices en español, lo haces genial, pero no he entendido nada —digo yo.

—¿Vosotras, qué tal? —nos pregunta.

—Yo he encontrado un caracol vivo, en el césped de plástico, lo llevé a mi cuarto y lo perdí en el armario, pero lo he vuelto a encontrar y le estoy haciendo una camita casita. Aunque él ya lleva una casa a cuestas. ¿Te lo enseño?

—¡Claro! —me dice, con su amplia, gigantesca, infinita sonrisa.

Y nos escapamos hacia mi habitación y dejamos a mami hablando sola. Esto nos pasa muchas veces, su voz es como una musiquita de fondo:

—Oye, pues resulta que son hermafroditas, los caracoles, nacen y mueren siendo macho y hembra a la vez, se llama hermafroditismo sincrónico. ¿Os habéis ido? ¿Oye? ¿Dónde estáis?

Le enseño el caracol a mi hermano. La concha es de color verdoso, con unas pizcas de amarillo y marrón, parece pintado a mano, cuidadosamente. Me la pego a la oreja por si lo siento respirar mientras duerme, o quizá escuche el mar, tenemos una que mi abuela trajo de Tenerife para oír el mar, pero en Madrid no funciona, solo se escucha el mar en una concha si estás cerca de la orilla; en Madrid, no. «Por favor, que mi caracol esté vivo», pienso.

—Seguro que está vivo —me dice Jorge como si leyera mi pensamiento.

Jorge sube a la buhardilla y se pone a tocar la guitarra.

Yo busco en el diccionario viejo que guardo en mi habitación mi palabra de hoy: «Insondable»: 'Dicho del mar, que no se puede sondear, que no se puede hallar su fondo con la sonda. Que no se puede averiguar, sondear o saber a fondo'. Pienso que mañana

utilizaré este adjetivo. Y después *Hamlet*. Le robo a mami de su estantería de teatro, el pequeño ejemplar de *Hamlet.* Mi tía Celia es actriz y siempre nos regala teatro, sobre todo si ella va a hacer esa función, para que la leamos antes. Nos gusta leer teatro por las noches en la cama de mami, cada uno hace una voz y Jorge hace todos los chicos, ay, sí, esto de «ser o no ser» me suena muchísimo. Decido que lo voy a copiar.

Hamlet, acto tres, escena primera: «Ser o no ser, esa es la cuestión. ¿Cuál es más digna acción del ánimo, sufrir los tiros penetrantes de la fortuna injusta, o tomar las armas contra este torrente de calamidades, y darles fin con atrevida resistencia? Morir es dormir. ¿No más? ¿Y por un sueño, diremos, las aflicciones se acabaron y los dolores sin número, patrimonio de nuestra débil naturaleza?… Este es un término que deberíamos solicitar con ansia. Morir es dormir… y tal vez soñar. Sí y ved aquí el grande obstáculo, porque el considerar qué sueños podrán ocurrir en el silencio del sepulcro, cuando hayamos abandonado este despojo mortal, es razón harto poderosa para detenernos».

«No he entendido nada», pienso, y lo grito por el hueco de la escalera de caracol, el grito va hacia arriba.

—Jorgeeeeeeeee, no he entendido nada de nada de lo de *Hamlet*.

—Ja, ja, ja, ja, ja, ja, —se ríe él—. No importa, querida guerrera, no importa, ya entenderá usted, o no, es de los textos más estudiados de la historia de la literatura. Tú di siempre eso de ser o no ser y quedarás bien, muy culta, muy leída. Shakespeare siempre te hace quedar bien.

—¿Queréis venir conmigo a pasear a Amy? —nos grita mami desde abajo—. Así os cuento todo lo de los caracoles, lo que he encontrado.

Nuestra casita en vertical habla a gritos, de abajo arriba y de arriba abajo. Y sí. Bajamos en tropel, casi a galope, Jorge y yo, y acompañamos a Amy en su paseo del atardecer.

Respiro. Sonrío. En mi casa todo está bien, incluso cuando no está bien.

Me he quitado el uniforme del cole y me he puesto mi camiseta de la jirafa que es mi otro uniforme de la vida y veo la cara de mami al

verme así vestida y en su cara leo que para ella todo no está bien. No. Ella cree que soy insondable. Vaya, ya la he usado. La palabra nueva.

—Espera, mami, que me hago una coleta.

Y le doy la mano.

Y salimos los cuatro.

6
Candelaria a solas

Viernes. Por fin viernes. Entro en mi casa corriendo como siempre, Amy me recibe ladrando como siempre. Me deshago de las bolsas del súper y del bolso grande, haciendo mi bailecito para entrar al baño, como siempre, pero hoy me concedo dejarlas tiradas por el suelo porque es viernes y estoy sola. Hago pis. Escuchando el chorrito de mi pis en la soledad de la casa sonrío. Es una sonrisa pequeñita. Es una medio sonrisa. Pero es una sonrisa al fin y al cabo. Todo está bien. Jorge y Eva están con su padre y todo está bien o medio bien. Respiro. Qué bueno respirar. Dos años ya. Me tumbo en el sofá. Me saco las botas y la chaqueta y cierro los ojos. La casa está sorda. Mi madre llama así a una casa en silencio. Observo el salón. Ya tiene cortinas. Me gustan estas cortinas, yo elegí la tela, las cosió mi madre. Hay una nota de Eva encima de la mesa: «Mami, te adorisisisisisisimo». Qué mona es. Cojo el mando de la tele y busco una peli de fondo. Una peli que me dé un poco igual. Total, es una peli para dormir. Dejo mi móvil cerca, encima de la mesita del salón por si me llaman, «por si me llaman», está detrás de mi oreja desde el día en que nació Jorge y empecé a temer por si le pasaba algo. Un miedo susurrado que arrastramos todas las madres ya para siempre desde el minuto cero en que nos dicen «estás embarazada». Ahí empieza el miedo. La culpa viene un poquito más tarde. Para dormirme pienso en el mar, es una imagen

y un sonido al que vuelvo siempre que quiero relajarme, mi mar canario azul intenso con olas furiosas que arrastran las piedras y las vuelven a arrastrar. Viene la ola, la ola se va. Viene la ola, la ola se va. Oigo la puerta abrirse. ¿Se habrán olvidado algo Eva o Jorge?

—Holaaaaaaaa, ¿hola?

Ay, Dios, es mi madre.

Aparece primero su letanía y después ella. Mi madre no calla. Mi madre habla. Trae ropa planchada y algunos táperes, táperes con caldo y lentejas y una tortilla de papas.

—¿A que no te has dado ni cuenta de que me llevé ropa para lavar a mano?

No le cuento que el martes por la noche estuvimos hasta las tantas buscando la camiseta de gimnasia de Eva y que lo solucionamos con una de su hermano bastante rota, bastante viejita. No para de decir «no te levantes, ¿eh?». Frase que me estresa muchísimo porque nunca sé si lo dice de verdad o para que, de verdad, me levante. Y es que, de verdad, yo no tengo ninguna intención de levantarme. Repasa el baño de la entrada, ordena las bolsas que dejé tiradas por el suelo, saca la tabla de planchar y me obliga a cambiarme de sofá.

—No te levantes, ¿eh? No te levantes —repite como el estribillo de un villancico en un centro comercial desde principios de noviembre, dos meses antes de Navidad.

Me habla de mi prima, de la comunión de su hijo. Solo quiero dormir un poquito. ¿Me habla de *hockey*? ¿O me he dormido y lo estoy soñando?

La verborrea de mi madre es un zumbido constante, se te mete por los oídos y llega a convertirse en un hilo musical martilleante. Los pendientes, la lotería de mi padre, Canal 24 horas o veinticuatro horas de canal…, siento que mi madre es feliz así. Y la dejo hacer. Y la dejo hablar. Me recuerdo que todo está bien.

Cuando me despierto, mi madre se ha ido. La casa sorda, muda y muy ordenada. Mucho más ordenada que cuando la ordeno yo. A mi padre no lo he visto. Es de noche y mi salón solo se ilumina con la pantalla de la tele. La peli ha acabado, tendré que verla otra vez.

Chequeo el móvil. *No news, good news.* Los chicos están bien. Hay un audio de mi madre de once minutos cuarenta segundos. ¿Le quedó algo por decir? Me levanto despacio y voy a la cocina a prepararme una manzanilla con limón. La bandeja blanca grande está encima de la mesa. Seguro que no supo dónde guardarla. Mientras el agua hierve, escucho el audio.

—A ver… está grabando esto, ¿no? Creo que sí… espera porque, no, no… ah sí… está grabando: niña, te quedaste dormida, llegó tu padre y nos fuimos. La ropa está planchadita en el cuarto de cada uno, pero, oye, el cuarto de Eva era una leonera. Mira, mira, mira, las puertas del armario abiertas y toda la ropa tirada por el suelo, todo, hasta los zapatos. ¿Ella saca todo para vestirse? Porque yo la veo siempre vestida igual, con la camiseta esa de la cebra. ¡Niño! ¡Cuidado con ese, que ese se salta el semáforo! Voy ayudando a tu padre a conducir. ¿Qué te estaba contando? Ah… sí, el cuarto de tu hija, sí. Pues en medio del armario hay una cajita con un caracol. Yo no digo nada, mi niña, pero pa mí que está muerto. Está rodeado de hierbas y una tela monísima, pensé que era algún trabajo del cole, como cuando a ti te dio por los gusanos de seda, ¿te acuerdas? Qué asco, tú esperando que saliera la mariposa y no salió, no salió nunca la mariposa. Tu padre me dijo que no lo tocara, al caracol, digo, pero, mi niña, eso puede traer enfermedades, virus, cosas, como el covid. ¿No crees tú? No lo toqué, pero la ropa sí. La ropa la recogí toda y la volví a meter en el armario. A ver si te gusta cómo la ordené. A mí me encanta y a tu padre también, que me ayudó. Jajajaja. Ay, tu padre, ahora hace de todo tu padre, hasta cortar cebolla para yo hacer la ensaladilla. Niño, niño, ya te saltaste la salida, muchacho, era por ahí, coge la autopista que ya nos vamos a casa. Bueno, mi niña… yo lo que digo… ¡Ay, niño! Te está sonando el móvil, es que no oyes, no oyes, menos mal que estoy yo. Mi niña, te dejo, que está llamando tu hermana a tu padre. Daaaaaaaame, ¡respondo yo! Celia, Celia, estaba hablando con tu hermana por mi móvil. Claaaaaaaro, con tu hermana te digo, por eso has llamado a tu padre, pero llámame a mí, porque él no oye, qué va, nunca oye el móvil, menos mal que estoy yo…

Aquí dejo de escuchar. Entiendo que mi madre va a contar a mi hermana todo lo que ha hecho en mi casa. Y no quiero escuchar esa versión. Las madres son actrices. Con cada hija, con cada hijo, interpretan un personaje. Me pregunto si yo también lo hago con mis hijos.

Qué rica está mi manzanilla con limón.

Subo las escaleras para ir a la habitación de Eva, veo el armario ordenadísimo y la cajita del caracol. Ahora entiendo por qué su abuela no lo tocó, hay un folio escrito por Eva que dice: «No tocar. Es importante». Me quedo mirando su ropa. Tenemos que ir de compras. Tenemos que encontrar un estilo.

Entro en mi baño. Siempre he agradecido que esta casa tenga un baño para mí. Si me dieran a elegir entre una casa con cocina grande o con baño para mí sola, elegiría sin dudar ni un segundo el baño. Casi lo comparo a una habitación propia. Creo que las mujeres solo nos atrevemos a ser nosotras mismas ante el espejo de un baño, a solas, mientras nos desmaquillamos por la noche o nos miramos a la cara por las mañanas, antes de que todo empiece de nuevo, al amanecer, las ojeras, los labios casi siempre cortados, algún que otro pelo que se ha desbocado en las cejas y hasta en la barbilla. Qué mierda es esta de los pelos en la barbilla que aparecen un día cualquiera, sin previo aviso, cuando te estás tomando un café.

Las bolsas que dejé en la entrada de mi casa porque es viernes, porque me da la gana, están repartidas por el lavabo. Al menos mi madre no las ha abierto y clasificado y me alegro, porque esta vez no sé lo que hay en ellas. Estamos trabajando en la campaña de un producto nuevo «antienvejecimiento». Las cremas aportan un ingrediente sorpresa, «baba de caracol», pienso que tengo que investigar un poco sobre estos bichos que últimamente ocupan mis pensamientos más de lo que yo quisiera. Saco las muestras de crema, me toca probarlas. ¿Cuántos años rejuveneceré? ¿Cuatro, seis, diez? ¿Volveré a ser la que era antes de casarme? ¿Antes de tener hijos? Abro la tercera bolsa, la que es más chiquita y *voilà:* máscara de pestañas, varios labiales de colores chillones, *eyeliner* de azul y verde, y sombras de ojos brillantes y estridentes de la nueva

colección de Cordelia, la maquilladora de moda de las *celebrities,* la que las maquilla con purpurina y la que ha revolucionado las alfombras rojas. ¿Cómo será que te maquille Cordelia? En un arrebato adolescente empiezo a echarme en la cara todos los productos que encuentro en la bolsa. Música, quiero música. Busco en Spotify a Cyndi Lauper y a Whitney Houston, busco la banda sonora de *Footloose* y a Irene Cara cantando *What a feeling,* de *Flashdance*. No estoy en el baño de esta casa, no soy madre, no estoy divorciada. Soy la niña de catorce años que en el piso de setenta metros cuadrados de un barrio humilde de Tenerife levanta las sillas del salón y las amontona sobre la mesa los sábados por la mañana para tener espacio, soy la niña que pone su vinilo favorito, con suma delicadeza, para que la aguja no se rompa ni raye el disco, porque el tocadiscos es muy barato. Soy la niña que baila y se olvida de que tiene que limpiar la casa antes de que llegue su madre de trabajar. Yo cantaba fuerte y mal y soñaba que era otra, que era actriz, o bailarina o presentadora de la tele, con pelos cardados y hombreras y minifaldas flúor, y bailo y bailo hasta caer agotada o hasta que su hermano mayor aparece en el salón y dice:

—Estás como una cabra.

Exhausta le respondo:

—A lo mejor sí. Pero es que soy diferente.

Bendita adolescencia donde una se cree única y distinta a las demás y sobre todo distinta a su madre y sobre todo especial. Bendita rebeldía animal.

Y de repente suena Madonna, la que más me gustaba, la que más me gusta. Las letras de sus canciones, que con tantísimo esfuerzo aprendí en el cole de monjas, un poco a escondidas, me representan «*like a virgin touched for the very first time…*» o la de «*life is a misteryyyyyyy*», letras que siguen resonando en mi cabeza y se deslizan por mi garganta y se cantan solas nada más oír los primeros acordes. Sigo siendo yo. Mi inocencia está intacta en mi interior. Me sé las letras de Madonna igual que me sé el padrenuestro y el avemaría. ¿Por qué no se olvidan las oraciones que memoricé de niña? Si a mí se me olvida siempre comprar mi perfume cuando se me acaba y el puto rímel que me deja pegotes. Sigo siendo yo. Y

bailar y maquillarme de más me conecta con una yo olvidada en un cajón al fondo de un armario.

Hoy me meto en la cama sin desmaquillar. Lo siento por mi piel y por la funda de mi almohada que aparecerá manchada de carmín y máscara de pestañas mañana por la mañana.

Me encanta bailar.

Me voy a dormir pensando en el mar. Las olas van, las olas vienen, el sonido de las piedras golpeando la orilla, la brisa calentita en mi cara, pienso en mi madre y la abrazo.

Mi madre me conmueve. Mi madre habla tanto por todo lo que calló de niña. Y por todas las preguntas que no respondió de madre.

Y yo soy yo y soy mi madre y soy mis abuelas. Aunque a veces no me guste. Aunque a veces intente olvidarlo.

El mar.

Me quedo dormida.

7
La madre en la librería

Yo hoy no formo parte del *show* de Cordelia, la observo de lejos, ella revolotea como una mariposa alrededor de su modelo —una actriz/*influencer*/cantante/escritora/todoenuna— bellísima de unos veintipocos.

Yo estoy en la zona de los ordenadores, no puedo escribir, no estoy inspirada. Musas, venid a mí. Cayetana, nuestra directora, quiere que escriba sobre moda y actrices, la alfombra roja y la moda. Se acerca la temporada de premios y a mí me aburre soberanamente. Tener a mi hermana paseándose por ellas ha hecho que lo despoje de *glamour,* conozco los secretos, sé que a mi hermana siempre le duele el dedo gordo del pie derecho. He pensado en cambiar de trabajo varias veces, yo quería ser escritora, escritora quería ser. Y aquí escribo, sí, pero no lo que me gustaría. Sin embargo, el ambiente de la redacción sí que me gusta y necesito el dinero.

Observo desde lejos, todos hacen la pelota a Cordelia; invento diálogos en mi cabeza; Richy hace muchos aspavientos, hoy tiene más pluma que nunca, hoy está más pelota que nunca:

—Oh, oh, oh, madre del amor hermoso, qué bella, qué bella.

Todos están impresionados por el maquillaje que ha realizado Cordelia en directo, pero, a ver, ha hecho trampa, ¿no? Su modelo/actriz/*influencer*/cantante/escritora/todoenuna NO

NECESITA MAQUILLAJE, ni cremas, ni base ni rímel, esa mujer ya es perfecta. Me da pena/envidia no tener la oportunidad de estar más cerca.

Paloma ha preparado todo de una manera exquisita, hasta ha encargado a una empresa de «reproducción 3D» caracolitos que ha esparcido por todas las mesas. Putos caracoles, estoy empezando a cogerles una manía. No, las cremas de baba de caracol no van a devolverme la juventud por mucho que yo baile a Madonna frente al espejo cuando me las pongo en la cara. No son *antiaging,* porque el *antiaging* no EXISTE. El «no-envejecer» es una expresión que se nos ha vendido a las mujeres como tantos otros eslóganes que se te quedan tatuados en el cerebro. Para siempre. Para toda la vida. Como lo de adelgazar o lo de «soltera no vales una mierda».

—Los caracolitos están monísimos, Paloma —le dije al llegar—. ¿Me puedo llevar alguno para Eva? Que seguro que al acabar no queda ni uno.

—Claro —me dice—. Tuve que encargar doscientos para que me salieran más baratos, así que hay de sobra.

«Estupendo —pienso—, no nos basta con todo el plástico que generamos de por sí, que ahora nos dedicamos a hacer mierdas 3D». Me noto macarra. Necesito salir de aquí. Frente a la mesa grande me pregunto: «¿Cojo un caracolito rosa?, no, mejor azul. Espera, ¿le llevo dos, el rosa y el azul? El color importa. Espera, amarillo. Uno amarillo y uno verde. Cojo un puñado y ya está».

—Gracias, Paloma.

—Así me gusta. La vida a puñados —me dice.

Necesito escapar de aquí. Recojo mis cosas por si no vuelvo, por si me escaqueo la tarde. Ya inventaré alguna excusa.

Salgo a la calle. Qué pena que ya no fumo. Con mucho gusto le daría unas cuantas caladas a un cigarro. Yo volví a fumar con el divorcio. Cuando al final del día dormía a Jorge y a Eva que tenían diez años él y seis años ella, rescataba un paquete de tabaco arrugado escondido cuidadosamente dentro de la lata de café en la cocina, el mechero de encender incienso y velitas, un tarro de cristal transparente de yogures naturales reciclado en cenicero y salía a la terraza a fumar y llorar. Llegaba a fumarme hasta seis cigarrillos

seguidos. Fumar y llorar. Fumar y llorar. Fumar y llorar. El llanto llegó a ser tan ridículo y parodiable, tan grotesco, que provocaba risa. Un viernes noche, sola en casa, uno de esos viernes en los que todavía no me maquillaba frente al espejo ni bailaba mis canciones noventeras favoritas llamé a mi amiga Curra y mientras hipaba llorando le confesé:

—Joder, y encima he vuelto a fumar.

Y ella replicó:

—Bueno, querida, yo engordé veintitrés kilos, aquí cada una se autolesiona como puede. Tú con humo, yo con pan. Lo dejarás otra vez. Cuando estés más fuerte.

Ese mismo día, el día en que Curra me dijo que unas nos autolesionamos con nicotina y otras con hidratos y azúcar, pensé: «Ponte una comedia en la tele, Candelaria, por Dios, y deja de meterte humo en los pulmones».

Si dijese eso de «oye, y hasta hoy», mentiría, yo de vez en cuando me echo un cigarrito, pero hoy estoy sola en el portal, no hay nadie fumando cerca y me da pereza llamar a Paloma para que me pase uno de sus cigarrillos de liar, esos que están tan asquerosos que nunca me dan ganas de retomar el vicio.

Me meto en la librería que está al lado del portal de la redacción. Conozco a la dependienta porque me gusta mucho regalar libros, sobre todo compro cuentos infantiles cuando llevo a mis hijos a las fiestas de cumpleaños de sus compañeros del cole.

—Oye, ¿tienes algún libro que hable de caracoles?

Me doy cuenta de que no sé cómo se llama esta chica y eso que he venido aquí muchas veces, y un día hasta me ofrecí a comprarle un café, un día frío y gris, pero ella lo rechazó. Hoy no sé por qué la observo con más detenimiento. Esta chica es guapísima, lleva el pelo cortado a cachos y ni siquiera ese no-corte-de-pelo afecta lo más mínimo a su luz, cero maquillaje, piel de porcelana sin marcas de edad aún y ojos grises, grandes, despiertos. Tiene la voz grave de seda. Toda ella es delicada. Me fijo en su estilo. ¿Tiene un estilo esta chica? ¿Qué diría Eva? Se sienta frente al ordenador en un taburete alto y mientras teclea dice:

—A ver, hay un libro de matemáticas que dedica un capítulo a los caracoles y dentro, al fondo de la tienda, hay un cuento infantil que habla de bichos. Se lo comento a mi compañera.

—En serio. ¿No hay nada más?

—No. Quizá puedas buscar en libros específicos de ciencia o de biología.

—¿O de jardinería? —digo yo.

Noto su risa por dentro. Los dependientes de las tiendas al igual que los camareros tienen una risa por dentro, no muestran nunca que el que tienen enfrente les está pareciendo un chalado, o chalada, lo guardan para comentarlo luego con el resto de dependientes al acabar el turno. Yo esto lo sé porque he sido dependienta y lo he hecho. Dependienta, camarera, canguro, *au pair,* azafata de congresos, que no sé si eso existe todavía, pero, por favor, qué dolor de pies subida a aquellos tacones durante catorce horas seguidas.

—Guárdame el de matemáticas y entro a ver el cuento.

Me hago la interesante, obvio, yo para qué quiero un libro de matemáticas si soy de letras puras, que cuando Eva me dice que ha sacado un cinco en Mates, en mi casa se baila y se celebra como una matrícula de honor. Y a Jorge le puse un profesor particular en cuanto empezó a hacer raíces cuadradas, porque yo no me acordaba de nada. ¿Cómo pude yo aprobar Matemáticas hasta segundo de BUP?

Dentro, es decir, al fondo de la librería, hay otra dependienta que me recibe con cara de «esta es la chalada de los caracoles». Estoy segura de que la chica guapa, además de decirle que estoy buscando información sobre caracoles, le ha dicho algo así como «¿te acuerdas de la loquita que me quiso traer un café un día frío y gris? Te la mando». El cuento en cuestión se llama *El libro de los bichos.* Y en la portada aparecen, junto con otros insectos, dos caracoles.

—¿De verdad no hay ningún otro libro sobre caracoles?

—¿Pero qué buscas exactamente? —me pregunta.

—No sé. Pues información de caracoles. Mi hija se ha encontrado uno y quiere cuidarlo.

Silencio.

—Dame un segundo —me dice mientras teclea algo en el ordenador que yo estoy segura de que no es una búsqueda de libros sobre moluscos, sino un mensaje a la otra expresando «jodeeeeeeeeeeerrrrr, está más loca de lo que pensaba».

—Nada —me dice—, ni siquiera en otros idiomas. Nada.

—Vale, pues me llevo ese.

De camino a la salida de la tienda, para pagar, hojeo las páginas del cuento. Es bonito, las ilustraciones están cuidadas «Cómo construir un terrario de caracoles en tu jardín». «Ah —pienso—, esto mola». Nuestro patio no es grande, pero podemos construir uno de estos Eva y yo juntas. Actividad madre e hija. Y de repente «la reproducción» y veo un dibujo de un caracol haciendo un agujero en la tierra y poniendo huevos. Y me cago en todo. La chica de la entrada, que me tiene que cobrar, la chica estática porque es bella y quieta, dice:

—¿Pasa algo?

Y yo exploto. Me vengo arriba:

—Sí pasa, sí. Esto es mentira y es una mierda. Los caracoles son hermafroditas crónicos, ¿lo sabías? Yo tampoco lo sabía. Nadie me lo contó. Lo busqué en Google el otro día mientras me tomaba una manzanilla en la cocina de mi casa y hacía yoga. Bueno, que eso da igual. Los caracoles tienen órganos reproductores femeninos y masculinos, todos los caracoles, que quizá deberíamos decir todes les caracoles. Y la cópula dura hasta trece horas, imagínate, trece horas de besos y abrazos y babas de caracol. Que eso sí que debe rejuvenecer y no las cremas de Cordelia. Y en esa cópula uno de elles asume el rol de macho y lanza un dardo que lo llaman el dardo del amor a la otra, que asume el rol femenino y aquí, en ESTE CUENTO, solo hay un dibujo de un caracol en un agujero poniendo huevos. ¿Se folló sola, ella, la caracol? ¿Se folló a sí misma?

La chica guapa ya no ríe por dentro. Está asustada. La chica líquida y blandita del fondo, la que me dio el cuento, se asoma y hace contacto visual con su compañera para comprobar que todo está bien, que la clienta loca —o sea yo— que acaba de perder los

papeles no es peligrosa. La dependienta estática está inmóvil frente a mí. Levanta un brazo tranquilizando a la otra chica y me dice:

—Es que es un cuento para niños.

—¿¿¿Y QUÉ??? —le grito.

Si fuese uno de mis artículos de moda en la revista este «Y QUÉ» estaría escrito en mayúsculas. Como un grito. Es un grito. Estoy gritando.

—¿Y QUÉ? —continúo—. ¿No sería precioso explicar a los niños y niñas y niñes que hay seres hermafroditas en la naturaleza, que los caballitos de mar se embarazan los machos, que las cosas no son rosas o azules? ¿¿¿Que hay infinidad de colores???

Y entonces ella, con su mirada calmada y sus ojos gigantes y grises me dice:

—Pues denúncialos.

—¿Cómo? —digo yo.

—Que los denuncies —replica ella—, porque tienes toda la razón.

—¿A quién? —gritó.

—No sé a quién denunciar, a la editora, al dibujante del caracol poniendo huevos en un agujero, a la escritora que tiene un nombre rarísimo, que seguro que es alemana y vive feliz en Múnich, o en Gran Canaria, jubilada porque hay muchos alemanes que se jubilan en el sol canario. Y es que en realidad me estoy haciendo pis y solo quiero pagar y huir de esta librería que me encanta, que me gustaría seguir visitando, pero que sé que ya no. Y me gustaría ser la de antes, la que no perdía los papeles porque se ha dado cuenta de que todo es una cuestión de género y empieza a no saber usar el femenino y el masculino cuando escribe.

—Cóbrame, anda. Y perdóname. Y dame también este libro de Nazareth Castellanos de cómo funciona el cerebro. A ver si de una vez por todas entiendo cómo funciona el mío.

Salgo de la librería atropelladamente. Se me cae la bolsa al suelo, cómo no, las dos chicas me miran con compasión. Solo soy una madre perdida. Estoy enfadada y bailo torpemente. Ese, mi bailecito absurdo de piernas para no hacerme pis. Ahora tendré que aguantarme hasta llegar a mi casa.

8
La niña en el cole

Corro fuerte al salir del colegio, corro más fuerte que en la clase de gimnasia y eso que soy una de las más rápidas. Sé que a algunos niños les molesta que les gane, solo porque soy una chica, pero me da igual. Correr rápido me da fuerza. Saber que puedo ganar me hace sentir bien. Ojalá siempre tuviera esa fuerza. Me abrazo con toda mi alma y mi cuerpo a mi padre o a mi madre, que me esperan siempre en el mismo sitio, el tercer árbol a la derecha saliendo por la Puerta del lago, así lo llaman, aunque nunca he visto un lago ahí. Si estaba antes, se ha secado. Nunca miro atrás. El truco es no mirar atrás para no encontrarme con miradas marrones, oscuras, como el fango, como el barro, como la caca. O lo que es incluso peor que esas miradas, que me giren la cara. Todavía no tengo amigas. Es muy difícil llegar a un cole y ser la nueva. Pero al menos ahora puedo ser yo, empezar de nuevo, no ser ni siquiera la hermana de mi hermano, todos adoran a mi hermano en el otro cole.

El día que le conté a mi madre que solo tenía una amiga, Mariana , que nunca fue mi amiga, pero que empezó a estar conmigo cuando las otras me dejaron sola, cuando le conté que ya solo me quedaba una amiga en el patio, dio un volantazo y dijo:

—Te voy a enseñar tu colegio nuevo.

Ella dice que lo decidí yo, que lo pedí yo. Pero la verdad es que la conozco mucho, aprovechó el momento exacto y ese mismo día me

llevó a un lugar que, según ella, me iba a ilusionar.

—Al cole hay que ir con ilusión, porque ir al cole ya es difícil.

Organizó todo, hizo reuniones con la directora y la jefa de estudios, yo tuve una entrevista personal —mi primera entrevista— y me matriculó rapidísimo para empezar segundo de la ESO. Creo que no me dio tiempo a pensar, no me dio tiempo a cambiar de opinión. Ella también quería que yo saliera de allí. Le prohibí que contara nada a nadie.

—A nadie, mami.

No quería que la otra Eva quisiera seguirme diciendo que era mi mejor amiga, ya no lo era. Y mi madre me guardó el secreto. No sé cuándo me quedé sola, no sé cuándo empezaron las miradas marrones, pero se me ponía un nudo en la garganta y me daban muchas ganas de llorar, y cuando me daba cuenta, estaba apretando los puños hasta que las uñas se me clavaban en las palmas de las manos.

Empecé a morderme las uñas. Eva, la otra Eva, me decía:

—Estás siempre pegada a mí. No te pegues a mí.

Y no me gustaba.

Yo pensaba que a Eva, la otra Eva, le gustaba estar conmigo. Porque yo era su mejor amiga y ella la mía. Pero luego no. Las cosas cambiaron, empezó a hablarme raro y a mirarme marrón. Tampoco le gustaba cómo me peinaba. No le gustaba mi coleta baja. ¿Será ese mi problema también en el cole nuevo? Me voy a cortar el pelo muy corto y acabaré con la coleta.

Cuando era pequeña mi madre me hacía coletas altas, trenzas, moñetes, pero ahora no me dejo, quiero peinarme yo. Los demás padres, en la puerta del cole, cuando me ven abrazar y besar a los míos preguntan:

—¿Qué hay que hacer para que tu hija te quiera tanto con once años? ¿Qué hay que hacer para que no le dé vergüenza abrazarte delante de sus amigos?

Es muy fácil: no tener amigos. No te da vergüenza porque no tienes amigos.

El día que fuimos a conocer el cole nuevo mi madre me contó lo de sus vómitos. «Eso» que no habla con mi abuela. En este coche

siempre hablamos de los secretos y de los sentimientos.

—Es como un confesionario —dijo Jorge una vez.

Y, claro, busqué confesionario: 'En las iglesias, recinto aislado dentro del cual se coloca el sacerdote para oír las confesiones sacramentales'. Una vez más, no entendí nada. Jorge me explicó:

—Le cuentas los pecados al cura y el cura te perdona.

Busqué otra vez pecado: 'Transgresión consciente de un precepto religioso. Cosa que se aparta de lo recto y justo. Faltar a lo que es debido'. Jorge me explicó otra vez:

—Es que te portas mal y en vez de pedirle perdón a la persona con la que te has portado mal, le pides perdón a Dios a través del cura y te perdona él y no la persona. ¿Entiendes?

—¿Te perdona Dios o el cura? —le pregunté.

—Te perdona Dios, pero a través del cura.

A mí esto me parece fatal. Deberíamos pedirnos perdón entre nosotros. Mi abuela debería pedir perdón a mi madre y la otra Eva debería pedirme perdón a mí, además yo la perdonaría. Para mí ella sigue siendo mi mejor amiga. Ojalá se dé cuenta, ojalá me pida perdón y yo no tenga que cambiarme de cole.

—Mi amor —me dice mamá—, yo iba al cole todos los días después de llorar por vomitar. Todos los días hasta que cumplí diez años. Creo que eso es mi trauma. Ya no sé qué pasó primero. Si el vómito o el miedo a ir al colegio. No sé si el ponerme nerviosa por ir allí me causaba los vómitos. Pero abuela no me escuchó. Me daba asco el olor a la leche, la leche caliente que desayunaban cada mañana. Qué tontería, ¿verdad? Sigo sin poder tomar leche entera, huelo la leche y me dan arcadas, aunque coma yogures naturales a todas horas. Pues aquel olor, cuando yo era como tú, me hacía vomitar y luego abuela… Abuela no lo entendió. Que abuela es una abuela maravillosa, pero no era mi abuela, era mi madre. Es diferente. Lo que quiero decir, mi vida, es que hay que ir contenta al cole. Porque el cole ya es un lugar difícil y hostil.

Me apunto en la mano la palabra «hostil» y la palabra «trauma».

Papi me deja en la casa caracol, ahora la llamo así, y luego me recogerá para llevarme a gimnasia deportiva. Después del divorcio nosotros gestionamos el tiempo a nuestra manera, se llama custodia

compartida, pero papi me lleva a casa de mami y al revés porque viajan mucho, por sus trabajos, y se ayudan así. Los fines de semana son alternos. Esto se respeta porque está en el convenio. La palabra convenio la aprendí cuando mis padres se divorciaron.

Miro absorta al bicho, sigue sin sacar sus cuernos al sol como dice la canción: «Caracol, col, col, saca los cuernos al sol, que tu padre y tu madre ya los sacaron, caracol, col, col, saca los cuernos al sol».

Vaya letra absurda, siempre pasa con las canciones populares, mi tía bisabuela, que es la tía abuela de mi padre y tiene ciento cinco años, se sabe muchas de estas canciones y nos las cantaba de bebés, y yo ahora me las sé todas. ¿Por qué no se olvidan esas canciones? «Que tu padre y tu madre ya los sacaron…». Le preguntaré a Jorge si tiene doble sentido, muchas frases tienen, a veces, doble sentido. Tú dices una cosa y estás queriendo decir otra.

Aunque la verdad, no va a poder sacar los cuernos al sol, porque aquí no le llega el sol. Sigue dentro de su cajita con las telitas de colores y unos algodones desmaquillantes que robé a mami y las hojitas de perejil. ¿Habrá salido de su concha y comido algo mientras yo estaba en el cole? Sueño que sí, pero pienso que no. Está todo igual que por la mañana. Igual que como lo dejé. Quizá debería soltarlo en el patio de atrás, pero no quiero que se pierda. Además, Snail, así lo he llamado, ha venido sola a mi armario, me gustaría que saliera sola también.

Oigo la puerta de la calle, y cómo mami suelta las bolsas en el suelo y cómo dice «hola, holaaaaaaa», el segundo «hola» alargado como una canción, pero esta vez viene como más deprisa, más acelerada, ¿está enfadada? Me asusto.

—Evaaaaaaa. Baja, que te quiero contar una cosa.

Me lanzo escaleras abajo. Mami está bebiendo un vaso de agua y bailando como baila siempre que se hace pis. Para lo perfecta y estilosa que es ella, va bastante despeluchada y está roja, sí, está enfadada. Agita delante de mí lo que parece un cuento infantil.

—Mami, ¿te estás haciendo pis?

—Sí, un poco. Pero escucha.

—¿Y por qué bebes agua?

—Porque tengo sed.

Sale corriendo hacia el baño y me da el cuento.

—He comprado este cuento que habla de bichos y de entre todos los bichos habla también de los caracoles. Pues no dice nada de que sean hermafroditas, ¿te lo puedes creer? Dice que cavan un agujero y ponen huevos. Hasta un dibujo hay. Precioso, por cierto, las ilustraciones son preciosas. Pero yo estoy hasta el moño de que se tape la verdad. Que no haya información, que todo sea rosa o azul. También vienen instrucciones para construir un terrario. Precioso, precioso, que a lo mejor podemos construirlo tú y yo y los abus un domingo, y así lo sacamos de tu habitación. Al caracol, digo. Hasta cómo construir un terrario explica, pero no dice nada de que sean hermafroditas. NADA.

Ahora ella está dentro del baño y yo fuera, apoyada en la puerta hojeando el cuento.

—Mami, sí lo pone —le grito.

—¿Qué pone? —grita ella desde dentro del baño.

—Lo de hermafrodita lo pone aquí, al lado del dibujo de los huevos —digo.

—No, no, no. No lo pone. De hecho, he gritado a las libreras hecha una furia. Hasta me he marchado de la presentación de cremas sin despedirme. Y todo por el cabreo.

Asoma la cabeza por la puerta mientras, supongo, da saltitos para subirse los vaqueros. Sigue roja como un tomate.

—Mami —le digo—, respira, porfa, te va a dar algo. Lo pone aquí.

Le señalo la página. Y leo en voz alta:

—Parejas muy originales: los caracoles, las babosas, las lombrices y algunos crustáceos son hermafroditas, macho y hembra a la vez. Tras el apareamiento, cada uno pone los huevos por su lado. Algunos moluscos, como las ostras planas, cambian de sexo a lo largo de su vida. En cambio, el pulgón hembra concibe a sus crías sin haberse apareado con un macho: es la partenogénesis.

—No jodas, Eva —dice mi madre muy estresada—. Perdona, mi amor, que he dicho una palabrota.

—Si supieras las cosas que se dicen en mi cole —le digo.

—Mi preciosa, sé que tienes la clase de Mates *online,* tú conéctate, yo tengo que volver a la librería y pedir disculpas y llego

para cenar.

Recojo las bolsas y las llevo a la cocina. Y canto eso de «caracol, col, col, saca los cuernos al sol».

Me toca Mates *online*.

Y luego Gimnasia.

Odio las Mates.

Me encanta la Gimnasia.

9
Candelaria conoce a Cordelia

Llego y empotro el coche en la puerta del local de nuestra revista. Tengo plaza de garaje, pero no quiero perder tiempo en abrir el portalón ni maniobrar para aparcar en la plaza 17. No me lo puedo creer. La librería está cerrada. ¿Qué hago? ¿Le dejo una nota explicando lo que ha pasado? «Lo siento mucho, soy la loca del caracol, la que pidió libros de caracoles y acabó con un cuento y un libro de mates y otro sobre el cerebro. Siento muchísimo lo sucedido. Resulta que sí, que en el librito, en una esquinita, advertía que los caracoles son hermafroditas y yo creo que hasta os he gritado y de verdad me caéis muy bien. Y si me lo permitís, el próximo día os invito a un café o a chocolate con churros o a un copazo, yo qué sé. Solo quiero poder volver a vuestra librería sin sentir que me miráis como a la loca del caracol».

—¿Todo bien? —escucho a mi espalda.

Me doy la vuelta y allí está Cordelia. En la calle, con luz natural, resulta aún más bella que esta mañana en la redacción, rodeada de asistentes y redactores haciéndole la pelota. Aquí, en medio de la calle, parece una mariposa, puedo incluso ver sus alas. Entiendo la expresión «tener ángel» mirando a esta mujer de piel de porcelana y cabello rojo fuego. Los ojos rasgados y verdes. Ella es extremadamente delgada, esas mujeres lápiz, sin curvas. Cordelia habla con un acento del Este. Lo digo así porque me da bastante

vergüenza reconocer que no distingo los acentos ni los países después de las recientes guerras. Creo que incluso ella fuerza ese acento que le otorga personalidad y misterio. Corta las palabras muy seca y las erres suenan alargadas y redondas.

—¿Todo bien?

—Sí. Sí. Bueno, no. No sé —respondo—. Verás, antes he venido a comprar este cuento y, bueno, me he enfadado y he gritado, y yo qué sé, venía a pedir disculpas, pero ya han cerrado.

Cordelia me analiza, su mirada verde me atraviesa y me lee. Da pudor que te mire esta mujer. Con sus dedos alargados, acostumbrados a la belleza, suavemente, recoloca un mechón de pelo que se me ha salido del moño despeluchado que llevo. También limpia, con el dedo pulgar, lo que intuyo que es un pegote de rímel.

—¿Has llorrrrado? —me pregunta.

—No sé —contesto—. Ha sido una tarde un poco movidita. A lo mejor he llorado, sí. Y ni me he dado cuenta. A veces lloro sin querer.

—Oye, mi puto Tuber está tomar por saco. Perrrrrro lo pone la agencia. Tengo que esperrrrraaaaar. ¿Tomas vino conmigo? ¿Aquí al lado? Mi gusta este Océano.

—¿Y tu equipo? ¿La chicas que te acompañaban?

—No, ellas vanzadilla en una furgoneta. Yo en furgoneta ya no. Yo sola en Tuber. Qui las quierrrro mucho, mucho, perrrrro no.

Miro la hora en mi reloj Casio, color plata, barato, veo que el coche está fatalmente aparcado, pero que se puede quedar ahí. A quién le importa mi destartalado y sucio vehículo esta tarde. También valoro que si llega una multa, la acumularé con las otras que tengo sin abrir y sin pagar en una bandejita en mi oficina —porque ordenada soy hasta con las multas pendientes de pago— y pienso que si vuelvo ahora a casa, me comeré un atasco interesante en la M-40 y ya lo que me faltaba hoy: un atasco. Casi sin pensar digo:

—No bebo alcohol, pero un agua con gas y limón, sí, por favor.

—¡JA, JA, JA, JA, JA, JA, JA, JA, JA, JA, JA, JA! —Carcajada de Cordelia.

Me encanta la gente que se ríe fuerte.

Nos sentamos en la barra y nos atienden enseguida, ese no sé qué *quoi* de Cordelia hace que su vino blanco con un hielo y mi agua con gas aparezcan enfrente de nuestras narices en menos de treinta segundos. El limón, además, me lo han traído en jarrita, como a mí me gusta, la mayoría de las veces, aunque pida limón exprimido, me ponen una rodaja dentro del vaso y me ignoran. Nunca se me dio bien protestar en los restaurantes. A las mujeres guapas la gente, en general, les hace la pelota, supongo que a los hombres también, es algo inconsciente, algo programado en nuestro cerebro, y yo ahora estoy al lado de una crisálida. Cordelia es más que una mujer y, por supuesto, es más que guapa.

—¿Cuál es tu historia? ¿Cómo llegaste a España?

Se apodera de mí mi periodista, además la periodista prejuiciosa chunga. Tiene acento, doy por sentado que no ha nacido en España cuando quizá viene de Altea y conserva ese deje porque sí, por honrar a sus padres o porque simplemente le da la gana.

—JA, JA, JA, JA, JA, JA, JA. —Nueva carcajada de Cordelia.

—Perdón —digo—, soy una prejuiciosa de mierda y muy cotilla.

—¡Qui va! Pasa siempre. Yo llegué a España en 2000. Tenía once años. Vinimos mi padre, madre, hermano y yo. Perrro no rrrrecuerrrrrdo. Di verrrrrrdad. No recuerdo mucho. Sé que mi padre mi vio. Mi padrrrrrrre inseguida intendió qui yo allí no pudrrrría ser yo. Vinimos por mí. Un día ti enseño foto. Y vas a intender también. Mi padrrrrre más moderrrrrno qui nadie. Mi padrrrre el mejor.

La voz de esta mujer me embelesa, no es solo su acento, toda ella es aterciopelada, azul añil, es susurrada. Quiero ser su amiga.

—¿Y tú pur qué no estabas en mi presentación?

—Me habría gustado, sobre todo para que me explicaras las propiedades de la baba de caracol, que estoy yo muy *into the* caracoles. Pero soy redactora, no me tocaba. ¿Has estado cómoda? ¿Te ha gustado la organización? Paloma es maravillosa y cuida muy bien siempre a nuestros invitados.

—Ay, sí. Muy cómoda, todo bien bien, superbién. ¿Tú me darías su número di móvil para yo darle grrrracias?

Apunto el número de Cordelia en mi móvil y le envío el de Paloma. Reconozco que me hace ilusión tener su contacto directo.

Le entra un mensaje.

—Ay, mi Tuber —dice, tan graciosa—. Oye, un día ti maquillo, tienes una piel prrrrreciosa.

Me sonrojo, yo, que muchas veces me duermo sin desmaquillar como acto de protesta. Ya ves tú. Protesta contra quién, si me jodo yo sola.

Recoge sus cosas atropelladamente, una mochila grande, una bandolera, un par de bolsas de papel. La observo y pienso que todas las mujeres somos un poco la misma mujer acelerada, me llama la atención su melena. El color intenso de su pelo.

—Oye, ¿eres pelirroja natural? ¿Ese color es tuyo?

Nueva carcajada.

—Sí —me dice entre risas—, si quierrrres, un día ti lo demuestro.

Y desaparece con el encanto de una mariposa entre las plantas que decoran el pasillo que da a la puerta de salida. Este local mola. El Océano. Nunca había sido consciente de lo bien que se está aquí dentro. Quizá hoy, con Cordelia, lo he descubierto.

Me ruborizo y me siento tremendamente halagada por la insinuación encubierta de Cordelia. Seguro que es bisexual. Seguro que es libre y punto. Da igual lo que sea, me encanta. Me acabo el agüita con gas sola, recolocándome el moño y respirando consciente, como me enseñó Pilar.

Saco uno de mis cuadernos y escribo la nota para las chicas de la librería. «Hola, soy Candelaria Costa, la redactora inestable de la revista de al lado, la que vino a preguntar por libros de caracoles. Volví para explicar mi totalmente desproporcionado ataque de ira. Pero ya estaba cerrado. Ojalá pueda invitaros a un refresco esta semana, o a un café, o a una cerveza y os lo explico mejor».

Creo que es una mierda de nota, pero no la voy a repetir. Pongo un mensaje a mis dos cachorros: «Esperadme, que llego para cenar».

Respiro.

Respirar.

Busco el significado de Cordelia: «Del epíteto de la diosa griega Artemisa, la Cazadora. También del latín, que significa ‘hija del mar’».

Qué bonito…

10
La madre, la hija y la abuela en el coche

Yo conduzco, mi madre de copiloto y Eva, detrás. Vamos a la psicóloga. Eva va a tener su primera sesión de terapia con Alicia. Nos ha costado encontrar a una psicóloga a la que Eva dé el visto bueno.

—Tiene que ser chica y joven —me insistió.

Ya conozco a Alicia. Primero hemos hecho una sesión su padre y yo juntos para contarle por qué creemos nosotros, cada uno de nosotros, que Eva ha pedido ayuda. Según me siento en el sofá verde digo:

—Creo que Eva quiere salir del armario y no sabe cómo hacerlo.

Su padre ama con locura a Eva, oír estas palabras de mi boca lo paralizan, me mira con los ojos muy abiertos. Y me escucha atento.

—Es solo una intuición, pero, vamos, la niña se enamora de Amelié y de Wonder Woman, jamás la he escuchado hablar de ningún personaje masculino de ficción, ni películas, ni dibujos animados que le interese lo más mínimo. A su hermano no le he querido preguntar, pero creo que él lo sabe. Si necesitas que venga Jorge, él vendría muy feliz. Adora a su hermana y no le gusta verla triste. Ella ahora no sabe cómo vestirse, te parecerá una tontería, pero a esta edad la mayoría de adolescentes son coquetas, pasan

horas para elegir un *look,* prueban los maquillajes y los tacones de sus madres, juegan a ser mayores, trabajo en moda y todas las hijas de mis amigas están en esta fase. Ella se esconde tras una camiseta y un pantalón corto, siempre los mismos, como un uniforme y se peina con una coleta baja. No se gusta. No le gusta su pelo. Nada. No se encuentra cuando se busca en el espejo.

Su padre, muy honesto, dice:

—Yo no le había dado importancia.

No hace juicio, simplemente está preocupado porque su hija haya querido venir a terapia.

El coche va en silencio por la M-40. Las dos mujeres y la niña miran al frente. Acaba de empezar a lloviznar.

—Nada, tu padre no me coge el móvil —dice mi madre—, le dejo un audio que a él le gustan. Se pone los cascos, ¿sabes? Tu hermana le regaló unos cascos, él dice que luego le duelen las orejas, pero por lo menos no me escucha toda la gente que tiene alrededor cuando oye mis audios. Jajaja. ¡Voy!

Mi madre avisa cuando va a dejar audios.

—Niño, recógeme la ropa que dejé tendida que acaba de empezar a llover, no fuerte, llueve poquito, un chipi-chipi de esos, pero la ropa sí se va a mojar. ¿Cómo no se va a mojar? Es lluvia y la lluvia es agua. Qué falta de lluvia tenemos, ¿eh? Y abrígate, porque hace frío y tú estás regular de la garganta, mira, si vas a poner la lotería, llévate también el papel que hay para reciclar. Tú y yo reciclando, ¿eh, niño? Jajajajaja. Quién nos lo iba a decir, separa plástico, separa cartón, ah, y a Manuel, el del punto limpio, le dices que le voy a llevar los jerseys de Jorge del cole, que le quedan pequeños que se los prometí para su nieto. Qué joven ese hombre con nietos ya, ¿verdad? Bueno, y si quieres te comes unos churros y un chocolate calentito en la esquina en la Churrería Cibeles, que te encantan y me traes dos a mí, bueno, mejor no, que se enfrían. ¿Cuánto vamos a tardar, niña? Se encoge de hombros tu hija, eso es que no sabe. Mejor no. Mejor no me los traigas. Abrígate, ¿sí? Eso es lo que más me importa, que luego coges un catarro y me lo pegas a mí. Te dejé la camisa azul y el chaleco gris encima de mi

cama. Con eso vas bien. Bueno, corto, a ver corto no, que esto es un audio, jajaja, pero que paro de hablar ya y te lo envío.

Yo no creo que mi padre escuche el audio, creo que en vez de chocolate se tomará un vinito y entablará conversación con cualquiera que quiera escucharlo un rato y charlar.

—Mami, pero deja al hombre que haga lo que quiera, qué más te da —le digo.

—A él le gusta que yo le diga las cosas, por eso lo hago. Si no, ¿cómo íbamos a llevar cincuenta años casados?

Esa frase zanja siempre cualquier conversación sobre cómo trata mi madre a mi padre. Cincuenta años casados. Punto.

Busco la mirada cómplice de Eva por el retrovisor. Va muy seria y sé, aunque no lo veo, que lleva los puños apretados. Al menos ahora no se hace daño, porque se muerde las uñas. No me gusta que se las muerda, pero prefiero uñas mordidas a marcas en las palmas de las manos. Me duele mi hija. Me duele en todo el cuerpo.

—Es majísima Alicia, cariño, a tu padre y a mí nos encantó, es joven, es alegre, tiene el pelo rizado como nosotras, creo que te va a gustar. Tú cuéntale por qué vienes —le digo.

—¿Y por qué vienes? —le pregunta mi madre.

—Mamá, eso no se pregunta —replico.

Eva me sonríe.

Silencio.

—Cuando yo era pequeña no había de estas cosas —afirma.

Entiendo que por «estas cosas» se refiere a la psicóloga.

—Mamáááááá —alargo la última a.

Ahora me arrepiento de haber traído a mi madre. Pensé que era un buen momento para dar un paseo las tres y dejar a mi padre un rato a solas, pero ahora me arrepiento.

—No digo nada malo. Solo digo la verdad. Mi padre, abuelo Luis, cuando yo tenía seis años, me hizo un cajón de madera para que llegara al fregadero a fregar los platos y a los fuegos para hacer la comida. Me acuerdo como si fuera ahora mismo. Cierro los ojos y estoy llenando el caldero de agua y bajando del cajón y llevándoselo a mi madre a la cama, que, oye, mi madre siempre estaba mala, la pobre mujer, y ella me decía: «Así bien, ahora mete las lentejas y

luego un poquito de sal». Y yo cajón p'arriba, cajón p'abajo, pero no me cansaba, no me canso ahora, cómo me iba a cansar con seis años. Yo lo hacía todo todo. Y lavaba la ropa de mis hermanos, imagínate, lavar la ropa de cinco varones y la de mi hermana y la mía. Siete en total. Y mi padre y mi madre. Nueve. NUEVE. Mi hermana sí podía ir al colegio porque era la más chica. Y cuando yo tenía la comida hecha, se la llevaba al trabajo a los hermanos que trabajaban. Porque los más viejos trabajaban. Luego me empeñé en ir al colegio, a la escuela que decíamos antes, y fui dos años, solo dos. Mi padre me sacó para que atendiera la casa y a mi madre, la pobre, que siempre estaba mala o embarazada, claro. Y menos mal que fui al colegio esos dos años. A cambio, la casa, eso sí, la casa primero. Pero a mí no me importaba, desde los seis años que me encargaba yo de hacerlo todo. Y yo soy así muy activa, muy activa. Nunca me paro, nunca me siento. Y me gustaba que mi padre presumiera de mí, de que yo lo hacía todo. Pero primero la casa. Menos mal que fui al colegio esos dos años, porque con quince me saqué el título de costura. Corte y confección lo llamaban, todavía lo tengo, que nunca lo enmarqué, fíjate tú, pero lo tengo. Nadie pensaba que me lo fuera a sacar, porque como apenas fui al colegio no sabía muchas matemáticas, y encima con quince años, pues yo era una niña. Pero una niña vieja, que se encargaba de su casa. Bueno de la casa de sus padres y sus hermanos.

Este relato yo lo he escuchado muchas veces, todas las veces. Las fechas le bailan un poco, pero lo de la niña de seis años subida a un cajón a cargo de los fuegos de la casa se lo he escuchado también a mis tíos, así que es verdad. El relato siempre es el mismo, pero yo he notado cómo mi madre se ha ido modificando. Aunque el relato suena igual, yo sé que ella lo cuenta distinto. Mi madre se ha vuelto feminista, así que lo del padre poniendo a fregar a la niña ya no le suena tan épico, no se atreve a nombrar a lo que le suena, porque a nadie le gusta tener un padre machista, pero ya no le gusta tanto. Del orgullo ha pasado a la compasión de sí misma. Mi madre es la hostia. Si hubiese tenido los recursos, habría sido una de las grandes diseñadoras de este país, pero a mi madre le tocó vivir una vida muy

pobre y le tocó un padre así. Y te tocan los padres que te tocan. Es una tómbola macabra esa, la de la familia de sangre.

Una niña de seis años a cargo de los fuegos y la casa. Eso es lo que cuenta, no imagino lo que calla.

Eva sonríe escuchando a su abuela. Hay en su sonrisa muchísimo amor hacia mi madre. Más del que yo le profesaba cuando tenía la edad de Eva. Quizá más del que le he demostrado nunca.

Hemos llegado. Aparco el coche mal. Con mi sello, por eso acumulo tantísimas multas de tráfico. Lo dejo medio aparcado, el morro del coche empotrado, zona de parquímetro verde, sin tique y con los intermitentes puestos. Cualquiera podría pensar que he tenido un accidente y he salido huyendo, abandonando a la abuela a su suerte, dentro de un coche sucio, desordenado y destartalado.

—Mami, tardo un segundo. Si viene alguien, me llamas al móvil, pero tardo nada. Acompaño a la niña y vuelvo.

—Claro que sí, mi niña, si viene alguien hago de vieja y digo que estoy esperando a mi hija y ya está.

Me río. Sé que no va a haber ningún problema. Mientras me alejo la veo sacar su móvil e iniciar un nuevo audio. Pobre mi padre.

La consulta de Alicia es muy acogedora y tiene la misma alfombra verde del Ikea que eligió Eva para su habitación. Yo esto no se lo había contado a ella para que lo descubriera sola. Para que tuviera una buena primera impresión. Alguien dijo una vez «solo tienes una oportunidad para causar una buena primera impresión» y yo quiero, con todas mis fuerzas, con toda mi alma, que esto salga bien. Le doy un beso fuerte a mi hija. No sé qué decirle, barajo opciones en mi cabeza:

1.¿Suerte?

2.Mi amor, esto es un espacio seguro. Cuenta todo lo que quieras.

3.Cariño, a mí también puedes contarme todo. No sé qué puto-hacemos aquí.

4. Ponme a parir si hace falta.

5.Cuéntale a Alicia todo lo que hago mal, que yo intentaré hacerlo mejor.

Puta culpa.

Elijo no decir nada. La dejo con Alicia, me giro y me voy.

—En una hora estoy de vuelta —susurro.

Sé que estoy a punto de llorar. Así que huyo. Nunca he dejado que Eva o Jorge me vean llorar. Yo lloro a escondidas. Igual que de niña.

Cuando llego al coche, encuentro a mi madre hablando con dos guardias de movilidad, ella ha sacado el móvil y enseña orgullosa fotos de sus nietos, ríen y se dan palmadas en la espalda como si se conocieran. Ella no se ha bajado del vehículo. No le ha hecho falta. Mi madre es la reina madre y lo sabe.

—Ahí está mi hija. Mira, Candelaria. Ay, la vida, la vida, ¿te puedes creer que es la sobrina de la prima de Mima, la que está casada con Pepe, que trabajó con tu primo en el hotel del Sur? Nada. Ni multa nos pone, aunque hayas dejado tu coche como medio *empotrao*. ¿Por qué? Pues porque hay que ayudarse. Los canarios haciendo patria chica, como digo yo, ¿verdad, mi niña? Ya le he dicho que tenías que llevar a la niña al médico. No de urgencias, sino de la cabeza, al médico de la mente.

Sonrío, aunque todo me parece de un surrealismo almodovariano estratosférico.

—Gracias y perdón —acierto a decir—, ya me llevo el coche.

—Nada, nada —me dicen—. Vaya madre tiene usted, que Dios se la conserve muchos años y a su padre también, que ya nos ha dicho que anda ahora un poco pachucho ingresado en el hospital, que se mejore. Sí. Que haya suerte.

Entro avergonzada en el coche e intento desaparcar. Porque mi madre sigue hablando. No se despide nunca. Mi madre no sabe despedirse. Está dando detalles del ingreso inventado de mi padre.

Pobre mi padre, otra vez.

Por fin desaparco.

—Mami, por Dios, que has metido a papi en el hospital.

—Cariño, no te han puesto la multa, ¿verdad? Pues ya está.

Silencio.

¿Silencio?

Silencio.

—¿Tú no crees que la niña es muy chica para ir al psicólogo?

—No, mami, lo pidió ella. Así que hemos buscado a una médica muy buena, viene muy bien recomendada.

Silencio.

¿Silencio?

Silencio.

—¿Tú también vas al psicólogo?

—También, sí. Ahora no. Pero con el divorcio fui y me ayudó mucho.

Silencio.

¿Silencio?

Silencio.

No me gustan los silencios con mi madre. Prefiero su verborrea.

—¿Y le hablas de mí al psicólogo?

—Alguna vez, mami, sí.

La lluvia cae más fuerte, no pongo música, solo se escucha el zumbido del limpiaparabrisas en el cristal.

—Voy callada porque estoy nerviosa, mami. Aunque sé que estas visitas le van a venir bien a Eva, es su primer día y… yo qué sé… Estoy nerviosa.

—¿Yo te pegaba mucho, Cande? De chica, quiero decir. ¿Te pegué fuerte?

—Eran otros tiempos, mamá —respondo casi sin pensar. Y noto la bola en la garganta, esa que avisa de que vas a llorar, esa que impide que baje la comida y engorde. Noto en la garganta la bola que es mi batalla.

—¿Tú me perdonas? Porque yo lo siento. Esa forma mía de pegar cuando ustedes eran pequeños. Lo siento de verdad.

De pronto a mi madre le sale el canario, nunca ha perdido el acento, pero ahora hasta me llama Cande —hace mucho que soy Candelaria— y habla de ustedes.

—Te he perdonado, mami, sí. Mi psicóloga dice que a mí ahora me toca sostenerte. ¿Entiendes lo que quiere decir? Sostenerte. Tu realidad. Lo que eres y lo que somos ahora. Lo que somos tú y yo ahora. No lo que pasó. Está perdonado, mami. De verdad. Está todo bien.

Y tanto que está bien, o bien tapado, porque ahora yo soy la madre y ahora me preocupa Eva. No los golpes, ni la niña que fui y que los aguantó.

Mi madre, torpemente, porque nunca se le dieron bien los besos ni los abrazos, me agarra fuerte la mano, la mano que tengo al volante.

—Qué frías tienes las manos, mamá.

—Siempre, mi niña. Como digo yo: manos frías, corazón caliente.

—Eso no lo dices tú, mami. Eso es un dicho, un refrán.

—Bueno, ¿pero lo digo yo o no lo digo yo?

—Sí, sí.

—Pues eso.

Silencio.

¿Silencio?

Silencio.

—A mí es que nunca me enseñaron —dice mi madre.

—¿A qué, mami?

—A querer. Todo lo de la casa, sí, fíjate tú, desde los seis años. Pero a querer, no.

Sigo conduciendo, concentrada. Yo he tenido esta conversación en mi cabeza miles de veces a lo largo de los años. Nunca jamás pensé que fuera a suceder así. Las frases están en la boca equivocada. Ella me pregunta si me pegó. Yo le digo que eran otros tiempos. ¿No debería ser al revés? Las madres son sabias. Son pesadas y charlatanas y antiguas y dejan audios larguísimos y muchas llamadas perdidas, pero el día que tú más lo necesitas, aparece su sabiduría. En todo su esplendor. Y esa sabiduría te pega una patada en la boca y te la cierra, te la aplasta. Como si nada, como quien habla de la lluvia, de la ropa tendida y mojada o de Mima, su amiga peluquera, mi madre, un día lluvioso, dentro de mi coche destartalado y sucio me pide perdón. O al menos yo interpreto que me está pidiendo perdón. Porque ella lo que dice es que lo siente. Ese «porque yo lo siento» me masajea el alma y me la calma.

Mi madre me acaba de pedir perdón y mi corazón se expande infinito hasta el sol.

—¿Me acompañas a la ferretería a comprar las cosas para hacer el terrario al caracol?

—¿De verdad le vas a construir una casa al bicho ese?

—Mami, te confieso que yo también creo que está muerto, pero he leído que hibernan. Con un poco de suerte, para primavera lo saco del armario y revive. Y si no, busco un bicho parecido en el parque, uno que esté vivo, y lo pongo a disfrutar en su chalet terrario del sol de abril. Estoy segura de que nadie va a notar la diferencia. Es importante para Eva. Y si es importante para Eva, es importante para mí.

—Vale, vamos. Pero yo no lo toco. Estoy segura de que traen enfermedades con la baba esa siempre a rastras. El covid vino por un vampiro de esos, ¿no te acuerdas?

—Un murciélago —le digo riéndome.

—¿Y yo que he dicho? Jajajajajajaja… un vampiro… Jajajajajaja, un vampiro…

Lloramos de la risa las dos. Las lágrimas de risa son las mejores, acallan a las otras, a las de pena, que hace un segundo estaban a punto de brotar de mis lagrimales. Los ataques de risa floja de mi madre son ruidosos, divertidos, de color naranja y eternos, y ella siempre acaba bailando para no hacerse pis.

Como yo. Porque yo soy ella. Y ella es yo.

Aunque solo sea un poquito.

11
Candelaria y Juana en la ferretería

Ella entra pavoneándose. Me deja atrás y no le importa en absoluto. Saluda y coquetea con todos los empleados. Casi muero de vergüenza en la puerta, había un señor en silla de ruedas y lo ha apartado, literalmente, ha dicho que en la puerta molesta y que si se podía apartar. El hombre intentaba explicar que la tienda no tenía rampa y que estaba esperando a su mujer, que estaba dentro comprando bombillas.

—Sí, claro, pero mejor fuera —ha dicho—, aquí interrumpe usted. Esta es la entrada y con la silla de ruedas ocupa mucho, que supongo que usted estará acostumbrado a esperar fuera de los sitios.

—Mamá, por Dios —le digo.

—¿Molesta o no molesta?

—Es que la palabra molestar es muy fuerte.

—Pero molesta. Tú no lo puedes decir por lo de ahora de ser correctos. Pero yo sí. Por mi edad digo lo que me da la gana y me cuelo en las colas del supermercado. Son presunciones que ganas con la edad.

—Privilegios —le corrijo.

—Como quieras, pero me cuelo.

Sonríe.

Mi madre coquetea, pertenece a una generación en que coquetear era un valor. Con setenta y cuatro años sigue haciéndolo. Me ha traído a una ferretería que conoce y aunque lo niegue, se ha estado retocando el maquillaje y atusando el pelito en el espejo retrovisor de mi coche.

—Manueeeeeel, qué alegría verte, qué bien estás, qué bien, ¿has perdido peso? Te sienta divino divino.

Yo no sé dónde meterme de la vergüenza ajena, pero ella despliega sus alas cual mantis ante su nueva víctima.

Manuel baja la mirada.

—Qué guapa estás, Juana —dice—, es que yo… yo no estoy bien… Conchy falleció hace ahora tres meses.

—Ay… —suspiro yo—. Ay… Lo siento mucho, muchísimo, se os veía muy unidos.

A esta ferretería he venido más veces, con mi padre siempre. Conchy, bajita, alegre y jovial, divertida y cómplice con su marido, haciendo chistes que yo no entendía sobre herramientas y tornillos y grosores de las brocas para el taladro.

—Sí, y me siento tan solo, una soledad distinta, porque tengo a mis hijos y a mis nietos, pero las noches, los despertares, por la mañana, como ella siempre se levantaba antes y preparaba el café, cada día al despertarme pienso que está en la cocina, y cuando no huelo el café, me doy cuenta de la realidad y me jode. O más bien me jodo. Porque ese ratito, esos minutos entre sueño y despertar en los que pienso que Conchy está en la cocina, son los minutos más felices de mi día.

Yo entiendo todo, se me cae una lágrima, conecto con Manuel y con los primeros meses de mi divorcio y no me atrevo a decirle «se pasa… por muy difícil que te parezca ahora, se pasa, no es que el tiempo cure, pero de alguna manera extraña esa soledad se te coloca en el cuerpo y forma parte de ti». También pienso que no es igual, que yo solo estuve casada trece años y que este hombre y Conchy, su Conchy, llevaban desde los diecisiete juntos. Supongo, entiendo, que este hombre se ha muerto un poco también. Él.

No digo nada, miro hacia abajo, llevo en una mano la lista y en la otra el cuento de los bichos con el dibujo.

—¡Niña, dale la lista al ayudante! —me grita mi madre y me saca de mi ensimismamiento.

La lista se ha mojado un poco. ¿De qué? Pienso. De lágrimas, claro, las que no lloré en el coche aparecen ahora. A veces me pasa. A veces lloro las cosas tarde.

Le doy la lista al chaval.

—Está un poco emborronada, pero creo que se entiende. Y también te dejo el cuento para que veas el dibujo —le digo.

Mi madre ni me mira.

Mi madre sigue hablando a Manuel. Habla demasiado alto.

—Hay que mantenerse ocupado, Manuel, porque estás vivo, estás vivo, la que se murió es ella. Salir, hacer deporte. Seguir, seguir. Un clavo quita otro clavo. Mancha de mora con mora se quita. El refranero es sabio, Manuel. Mira yo, que ahora tengo a Paco ingresado, y Dios no quiera que se me vaya, que yo a él lo quiero mucho, pero, oye, si él se me va y yo me quedo: pues a vivir, que son dos días. Fíjate, cada vez que vamos al viaje del Imserso, nos encontramos a un montón de viudas y más de una vez yo he pensado, pues si Paco se muere, yo a los viajes voy. Voy. Se cambia de mente, de mentalidad, y se cambia. O vete al médico. Hoy hemos venido porque mi nieta, la pequeña, va al psicólogo y yo no soy mucho de psicólogos, pero, oye, yo qué sé, si hay que ir, se va. Antes no, antes ir al psicólogo era de loquitos, ¿no? ¿Cuántos años tienes tú, Manuel? Joven. Tú eres más joven que yo. Yo setenta y cuatro, que no los parezco, yo lo sé, pero los tengo. Y Paco, setenta y seis. Pues estaremos aquí hasta que nos toque. Porque eso no se elige. NO SE ELIGE. ¿Tienes los palos esos que te pidió mi hija? Vamos a hacer un terrario. Se llama así, ¿verdad?: terrario para bichos. Sí.

El chaval, el ayudante, dependiente muy joven, aparece desde el fondo de la tienda con todo lo que he apuntado en la lista y me pregunta a mí:

—¿Quieres también los clavos y el martillo?

—Clavos sí, martillo tengo. ¿Crees que me cabe todo en el coche? Mi coche no es muy grande. ¿Cómo te llamas?

Me gusta preguntar el nombre a los dependientes. Siento que inicio con ellos una pequeña relación.

—Manu, yo soy el nieto de Manuel, el hijo de Mary.

Sonrío. A Mary no la conozco, pero pienso en mis hijos, que les habría encantado que su abuelo tuviera una tienda cualquiera, o un restaurante para ayudar. También conecto enseguida con que este chaval, que ha perdido a su abuela Conchy, está escuchando a mi madre decir todas esas barbaridades por sus «presunciones». El chico, Manu, que no tendrá más de diecinueve años, trae el cuento en la mano y está fascinado con el dibujo.

—Os va a quedar genial, ¡qué buena idea! —dice con una gran sonrisa—. Es que yo estudio Biología, aquí solo ayudo a mi abuelo para que no esté tan solo por las tardes.

Pago. Mi madre sigue hablando. No quiero llegar tarde a recoger a Eva. Así que para cortarla digo un poco más alto de lo normal:

—Mami, deberíamos irnos ya o se acabará la hora de visita de papi en el hospital. No querrás quedarte sin verlo, ¿verdad?

Ella sonríe.

—Qué va, qué va, mi niña, recogemos a Eva primero y vamos las tres. Manuel, otro día vengo a verte y nos tomamos un café. Arribita, arribita, Manuel. Tú come y ponte guapo, que eso funciona siempre.

Y nos vamos.

Yo cargando con todas las cosas. Ella con el cuento y la lista en las manos.

—¿Hasta cuándo vas a tener a papi enfermo, mamá? —le pregunto bajito

—Ya veré, porque de vez en cuando me gusta estar soltera.

Me río.

Pobre mi padre.

12
La madre y la hija hablan

Aparco después de un buen rato buscando la lucecita verde que anuncia un hueco libre en el *parking* del centro comercial. Es viernes por la tarde, sé que vamos a fracasar. Por fin hemos venido a comprar ropa para Eva. Ella hoy viene callada. Normalmente habla mucho y canta las canciones de la radio. Hoy no. No quiero hacer esto. Yo no quiero recorrer una a una las tiendas del centro comercial, unas tiendas que ofrecen exactamente la misma ropa, las mismas camisetas, los mismos pantalones, chalecos, abrigos, mismo patrón, mismos colores. Sé que va a ser una tarde frustrante, una tarde de pasear las tiendas sin encontrar ese estilo que ansiamos las dos. Eva: para estar a gusto consigo misma. Yo: para ver a gusto a Eva. Sé que la vuelta a casa va a ser triste. A casa, no, tras la derrota tengo que llevarla a casa de su padre. Este finde no me tocan. Y después he quedado con Cordelia y Paloma a tomar un vino.

—¿Todo bien, cariño? Vienes muy callada hoy —le digo

—Dice mi amiga Eva que me visto como una lesbiana.

Por fin confiesa. Yo sé perfectamente lo que acabo de escuchar. La niña mira al frente y aprieta los puños.

—¿Qué has dicho, mi amor?

Obligarla a repetir lo que acabo de escuchar es solo una estrategia barata de madre para ganar un poco de tiempo y acertar con las

palabras adecuadas. Estoy preparada, he visto *Sex Education* y *Euphoria*, he visto incluso *Stranger Things* y *Better Things*, estoy preparada. Repaso en mi mente vocabulario, género fluido, no binario, gays, lesbianas, cuestión de género, intersexualidad, bisexualidad, transgénero. Que me amparen los Javis en esta conversación. Que me ilumine el Espíritu Santo LGTBIQ+, si es que eso existe. Rezar para explicar algo que la Iglesia católica ha estigmatizado siempre se me antoja una contradicción tierna, de madre desesperada, de guion de película progre y moderna. Acabo de entender por qué cambiamos de colegio a mi hija en septiembre. Esa Eva, la otra Eva, era su mejor amiga en el otro cole.

—Eso, mami, ella dice que yo me visto como una lesbiana.

—Eva, ¿tu amiga Eva? —acierto a decir—. Pero Eva es tu amiga, ¿verdad?

Entro en un absurdo bucle lingüístico afirmando una y otra vez que Eva, la otra Eva, es su amiga, lo que mi cabeza no logra procesar es que si la otra Eva es su amiga por qué le dice esto, por qué usa la palabra lesbiana en sentido despectivo.

—Sí. Pero me dice eso.

Sigue sin mirarme.

Tengo la sensación de que por fin se ha atrevido a NOMBRAR ese «algo» que ocupaba sus pensamientos cuando la descubría ensimismada y respondía «nada» a mi constante pregunta de «¿en qué piensas, cariño?». Qué pesadas podemos llegar a ser las madres, pesadas como un ancla. Y sabias. Sabias también.

—Es que no entiendo lo que quiere decir vestirse como una lesbiana, mi amor.

Mi voz sale serena de mi garganta. No quiero que mi hija note que estoy hecha una furia, que le arrancaría ahora mismo la cabeza a esa niña y a su madre, y que empiezo a entender muchas cosas que tienen que ver con su forma de vestir y de peinarse. Las de mi Eva. O más bien con su forma de no vestir y de no peinarse, de esconderse. Como se esconde el caracol que seguimos cuidando en el armario, a pesar de que mi madre piense que está muerto. No está muerto. Se esconde, esperando una atmósfera amable para salir.

—Eva —le digo—, las lesbianas no se visten todas igual, mi vida, no hay un uniforme de lesbiana. Tú conoces a amigas mías que son lesbianas, algunas se visten *sexies,* otras más de *sport,* otras se visten igual que yo, que soy hetero, pero yo qué sé, igual un día me echo una novia. Es que no hay nada malo o raro —valoro muchísimo estas dos palabras— en ser lesbiana.

Por fin mi hija me mira. Y tras dos segundos en que no sé si va a echarse a llorar o a reír, ríe.

—Ja.

Ríe chiquito, ríe de color crema, aún no ríe amarillo. Es un atisbo de risa que no va a acabar en carcajada, pero que a mí me basta. Eva tiene la risa más bonita del mundo. Siempre he pensado que era una niña feliz hasta el cambio de cole. Un día en el dentista, haciéndole un estudio de la boca, la odontóloga dijo:

—Ahora ponte seria.

Y ella, después de ensayar varias muecas, dijo:

—No sé.

Un «no sé» que nos provocó carcajada, nada parecido al «no sé» que usa ahora cada vez que tiene que vestirse.

Me doy cuenta de que he dado por hecho que sabe lo que es ser lesbiana y esa naturalidad ha sido un acierto. También me doy cuenta de que estoy ante una de las conversaciones más importantes de mi vida.

—¿Quieres frutos secos? —le digo.

—¿Tienes, mami?

—Claro, ese bolso gigante que cargo siempre es como el de Mary Poppins, no tengo un perchero para que cuelgues el abrigo, pero casi. Echa el asiento para atrás, anda. También tengo agua. Vamos a hablar.

Saco varias bolsitas y minitáperes llenos de avellanas, nueces y pasas. Probablemente soy la única persona en el planeta a la que le gustan las pasas. Saco mi botella azul metálica rellenable y bebo la primera. Se me ha quedado la garganta seca. Seca de saliva y de palabras. El corazón me palpita fuerte, tengo hasta miedo de que Eva lo escuche.

Una vez, preparando un artículo sobre adolescentes, escuché una conferencia que animaba a los padres a hablar con sus hijos en el coche. No importa llegar tarde, decía el conferenciante, si veis que ellos tienen ganas de hablar, dad vueltas, quedaos aparcados, no paréis la conversación nunca. Cuando quieran hablar, que hablen, toca escuchar.

Sigo sacando cosas del bolso: hay un par de chocolatinas, cuadernos, rotuladores, clínex usados, monedas, dos barras de labios. Hoy me alegro muchísimo de no haber vaciado el bolso que me jode la espalda cada día. Y al fondo descubro los caracolitos de colores de Cordelia…

—Ay, Eva, que yo te había cogido estos caracolitos de plástico de la presentación de cremas de la revista. Me había olvidado de dártelos.

Mi hija sonríe más grande, le encantan.

—Qué pasada, mami, se los puedo poner a Snail para que no se sienta sola.

—¿La has llamado Snail? —pregunto.

—Sí, mami, y en femenino. No sé bien por qué. Me contaste lo de hermafrodita, pero me sale hablarle como a una chica, como a una amiga.

Bebo un poco más de agua. Mi dolor de pecho afloja, era un caballo galopando y ahora va al trote. «Calma, Candelaria, calma», me susurro al oído. Me hablo a mí misma en las crisis. Me calmo.

No paran de pasar coches tocando el claxon y preguntándonos si nos vamos a ir. Si vamos a dejar el hueco libre. Pero no. De aquí no me muevo de momento por muchos aspavientos que me hagan.

—¿Y tú cómo te sentiste, cariño? ¿Cuando te dijo eso?

—Mal —me contesta.

—Pues se lo tienes que decir. Quizá no vuelvas a verla. Porque ella se ha quedado en el otro colegio. Pero se lo tienes que decir. ¿Tú tienes su número de móvil?

—Sí, sí.

—Entonces vamos a escribirle un mensaje. Tenemos tiempo. A comprar ropa podemos venir otro día.

No saca su móvil de la mochila, mira al frente, una señora nos grita:

—Que si vais a salir.

Bajo mi ventanilla, saco la cabeza y medio cuerpo, como nunca vi hacer a mi padre, camionero él, y grito:

—Que noooooooooooooooo.

Ha sido completamente desproporcionado, con esa señora he descargado toda la rabia que intento contener, que intento disimular con Eva.

Eva se ríe ahora con más fuerza mientras se come un puñadito de avellanas de su mano chiquita y de uñas mordidas y bebe agua. Mi salida de tono con la conductora, que, pobrecita, no tiene ni idea de nuestra conversación, le ha hecho mucha gracia.

—Saca el móvil, mi amor, yo te ayudo a escribir el mensaje a la otra Eva —le pido.

—Y la profe de Gimnasia me dice que llevar coleta baja es de perdedoras.

—¿Cómo?

—Eso.

—Pero a ella qué más le da cómo lleves tú la coleta.

Uy, se me ha notado un poquito el enfado, se me ha escapado.

Estoy deseando que pase otro coche y me pida el sitio para gritarle más fuerte que antes, si me queda voz. Pero no. Silencio. Ahora hay más huecos libres. El aparcamiento se está vaciando, ya nadie necesita nuestro espacio. Soy yo la que necesita interrupciones.

—Y en el autobús, volviendo de la granja en verano, los niños me gritaban «es un tío, es un tío», y ningún profesor hizo nada.

Mi móvil vibra. Aparecen notificaciones en el chat Cordelia's Bitches; no las leo, pero las intuyo. Las chicas probablemente se han quedado ya libres de obligaciones y mandan memes y tonterías de lo bien que lo vamos a pasar esta noche.

Yo me hago pis.

Justo ahora, me hago pis.

Aquí y ahora, en un *parking* de un centro comercial cualquiera a las afueras de Madrid, entiendo los beneficios de la terapia. Eva lleva

varias sesiones y por fin se atreve a hablar conmigo y a contarme lo que verdaderamente le pasa. Y yo, que me siento desolada, al borde de un precipicio y con un nudo en la garganta a punto de convertirse en lágrimas, estoy aliviada. No voy a decir que feliz. Pero aliviada sí. Estoy en lo alto de una cima con un tobogán muy empinado y peligroso delante de mí y voy a empezar el descenso. Es un tobogán altísimo, uno de esos de los parques acuáticos, espacios inventados para torturar a los padres en verano. Pero es un tobogán. No es una montaña. No vamos cuesta arriba. Vamos a iniciar un descenso hasta llegar a una piscina, o mejor, al mar, y allí me voy a bañar con mi hija. Y vamos a nadar.

—Eva, poco a poco —le digo—, vamos a empezar por el mensaje a la otra Eva. Luego yo le escribo a su madre para que lo lea. Intentaremos hacer las cosas bien. ¿Me das un segundo para que mande un mensaje a mis amigas y haga pis?

—¿Dónde vas a hacer pis, mami? El centro comercial está cerrando.

—Aquí, mi amor, al lado del coche. No debería admitirlo, pero esto yo lo hago a cada momento, cariño. Las cámaras de seguridad probablemente tengan grabada a tu madre haciendo pis. Algún día llegará una multa, o dos.

Silencio.

Carcajada de Eva.

Carcajada grande, naranja como la de su abuela, carcajada sonora, divertida, contagiosa.

—No, no. No me hagas reír, Eva, por Dios, que me haré pis dentro del coche y entonces sí que la liamos.

Ataque de risa celestial.

—Yo voy a tirar los envoltorios y las cáscaras de pistachos y los clínex a la papelera, ¿vale, mami?

El *parking* se va quedando vacío.

Al final no hemos ido de compras, pero hemos abierto la puerta del armario. Creo.

Me escondo entre coche y coche, me bajo los vaqueros, abro bien las piernas, sujeto el abrigo que no me quité al entrar en el coche y que ahora me sirve para esconder mi acto vandálico. Rezo para que

el pis no manche mis botas camperas porque ya no me da tiempo a pasar por casa para cambiarme y encontrarme con las chicas.

—¡¡¡¡¡¡ADIÓS, EVA!!!!!! —oigo que gritan.

—Mierda, ¿me han pillado?

Veo pasar un coche con tres personitas en el asiento trasero. No identifico el coche ni a la conductora. Me subo precipitadamente los pantalones, doy saltitos para abrochar el cinturón, cierro mi abrigo para disimular, levanto la mano y sonrío.

—¿Quiénes son? —pregunto.

—Son de mi cole nuevo. Pero no están en mi clase. Me gustaría hacerme amiga de ellas. Y también van siempre con un chico. Pero no sé su nombre. ¿Me llevas a casa de papi?

—Claro, mi amor. Pero mañana mandamos ese mensaje.

—Sí, mami. Es que hoy no he traído el móvil.

—Vale. Así me da tiempo a pensarlo bien. No hay que actuar por impulso —le digo.

Eva se pone el cinturón y sonríe. Sé que le encanta ir de copiloto. Como tiene un hermano mayor, le pasa pocas veces. A mi lado suele ir Jorge. Nos fijamos en las lucecitas verdes que ahora inundan la oscuridad de este espacio y convierten el techo feo de hormigón en un cielo, un cielo plagado de esmeraldas y casi casi podemos imaginar constelaciones.

—Parece un cielo —le digo.

—Sí, mami, qué bonito.

Silencio

—¿Estás bien? —pregunto.

—Estoy mejor —contesta.

Ya no aprieta los puños. Las manitas en su regazo y la mirada en las estrellas inventadas.

13
Cordelia's Bitches

Llego tarde, llego derrapando porque la vida para mí se ha convertido un poco en «llegar tarde» y dejar audios diciendo: «Perdonad, perdonad, es que se me ha hecho tarde por…». Hay mil razones, siempre pasa algo, algo raro e inverosímil en mi caso, algo difícil de explicar. Mi excusa más trillada es que se me pierde Amy en el paseo. Es la excusa que más uso porque es verdad. Me gusta ser yo quien la pasea y me encanta dejarla suelta por el monte que hay detrás de mi casa. Un día se perdió y a mí se me encogió el corazón. Qué rabia que los perros no lleven móvil para enviarte su ubicación. Yo gritaba por el monte:

—Amyyyyyyyyy, Amyyyyyyy.

La estaba paseando a mediodía, uno de esos días que crees que tienes la tarde libre y hace sol y vas a disfrutar, pero, oh, vida, la perra, la muy perra, se te escapa. Me puse a llorar. Que piensas: «No llores, por favor, y busca», pero lloras. Porque las mujeres a solas lloramos cuando menos lo esperamos, o cuando encontramos un motivo para llorar por otras muchas cosas que no lloramos en su día. Llanto atrasado, lo llamo yo. Cuando desistí de la búsqueda y regresé a casa, me la encontré en la puerta esperándome y con cara de «¿dónde pensabas que estaría? Anda, vamos dentro y dame mi palito de premio, ese para limpiar mis dientes que, además, me sabe a gloria perruna».

Sí, a mí Amy me habla. Y yo le hablo a ella. Otro día, era domingo, y la muy perra se coló en un colegio que hay cerca del caminito que nos gusta recorrer. Se ve que olfateó los restos de bocata que los niños abandonan durante el recreo. Desde dentro me miraba diciendo: «No voy a salir. De hecho, no sé cómo salir, y, oye, aquí, ni tan mal». Salté la valla. Iba con Jorge y Eva y ellos vigilaban desde el otro lado para que no me denunciara nadie. Pensé: «El lunes, cuando revisen las cámaras del cole, van a flipar. Madre/perruna/loca rescatando a su perro, y gritando solo voy a cogerla a ella, nada más», yo rezaba para que no hubieran contratado a un guardia de seguridad armado, que entiendo yo que eso solo pasa en Estados Unidos. Todo salió bien, sí. Pero, por supuesto, yo llegué tarde ni me acuerdo adónde ni a qué. A veces llego tarde porque sí. Porque apuro el tiempo al máximo y me quedo embelesada mirando por la ventana bebiendo mi manzanilla con limón.

Voy en taxi, lo prefiero, tengo la cabeza demasiado embotada como para conducir y está chispeando. En el taxi dejo audios:

—Chicas, de verdad, lo siento, id pidiendo. Yo como de todo menos anchoas, anchoas no que me intoxico y me muero. A ver, no sé si me muero, pero intuyo que sí, que me moriría. Hasta ahora no me he muerto nunca.

Mando el audio.

¿Pero qué chorrada de audio he mandado? Espera que lo borro. No, no puedo borrarlo porque ya lo han escuchado. Me mandan emoticonos llorando de la risa. El taxista piensa que estoy completamente volada y lo cierto es que me siento volada. A veces me sobrevuelo e intento analizar la situación viéndome desde fuera. O sea, que a mi preciosa Eva le estaban haciendo *bullying* y yo no me había enterado de nada. El taxista me mira por el retrovisor y sonríe, él quiere entablar conversación, pero yo no.

—Es muy loca usted —me suelta.

Entiendo que no controla el idioma, pero paso de enseñarle español. Hoy no estoy yo para mucha broma y le suelto:

—Usted también, muy loca.

Le sienta fatal y deja de hablar.

Como he estado encerrada en el aparcamiento del centro comercial un par de horas sin cobertura, o simplemente sin mirar el aparato del demonio, tengo acumulación de audios y wasaps sin escuchar ni leer. Hago selección. Buff, de mi madre hay cuatro. CUATRO AUDIOS ETERNOS.

Decido no escuchar y resumir: «Mami, ¿todo bien? ¿Alguna urgencia? Llego tarde a una cena. ¿Te puedo escuchar mañana?». Está en línea, escribe, nada, escribe, nada, escribe, nada. Me he acostumbrado a la velocidad de sus mensajes. En línea, escribiendo, nada, en línea, escribiendo, nada. Por fin llega su mensaje: «Sí». Y unos emoticonos que nada tienen que ver con nada de lo que hayamos hablado: un policía, unos ojitos, un sol y un corazón. Los jeroglíficos de mi madre son fascinantes. «Mañana viene tu hermana». Escribe otra vez. Ay, se me pone una sonrisa en la cara.

Tengo un audio de Celia también. Escueto. Como es ella: directa, fuerte, escueta, rosa fucsia es mi hermana.

—*Sister,* paso el fin de semana por Madrid. Tenemos que vernos. Mami organiza comida en su casa, pero nos debemos un túyyo. Ya se me ocurrirá algo.

Me derrito. Mi hermana, la actriz, siempre organiza los mejores planes.

Selecciono otro audio de Jorge:

—Mami, te adoro, estamos superbién con papá. Ya estamos Eva y yo juntos.

Jorge es aún más escueto que su tita.

Una vez me dejó un audio de 0,2 segundos. Yo supuse que era un error: una tos o un estornudo. No, mi hijo siempre siempre me deja un te quiero, un te adoro, un mimo. Y hacer eso solo lleva 2 segundos.

—¿Puedo encender la luz? —pregunto al taxista.

—Todo suya. Sí.

Me hace gracia la poca fluidez con el idioma de este señor y pienso en lo difícil que debe de ser para los extranjeros aprender el tema de los géneros en español. Ando yo perdidísima en esta era con el masculino y el femenino, no imagino a los que tienen otra lengua madre. Algo parecido me pasó en el cole aprendiendo

francés, me liaba todo el rato con los posesivos y los femeninos y los masculinos. Aún me acuerdo: *Mon, ton, son, ma, ta, sa.* Aunque no recuerdo absolutamente nada más de una lengua que se supone que estudié y aprobé con muy buena nota.

Me dispongo a comprobar el estado de mi apariencia: Caos. Del pelo ni hablamos, el *curly* está muy bien recién definido, el resto del tiempo soy una *curly* despeluchada. Me mojo los dedos con un poquito de agua de mi botellita azul y hago un moño tirante y alto que nunca falla. Pienso en la coleta baja de Eva durante unos segundos. Con las prisas no he cambiado de bolso. Cuando salgo de noche suelto lastre y uso una riñonera negra cruzada, hoy agradezco no haber cogido la riñonera. En el bolso grande llevo siempre un pequeño kit/salvamento/maquillaje. Un poquito de quitaojeras y la barra de labios roja que me regaló Cordelia.

—Para tú venirrrr arrrrriba, siemprrrre un rojo en labios —me dijo.

¡Cuánta razón!

Con la misma barra doy unos toquecitos en las mejillas. Apañada. Estoy.

De espejo estoy usando el móvil, siguen entrando mensajes de mi madre: «Cuando puedas, me dices si pulpo o bacalao o arroz». Me río, seguro que habla de la comida con mi hermana. Nada hace más feliz a mi madre que cocinar para muchos; de hecho, aunque ya no vivamos con ella, es incapaz de cocinar para dos: ella y mi padre. Por eso reparte táperes a diestro y siniestro. Contrabando de táperes.

—Mucho mejor. Mucho guapa —dice míster taxista mirando por el retrovisor.

Yo ya le he dado un corte, no voy a decirle que los piropos así, bueno, que los piropos, en general, no, que los piropos en un taxi de noche, que no, vaya, que no hacen falta. Pero sonrío. Una de esas sonrisas de las mujeres amables que tapan.

Me echo un poquito de perfume, me abro dos botones de la camisa, intento remeterla por el pantalón, y no no no. Observo que mis botas están salpicadas del pis de antes. El pis con prisas. Ya se me ocurrirá algo.

Llego al restaurante y, literalmente, me lanzo del taxi casi en marcha. El local está lleno, ahora nos gusta venir a este sitio al lado de la redacción, puerta con puerta, básicamente. A un lado del portal queda la librería bonita y al otro lado del portal El Océano. Me gusta pensar que trabajo entre mar y libros.

Cordelia y Paloma me hacen señas desde la mesita redonda al fondo izquierda. Qué guapísimas se han puesto ellas.

Arrastro mi bolso entre las mesas, golpeando algunas cabezas a mi paso.

—Perdón, ay, perdón, *sorry, sorry.*

Por fin ME SIENTO. Me dejo caer en mi silla como un fardo. Lo que provoca carcajadas en mis dos amigas. Me río yo también por primera vez en muchas horas. O en muchos días. Cordelia me señala a un señor que se toca la calva y me mira dolorido por el bolsazo, más risas.

Paloma se ha esforzado en estar *sexy,* falda corta, botas altas negras con poco tacón, top azul celeste, pelo liso y planchado, labios rojos pasión y sus gafas doradas gigantescas que le dan un aire parisino y agrandan sus ojos negros, negrísimos. Está soltera ahora. Paloma tiene entre veintiocho y cuarenta años. Nadie sabe su edad. Cuando celebra su cumpleaños no pone velas en la tarta y por mucho que busques no aparecerá su año de nacimiento en ninguna red social. No tiene hijos. Presume de ello todo el rato, haciendo hincapié en que viaja y lleva bolsos de marca porque ni siquiera piensa en tenerlos. Cuando yo entré en la revista, Paloma ya trabajaba allí, pero su *boom* llegó con el confinamiento. Nos alegró los días a todas con unos vídeos caseros divertidísimos que tuvieron muchas visitas en la edición digital y la convirtieron, sin duda, en la mujer más popular en la redacción. En cuanto retomamos las presentaciones de productos, y habiendo demostrado su creatividad, Cayetana, nuestra directora, la nombró jefa de comunicación y es quien se encarga de organizar los eventos. Lo hace increíblemente bien. Y nunca pone problemas en salir más tarde de la oficina. Me gusta. Nunca antes habíamos quedado fuera de estos eventos laborales, pero Cordelia y ella se han hecho muy amigas y hoy hemos quedado las tres. Paloma dejó a su novio hace un año.

—Estábamos aburridos los dos —nos dijo un día.

No le costó nada, pero nada, pasar página.

—Te lo he dicho —dice a veces—, muy aburridos.

No he vuelto a preguntar por su vida sentimental, aunque ella con su voz de niña mala hace muchas bromas de lo mal que está el mercado, así que entiendo que sigue buscando.

—Yo quiero una cerveza 0,0, por favor —digo al camarero.

—Venga ya —suelta Paloma—, vienes con la misma ropa de esta mañana, repartiendo bolsazos a los comensales y ni siquiera vas a beber alcohol… ¿Qué está pasando?

Ya no bebo alcohol. Me sienta fatal. Si estoy contenta, la alegría digamos que se me descontrola; si estoy triste, el alcohol me arruina la noche, la tarde, el día, el aperitivo, me arruina a mí. Y he descubierto que no lo necesito. Y lo mejor es que vivo sin resacas. Paloma esto lo sabe. He ido ya a muchos eventos con ella y he bebido zumos a litros. Pero a la gente le encanta cuestionar tu abstinencia. A toda la gente. A los camareros también. Todo el rato incitándote a pedir alcohol.

Cordelia está bellísima, de negro siempre, con ese halo de misterio que la rodea, pienso que es una espía rusa y que en cualquier momento va a sacar una pistola, o dos, y a cargarse a algún camarero guapo que también es agente de la KGB infiltrado en este restaurante decorado con demasiada vegetación y música *chill out* imitando el ambiente de los locales de Ibiza. Qué manía con sacar Ibiza de Ibiza.

—Trrrraen ya comida rrrrica. No chanchoas. Camarero guapo muy preocupado de no chanchoas ni en salsas. Para qui no mueras, querrrida.

Amo el acento de Cordelia.

Ellas se mueren de la risa y piden otros dos vinitos. Veo que mi audio se convertirá en uno de los chistes de la noche. Tengo la sensación de que están coqueteando entre ellas. Pero quizá esté yo empezando a estar demasiado sugestionada por este tema.

—Venga, ¿qué ha pasado? Llegas muy tarde —pregunta Paloma.

Está divertida y me hace ojitos como insinuando que mi tardanza tiene que ver con un ligue, un encuentro inesperado, un padre del

cole necesitado de conversación o intimidad.

—Cuanta, cuenta… Venga, cuenta, cuanta —dicen alternativamente.

De repente no estoy en el restaurante y no hay nadie a mi alrededor y no suena el hilo musical y los camareros y las camareras no revolotean entre las mesas. Estoy sola y empiezo a monologar. No toco la comida, pero sí bebo agua y agito mucho las manos mientras les cuento la escena que acabo de vivir en el *parking* del centro comercial. Les cuento que a Eva le hacían *bullying*. O que la acosaban. Sí, acoso silencioso, lo llamo. ¿Porque quién demuestra esto? ¿Cómo explico y a quién explico que la niña se encontraba completamente aislada? Que por eso la he cambiado de cole. Que por eso le cuesta tanto hacer amigas. Les cuento lo del estilo de la ropa. Vestirse o no vestirse como una lesbiana.

—Ser o no ser, esa es la cuestión.

La coleta baja. Que qué más dará una coleta baja o alta si las mujeres más empoderadas y femeninas que hay en el mundo son las folclóricas y cantaoras y a menudo llevan moño bajo. Les cuento que le gritaron en el bus «es un tío» y que ningún profesor ni ninguna profesora hicieron NADA. NADA. Y de repente estoy gritando:

—QUE ESTAMOS EN EL SIGLO XXI, COÑO.

Sin música. La música ha parado. Esto no es una película ni una obra de teatro. Sigue siendo el restaurante y yo hablo demasiado alto y me doy cuenta de que todos los ojos que ven, todos los ojos que antes observaban la comida en sus preciosos platos, se vuelven hacia mí. Y yo me pongo roja, muy roja, y Cordelia y Paloma rompen a reír, pero yo estoy enfadada. Y no me río y no es gracioso, y vuelvo a estar despeluchada.

—No os riáis. Todavía no, porfa. Esto es serio —suplico.

Y entonces Cordelia y Paloma se dan un morreo, un beso largo y apasionado. Y cuando se separan, vuelven a reír. Y ahí sí. Ahí empiezo a reír yo también. Aflojo. Me destenso un poquito. Y pienso que ha valido la pena venir esta noche aunque solo haya sido por presenciar este beso entre dos mujeres maravillosas. Las miro y veo

su complicidad y su risa. Y sé que todo está bien. Todo va a estar bien.

No pregunto ni cómo ni cuándo. Entiendo en un instante por qué una me pidió el teléfono de la otra y la otra me preguntó si la una estaba soltera. Y aflojo un poco más. La vida es muy bonita, solo hay que saber mirar.

—Come un poco, querrrida, ahorrra hablamos de Eva.

Cojo un par de croquetas y un poquito de ensalada de rúcula con burrata. Vuelvo a mirar a mis amigas que ahora son más que amigas entre ellas y vuelvo a sonreír.

—A ver, yo le he dicho que tiene que escribir a la otra niña. Tiene que decirle cómo la hicieron sentir esos comentarios. Pero no sé si va a servir de algo. Al fin y al cabo, mi Eva ya está en otro cole.

—Torrrta fuerrrrte, mano abierrrta. Una torta fuerrrte. Fin de problema. Yo digo esto a Alma todo día.

—¿Qué dices Cordelia, por Dios? ¿Y quién es Alma?

—Sí. Sí. Lo digo porque pienso eso. Eso, torrrta, soluciona problemas. Pero, claro, Alma no mi hija, es hija de mi herrrrmano.

—Por Dios, Paloma, dile que no, que aquí no funciona así —le digo como si en algún otro lugar sí funcionara la violencia—. Además, ser tía es diferente. Las tías dicen barbaridades a las sobrinas y a los sobrinos y no se las toma en serio. Ser tía es lo más. Es muy divertido. No sabía que eras tía. Mi hermana es la que les deja decir palabrotas y obscenidades. Y nunca pasa nada. Me acuerdo que les enseñó a cantar «ron, ron ron, la botella de ron» y Jorge cantaba con ella «coño, coño, coño, coño…» porque era su palabra favorita y yo no le dejaba decirla. Ser tía es lo más.

Estoy gritando otra vez, mañana estaré afónica.

Noto que alguien me toca en el hombro y me doy la vuelta. No puede ser, es la chica líquida de la librería, no la vi al entrar. Qué belleza tan particular, va vestida de colores cálidos con el pelo engominado hacia atrás y los labios rojos. Parece un pájaro tropical. Me asusto y golpeo la copa de vino de Paloma que está a mi lado, el líquido se derrama sobre mis vaqueros. Paloma se estresa mucho y empieza a limpiar con su servilleta mi pantalón, se mete debajo de

la mesa y el mantel blanco. Hace excesivos aspavientos y empieza a gritar:

—Ay, no, se te han salpicado hasta las botas…

—Déjalo, Paloma. De verdad. No es nada —digo rápidamente.

—Sí, sí que es —dice—, es que tú no lo has visto. Qué barbaridad de mancha. ¿Seguro que no te ha meado la bota un perro viniendo para acá? Jajajajajajaja. Un perro te ha confundido con una farola. Es que estás muy flaca. Jajajajajaja.

La chica líquida dice:

—Leí tu nota. Pero no me ha dado tiempo en toda la semana de pasar por tu oficina. Me llamo Ingrid y claro que un día nos podemos tomar un café. Estoy con unas amigas, en el privado, celebrando un cumple, por si queréis uniros.

Y se marcha.

Vaya, no le he preguntado si es su cumple y no la he felicitado. Tengo la extraña sensación de que he ligado.

Paloma sigue haciendo mohínes desde debajo de la mesa.

—Ay, tus preciosas botas, te las he manchado, qué grande la mancha, cada vez es más grande. Parece un país.

—Sal de ahí, Palomita, por favor —imploro.

Por mí ya. Decido irme. Ellas van a bailar, se unirán al cumpleaños de Ingrid. A mí me ha encantado ser capaz de llegar hasta aquí, me esfuerzo mucho por salir. El primer año después del divorcio era incapaz de sentir placer sola, ir a trabajar era mi excusa para salir de casa, si no eran planes con Jorge y Eva, a pesar de haber confirmado asistencia, cancelaba en el último momento y siempre acababa enrollada en una manta al ladito de mi Amy viendo series.

Quedar a cenar con amigas es una batalla ganada a la soledad y a la culpa. Y hoy especialmente presenciar sus besos y miradas y caricias casuales ha sido una coincidencia mágica que acalla las preguntas que se amontonan en mi cabeza. Qué guapas. Nada en el mundo aguapa más a alguien que el amor.

Salgo a la calle. Observo mis botas, manchadas de pis, mi propio pis, y no de vino ni de un perro despistado y sonrío. Paro un taxi. Es el mismo taxi de antes.

—¿Misma dirección? —me pregunta.

Joder, me asusto y se me nota.

—No asuste, por favor. Yo esperarrrr. Yo pensar que usted no tardar mucho en cenar y carrera hasta Boadilla viene bien a mí. Muy bien.

No sé por qué pero lo creo. Necesito creerlo. Necesito pensar que la bondad existe y se manifiesta. Y esta noche la bondad es un taxi a tiempo en un Madrid atascado a la una de la madrugada.

—Pongo música clásica y usted relax.

Pone la *Quinta sinfonía* de Mahler.

—Yo antes músico. Violín. Perro ahorra taxista. Antes dije usted guapa. Perdón. A veces taxi solitario y yo hablarrr más de cuenta. Tengo hija, dieciséis años, y ella dice que pirropos mal. Pero yo olvido.

—Gracias —respondo. Siento ternura por este taxista/padre/violinista/migrante dejándose educar por su hija.

—Las hijas nos cambian. Vienen para enseñarnos —le digo.

Me recuesto en el asiento. Tengo la cabeza como un bombo. Mi pobre Eva. Aunque esté con su padre, mañana la llamaré para dar un paseo por el monte y escribir esos mensajes a la otra Eva. Seguro que a él no le importa y no quiero esperar hasta el lunes.

Uy, los audios de mamá.

Con la *Quinta sinfonía* de Mahler de fondo empiezo a escuchar. Audio 1:

—Estoy con tu padre en el súper, ¿has hablado con tu hermana? No, no creo que hayas hablado. Espera, los fideos me gustan a mí más los gorditos, ay, no veo, no veo ni con gafas, jajajajajaja, ay, las letras cada vez son más chicas… Espero, espera. Perdón, los fideos del 0, sí. Sí. Para sopa. Ay, no he cortado esto, espera, espera, cojo los fideos y te llamo otra vez, o sea no, no te llamo, espera. Voy voy.

Audio 2:

—Es que si no me gusta la cara del pulpo, no me lo como, hay pulpos que están como asustados antes de meterlos en el caldero, y entonces no están ricos ni tiernos. Si están asustados, la carne se pone dura, tensa. Que no me extraña, pobre pulpo… jajajajajaja… Niño, no, no, no, son más chicos los fideos, mira, los compramos en Carmita y ya está. A ver si me convence algún pulpo…

Obviamente no sabe que está dejando este audio, ella habla con el pescadero y se le ha quedado abierto el micro, las barbaridades que puede soltar por esa boca y enviarlo a la persona equivocada, no me lo voy ni a imaginar. Busco contacto visual con el taxista.

—Madres —le digo.

—Suerrrrte grande tenerla —me responde.

Asiento. «Sí. Suerte grande tenerla», pienso.

—¿Cómo se llama usted? —pregunto.

—Marcus.

—Cuando lleguemos a la urbanización, yo le explico cómo llegar a mi casita. Los navegadores siempre se pierden al final, aunque vengamos de allí, no creo que usted se acuerde.

—Yo acuerdo, sí. Yo muy bueno con direcciones. Por eso taxista en país que no es mío.

Audio 3:

—Niña, ya no sé qué te he dicho y qué no te he dicho y no sé sacar el audio que te he mandado yo a ti para volver a escucharlo. No sé sacarlo del teléfono. Todos los días saco en la tele la serie de tu hermana, pero eso no me sale sacarlo. Claro, la tele es grande y veo las letras, pero en el móvil no veo nada. A ver, he comprado dos pulpos. Que me ha costado elegirlos, que ya sabes que yo me fijo en la cara de los pulpos. ¿Tú te acuerdas de si tu hermana come pulpo? Porque tuvo la racha aquella que le dio por el veganismo, que se quedó pálida pálida, porque juntó veganismo y protección solar. Así es ella. Que si los rayos uva son malísimos, que el sol, que las manchas en la cara. Lo que yo no sé es si el pulpo es carne. Tu padre dice que sí, o sea, que no, que si eres vegana no comes pulpo, pero el pulpo es un pescado, ¿no? O tampoco pescado. Qué lío. También puedo hacer un bacalao, que tengo el congelador lleno hasta arriba de los paquetes de plástico congelados de Mercadona. Ay, y cuando le dio por el plástico a tu hermana, que me quitó hasta las bolsas que me dan en el supermercado, que ya ves tú qué mal le hago yo al océano sola en mi casa con mis bolsitas, que yo reciclo, ¿eh? Yo reciclo. O un arroz. Pero, claro, yo al arroz le echo todo, le echo la verdura y el pulpo y el bacalao, entonces no me sirve si eres vegana. Dime algo, ¿sí? Espera, espera. Tu padre está entrando al

garaje y se me quita la cobertura. ¿La cobertura también es para los audios? ¡Niño! ¡Niño! Pero por qué no me dejas acabar el audio. Nunca me dejas hacer nada. No me dejas.

Audio 4:

—El domingo. Que no te lo había dicho. La comida es el domingo. Y tú no traigas nada, hago también la tarta de moka y el flan de chocolate. Te quiero, mi niña. Ya está…, ya lo he enviado, ay… ay… Niño, pero no pegues tanto el coche a este lado, que no puedo salir…, ay…, jajajajajajaja…, se me ha quedado enganchada la falda, ay, mi madre, que se me rompe…, jajajajaja.

Me encanta la risa de mi madre.

—Aquí, Marcus, por la callecita de la izquierda y al fondo.

Pago, treinta y siete euros. Marcus me extiende una tarjeta.

—Yo por aquí siemprrre. Si usted llamar, yo feliz de llevarla y poner Mahler. O llevar o recoger hijos si usted necesita.

Marcus espera a que yo abra la puerta de mi casa y entre. Los taxistas que hacen esto me conmueven profundamente. Me encantaría que no hubiese que hacerlo, pero cuando les descubro este gesto protector, siempre pienso que tienen hijas. Que son padres. Que algo se ha modificado en su despiste masculino.

Dejo las botas manchadas fuera. Paloma ha empeorado visiblemente la mancha y tenía toda la razón, es África. La mancha es el continente entero. O un corazón. África para mí tiene forma de corazón, como la naricita de mi Amy cuando la adoptamos, o la isla de La Palma en Canarias. «Solo es una bota —pienso—. Las llevaré al zapatero para que las iguale». Por un segundo tengo la tentación de hacer una mancha en la otra bota y así las igualo yo.

Abro la puerta y ahí está ella, mi fiel confidente, esperándome para charlar. Suelto el bolso gigante y me acomodo en el sofá, descalza, con mis calcetines de colores y desparejados y sin abrigo. En mi cabeza, Amy, con sus ojos de Bette Davis y nariz de corazón, se sienta como una persona, cruza las patitas y me pregunta:

—¿Qué ha pasado hoy, querida, tienes pinta de que te haya pasado por encima el camión de tu padre?

Hablo con Amy como con una amiga. Y le cuento que ya sé por qué Eva está ausente y pensativa y por qué guarda un caracol en el

armario y por qué no le gusta su ropa y está buscando un estilo y por qué busca a quién parecerse y le digo:

—Amy, hoy no voy a llorar. Ahora sé lo que pasa y ahora voy a pelear.

Amy me mira y dice:

—No sé cómo se va al colegio, a mí qué me cuentas, yo nací para ser perra, como dice la canción que tanto me gusta…

Amy siempre tiene las canciones de Rigoberta en la cabeza. Las baila conmigo cuando lo necesito.

—Aquí cada una se fabrica su armario y se convence de que puede ser feliz dentro —me suelta la perra.

—¿Cómo? —le digo.

—Tú misma. Tú no has tenido una cita en dos años. ¿A qué esperas?

Me deja pensona.

—¿Te preparo una manzanilla? —me dice con las orejitas echadas hacia atrás.

—No te pases, Amy, que eres una perra. Que yo hablo contigo, sí. Pero tampoco estoy loca.

—Vale, pues ponme agüita fresca de la nevera, que se me ha acabado y estoy sedienta.

Vamos a la cocina las dos. Llevo el móvil en la mano. Ya no quedan mensajes por contestar. Lleno el cazo de agua de florecitas rojas para ella y meto en el microondas la taza de «Hoy tendrás otro día de mierda» con agua para prepararme una infusión. Noto que me molesta algo en el bolsillo de los vaqueros y descubro la barra de labios roja, ni me acordaba de que la había metido ahí.

—Ven, Amy.

La agarro y le pinto un poquito los morritos y luego yo, sí, me repaso los morros, pienso en Cordelia «venirrrse arriba», la puerta del microondas me vale de espejo. Me suelto el moño y elijo en Spotify esa canción que casi representa a España en Eurovisión 2022, qué fantasía habría sido ver aquella escenografía con una teta gigante en el escenario de Turín y gritar «MAMÁ» al unísono con todos los eurofans. Mamá, esa palabra carnalmente universal. Subo el volumen.

Levanto a Amy en brazos y ya estamos bailando y dando botes y somos dos perras a la una y media de la mañana cantando nuestro himno en una cocina apartada del ruido, en Boadilla, y el ruido somos nosotras y yo soy todas las madres. SOY: primera persona del singular del presente de indicativo del verbo ser.

SOY.

Soy mi madre y soy mi abuela y soy mi hermana que ni siquiera es madre, pero que me cuida a mí y a mis hijos como si lo fuera, y soy yo quien tiene la fuerza y jamás podré agradecer lo suficiente a Rigoberta que es Paula y que también es madre que escribiera esta canción y a solas en la cocina de mi casa con mi perra me saco una teta y pienso que un día, algún día, seré capaz de sacarme esa teta en medio de una multitud, con otras miles de tetas. Otras miles de mujeres que son madres, o no, pero que tienen tetas.

Y canto fuerte. Y canto mal.

Pero canto: «Mamaáááááááááááá».

Suena el pitido del microondas.

Se acaba la canción.

Estoy exhausta y plena.

Qué bien voy a dormir esta noche…

¡Y sin desmaquillar!

14
Candelaria al día siguiente

Abro los ojos de sopetón, lo primero que me viene a la cabeza son los bailes de la noche anterior y el amor de Cordelia y Paloma. Amy gime a mi lado, me ha despertado ella, quiere subirse a mi cama. Apoya las patitas delanteras y asoma el hocico por encima del edredón. A Amy le encanta dormir a mi lado, en mi cama, conmigo. A Eva no, ni a Jorge, a la perra sí. Los llamamos animales de compañía, pero ¿quién acompaña a quién? Porque más de una vez soy yo quien la arremolino a ella en el sofá a mi lado, pegadita a mi barriga, para ver la tele juntas.

Mi padre nunca entendió que después del divorcio quisiera tener un perro, yo que nunca mostré ningún interés por los animales de los demás. Nada. Cero. Creo que les tuve miedo hasta hace poco. Nunca acaricié a un perro por la calle, nunca les miré a los ojos. Amy apareció, creo que fue ella quien me eligió.

Hice un reportaje de perros actores para la revista y ella fue un descarte del adiestrador, una Jack Russell albina sin las manchas típicas de una Jack Russell tradicional, no sirve para actuar. Da igual si tiene capacidades o no. Es diferente. Ser diferente en su raza la privó de una carrera de actriz, pero la trajo a mi casa. Y me la quedé. Era tan pequeña que al principio me daba pavor que se cayera por el hueco de la escalera, utilicé el corralito de los niños para que durmiera dentro porque se escondía debajo de los sofás y

a mí se me ponía el nudo en el estómago de madre perruna, un nudo muy parecido al de madre de bebés. Quien lo probó, lo sabe. Ella me salvó. En las mañanas en que yo no habría salido de la cama, no habría tomado café, no me hubiese duchado, no me hubiese vestido, salí de la cama, me duché, me vestí y tomé café para sacarla a pasear. A mí mi Amy me salvó. Apoya sus patitas en la cama y gime, no ladra, ella gime y habla.

—¿Bueno, qué? Yo tengo hambre ya. Y pis, que me tienes que abrir la puerta del patio de atrás, mami, que siempre se te olvida que yo no llego al retrete.

Amy habla. Me habla. Tengo dos opciones, opción 1: agarrarla por las patitas y subirla a mi cama para alargar el sueño quince o veinte minutitos. A ella esta opción le encanta, se me junta buscando mi cuerpo, no la dejo meterse debajo de las sábanas, pero se arrima, se arrima y me arrincona en mi propia cama, así que intento que suba lo menos posible. La tengo loca yo a ella porque la dejo subir un día sí y otro no, o sea, cuando me apetece a mí.

—Esta es la madre que te ha tocado, querida. Y cariñosa soy un rato y te consiento todo y más. Así que déjame dormir, porfa.

Opción 2: levantarme, ponerme calcetines gorditos y la bata de franela blanca y azul celeste de cuando iba a la universidad, la bata antimorbo, que adoro y de la que no me puedo desprender aunque tenga quemazos en los puños por aquellos cigarrillos furtivos que fumé cuando no debía y que ya he olvidado y esté roída por las axilas por la perra, que todo lo muerde si la dejas, y después bajar al salón y preparar mi café y abrir la persiana y dejar que empiece el día.

Aprieto los ojos y deseo que sean más de las ocho o las ocho y media. Quiero dormir hasta las nueve.

Busco de soslayo el despertador, como cuando entra en el metro una persona guapa y se te va la mirada. Me compré un despertador para no tener que usar el móvil para todo, un reloj digital con luz y forrado de goma para poder estamparlo contra la pared si te duele madrugar. El reloj/despertador ilumina un poquito la habitación, lo justo para no matarme si me levanto a hacer pis, lo justo para ver la hora en el insomnio nocturno y volverme a dormir.

Si los niños no están en casa, si duermen con su padre, al lado del despertador está el móvil, por si suena, por si me necesitan, porque yo quiero estar siempre disponible para ellos. Qué pesadas somos las madres. Si el móvil está en mi habitación, los niños están durmiendo con su padre. El móvil está, confirmo que estoy sola y entonces me tiro un pedo. ¿He tenido una pesadilla? Sueño poco. Lo prefiero, así descanso, que yo ya sueño despierta todo el rato. Esta cabeza mía que no para. A ver: son las seis y cuarto, por favor Amy, vuelve a dormirte, por favor. Los fines de semana pongo la alarma a las nueve, quiero dormir hasta las nueve, pero nunca lo consigo. Amy insiste, se pasea de un lado al otro de la habitación y vuelve a intentar subirse a mi cama, tiene patitas cortas, no llega, se resbala, rasca, las apoya y dice:

—Si quieres dormir más, súbeme a tu cama, porfa…

Lleva los morritos con restos de carmín y ha manchado de rojo su mantita. Me viene el recuerdo de la noche anterior bailando las dos. Me pregunto si la perra se escapó y siguió la juerga. Sonrío. La imagino en un *after* bailando música tecno, con sus patitas delanteras al aire, intentando mediante el baile desconectar de su vida perra consistente en dormir, pasear, comer y ladrar a su dueña. Porque ella solo me ladra a mí.

Empieza a tirar de la manta de su barreño, resoplo, hoy no se va a volver a dormir, la muy perra. Amy duerme a mi lado en el suelo en una especie de barreño cubierto con mantas. Un barreño grande de plástico azul añil. Durante el primer año que nos acompañó se comió todas las camas preciosas que le compré, camitas de felpa, de borreguito, de Hello Kitty, de Snoopy, camitas de colores cálidos y divertidos hasta que se me ocurrió lo del barreño.

Yo duermo en el lado derecho de mi cama. Solo deshago mi parte. Sigo sin ser capaz de ocupar la cama entera. Cuando me divorcié, quise que mi ex se llevara nuestra cama. Yo me sentía incapaz de dormir ahí y me puse una especie de penitencia. Yo y el cole de monjas. Yo y la religión que no logro olvidar, aunque lo intente. Somos las que fuimos de niñas. Soy lo que se me enseñó, obligó, tatuó, grabó, soy lo que se me impuso. Y yo soy de aquella religión aunque huya de ella. La penitencia consistía en volver a ganarme la

cama. Durante meses dormí en una especie de futón en el suelo. Mi padre decía, cada vez que venía a casa:

—Por Dios, ¿vas mal de dinero? ¿Te regalamos tu madre y yo una cama?

Pero no era eso. No lo era. Luego me compré una cama chiquita, de noventa centímetros. Una cama de estudiante pobre. El absurdo hecho mujer era yo. La cama me resultaba incomodísima y, por fin, hace unos tres meses me compré en Ikea una cama de uno veinte para mí sola. Blanca. Preciosa. Observo la almohada de mi izquierda. ¿Por qué sigo poniendo dos almohadas? Nadie duerme aquí. A Eva no le gusta dormir conmigo, cuando tiene pesadillas soy yo quien me meto en su cama hasta que se le pasan. Un momento. ¿He tenido yo una pesadilla esta noche? Prefiero no soñar. Mis pesadillas son siempre las mismas, me dejan mal cuerpo, prefiero no acordarme porque las pesadillas se te quedan pegadas al ánimo durante el día y hay que estar atenta y llenar la cabeza de pensamientos superfluos para no acordarte, zas, en el momento que menos lo esperas te vienen a la mente y lo tiñen todo de tristeza y de lágrimas que se aprietan, que no lloras, y yo hoy quiero dedicar la mañana a Eva: tenemos que escribir los mensajes.

A Jorge tampoco le gusta dormir conmigo, él dice que se mueve mucho. Que él se mueve mucho y me molestaría. ¿Y si fuese porque ronco? ¿Yo ronco? Nadie reconoce que ronca. Nadie se escucha a sí mismo roncar y yo llevo mucho tiempo durmiendo sola. Pienso que no ronco, quizá es simplemente que no tengo un testigo de mis ronquidos. Quizá mis hijos lo saben y no me lo cuentan. Está bien así. Prefiero no saberlo. Antes de dormir sí que nos metemos en mi cama los tres a leer cuentos, teatro o inventar historias sobre la Hormiga Gumersinda, un personaje que yo creé para ayudarles a quedarse en la guardería. Gumersinda es una hormiga que se cuela en la mochila de los niños y los acompaña al colegio. Ellos no la pueden ver, pero Gumersinda les cuida. Estuve tentada de escribir las aventuras de Gumersinda y presentarlas a alguna editorial, pero me dio muchísimo pudor. O pereza. O cobardía.

Despertar es un ejercicio tremendamente valiente cada día. Agradezco. Agradezco despertar. Y me digo: «Gracias, vida, por

todas las personas y las cosas bonitas que me rodean». Hago esta tontería/chorrada y eso ya me pone una sonrisa. A mí me encanta este mantra. Y me tiro otro pedo. Sé que estoy sola, así que me relajo y me río un poquito porque esta vez es un pedo largo y sonoro. El acto de libertad más grande de mi vida actualmente es tirarme pedos por las mañanas al amanecer cuando sé que estoy sola. No soy una persona escatológica, no lo he sido nunca, nunca he podido tirarme un pedo delante de mis amigas, ni de mis hijos y muchísimo menos delante de mis parejas. He sufrido fuertes dolores de barriga por aguantar los gases. Soy incapaz. Estar sola, divorciada, que no soltera —esto me lo aclararon en el registro civil cuando fui a inscribir mi divorcio, ya nunca volvería a ser soltera, yo sería divorciada ya para siempre, feliz, divertida, eufórica, frustrada o triste, siempre divorciada, no soltera—, ha hecho que disfrute de mis flatulencias. A mí me da pena no poder volver a ser soltera. Me gustaría cambiar esta ley. A veces Amy me mira con cara de «te has pasado», pero creo que ella entiende lo que supone para mí este pequeño acto de rebeldía. Al fin y al cabo, la Amy también libera gases malolientes y silenciosos y yo no me quejo. Solo somos dos hembras desatando flatulencias mañaneras.

Me miro al espejo y ahora sí me desmaquillo. Recuerdo la canción que exalta la teta, la que bailé anoche al llegar a casa y la tarareo. Retiro los restos de máscara de pestañas, el carmín, lavo mi cara con un jabón espumoso y abundante agua. Disfruto más desmaquillándome por las mañanas, quizá porque ya no queda otra. No puedo maquillar sobre maquillaje chuchurrío y tampoco puedo echarme crema hidratante sobre pegotes de mi preciada base fluida de Chanel.

Cojo el móvil. Hay fotos en el chat de las Bitches, sí, está claro que se quedaron un buen rato en la fiesta de cumple. Y sí, la cumpleañera era Ingrid, la chica guapa y líquida de la librería. Esta semana pasaré a felicitarla y a comprar algún libro para que siga ganando altura mi particular monumento a los libros que quiero leer y aún no he podido. Una torre que decora una esquina del salón y que queda preciosa.

También hay un wasap de Marcus: «Aquí mi móvil por si tú necesitas».

Me fijo en su foto de perfil de WhatsApp, está más joven y abraza fuerte a una niña de unos cuatro añitos. Me provoca ternura. No identifico si la foto es en Madrid o en otra ciudad. Soy una cotilla. No lo puedo remediar.

Joder, tengo sueño. Le daré de comer a la perra y volveré a la cama. Eso voy a hacer. Y voy a soltar el móvil. No se puede mirar esta pantalla tan temprano. No quiero meterme en Instagram a ver vidas de gente que sí tiene vida a estas horas o que ya están haciendo ejercicio.

—Tú puedes, haz flexiones conmigo, que viva el yoga y la calistenia, mírame que yo ya me miro mucho. Mírame tú desde tu casa y dame *likes*.

Me gusta el deporte pero no tanto. Y de repente me acuerdo. Tuve la pesadilla. La mía, la de siempre, la que hay que sanar. Me jode no poder controlar mis sueños.

No me gusta soñar. Y si sueño, prefiero no acordarme. Muchas veces tengo la sensación de que son recuerdos deformados y esos son los que más miedo me dan. Odio soñar. Sigo pasándome el masajeador facial que me regaló Cordelia por la cara, mi cara recién lavada de las seis y media de la mañana de un sábado cualquiera. Respiro, me paro, la mezcla de infancia, terapia, colores, animales e insectos de mis sueños cuando sueño me aterroriza. A veces meto los ronquidos de Amy en el sueño y abro un poquito los ojos y me digo espera que la subo a la cama. Así de egoísta soy yo con mi perra. La subo a la cama cuando quiero yo. Mierda, anoche soñé más.

Sigo mirándome al espejo. Las pesadillas. Prefiero pensar en mis pedos, transformo las pesadillas en pedos para liberarme de ellas, para que se diluyan, porque la vida no son sueños, no, y los sueños, sueños son. Eso sí. Las divagaciones de los dramaturgos haciéndote creer que los sueños son la vida me ponen mala. Bajo las escaleras. Le doy de comer a Amy. No hago café. Abro la puerta de atrás para que evacúe su pis y me arremolino en el sillón para dormir un poquito más. ¿He bajado el reloj para ver la hora? Sí. Está aquí,

encima de la mesita baja del salón. Hago cosas como una autómata a estas horas, hago cosas sin darme cuenta. Me quedo dormida, plácidamente, con el estómago ligero. No quiero pensar en la cara del tipejo del túnel que pasaba de un lado a otro de los bloques de edificios en la barriada. Quiero pensar en el mar y sanar. Sanar esas heridas, las dos. Las que nunca conté. Pero que yo sé. Solo yo. A mi terapeuta le dije:

—Yo prefiero no acordarme.

Y ella dijo:

—Vale.

Lo de mi madre sí. Cuando conté lo de mi madre y los vómitos y que me pegaba un poco de más, escuché de su boca, de boca de mi terapeuta, la palabra bonita de «sostener». La frase que yo repetí a mi madre y que me hizo sentir bien. A mí me toca sostener porque a ella no la enseñaron. Y yo quiero cambiar el patrón, quiero hacer las cosas de forma diferente, y ahora con mis hijos aún más, más, porque ahora quiero entender, ir más allá y quiero… quiero… ay… el mar.

Suena el despertador: son las nueve.

Estoy en el sofá y Amy está arremolinada a mi lado y no he soñado, y sonrío, porque prefiero sonreír y ya no tengo gases, ya los he gastado. En un rato llegará Eva, quedamos en pasear por el monte juntas para enviar los mensajes a la otra Eva.

Café.

Necesito café.

Café solo.

Café americano.

Ya soy persona. El café me transforma en persona. Me cambio a mi ropa de deporte y me calzo las deportivas de correr. Hoy voy a correr, o a intentarlo, porque últimamente me entretengo dejando audios y mi madre siempre siempre me llama durante esa carrera, o la llamo yo a ella, aprovecho el paseo para llamarla. Determinación: hoy voy a correr.

A veces me visto de deporte por las mañanas para que no se me olvide esto de hacer ejercicio, pero llegan las ocho de la tarde y nada, ni una sentadilla. Nada que no sea cargar y descargar el

maletero de mi coche que, de verdad, yo no lo entiendo, yo salgo por las mañanas ligera de equipaje, un día cualquiera, y vuelvo con el coche cargado como si me hubiese ido de acampada tres días, porque paso por la tintorería, por el zapatero, hago compra, me acuerdo de que Jorge me pidió cosas de la papelería. Ese sí que es mi ejercicio diario. De ese no me escapo.

Amy está entusiasmada a mi lado, entiende que vamos al monte. Salgo y cojo la riñonera y la gorra que cuelga en el perchero de la entrada. Uy, me doy cuenta de que hace frío, entro otra vez y saco del armario un forrito polar. Amy me persigue por la casa. En la riñonera meto los clínex y las bolsitas de cacas. ¿Y las llaves? ¿Dónde dejé las llaves? Vuelvo para atrás y Amy también. Ah, en la cocina, las dejé en la cocina. Apuro un poquito de café que quedaba al fondo de la taza. No están las llaves. ¿Dónde estarán? Vuelvo a la puerta de la calle y Amy conmigo. Ay, ¿y la gorra? Claro, al entrar a coger las bolsitas y tomar el café que quedaba en el fondo de la taza me quité la gorra. Las llaves. Las llaves. Espera, Amy, hago pis y busco las llaves, porque sin llaves no nos podemos ir. Entro en el baño que hay a la derecha de la puerta de la entrada, uy, las llaves están en el lavabo, ¿cómo han llegado ahí?

Miro la última conexión de WhatsApp del móvil de Eva: anoche a las ocho y cuarto. Bien, está usando poco el móvil. Odio el móvil. Odio cuando no están conmigo y no controlo el uso de su teléfono. Bien, ya estoy lista. ¿Y mi móvil? Lo tengo en la mano. Amy sigue detrás. Espera, Amy, espera. Vuelvo a salir. Vuelvo a entrar, esta vez a por nada, en realidad, porque lo tengo todo. Es costumbre, mi cerebro cree que he olvidado algo. Ya está. Ya estoy, por fin. Amy ya está agotada y mareada y ni siquiera ha empezado el paseo. Entro y salgo un millón de veces a mi casa antes de salir del todo.

Wasap de mi ex: «Oye, llevo a Eva directamente al monte, que dice que vais a escribir unos mensajes y la recojo en una hora. ¿Es ok?». «Es ok», escribo.

Intento siempre adornar los ok porque ok me parece de los mensajes más agresivos que se puedan escribir en WhatsApp. Que seguro que es una manía mía, pero en mi cabeza siempre lo entono como un final de conversación seco, cortante, borde y me sale un

«¿perdona? ¿Solo me puso ok? ¿No podía escribir nada más? ¿Ok? ¿En serio?».

Ya estoy en el monte. La Amy corriendo libre y yo vigilando por si aparece algún perro grande, que ella es un poco macarra y muy poco consciente de sus dimensiones de perrito pequeño, perrito de seis kilos. Ella ladra a todo el que pasa.

Suena el móvil. Ay, es mi madre. Yo quería correr. Si lo cojo, ya no corro. Pero no puedo no cogerle el móvil a mi madre. No podemos no coger el móvil a nuestras madres si estamos libres en medio del monte. Si no estamos trabajando, porque no sabemos cuántas veces más nos van a llamar nuestras madres y luego las vamos a echar mucho de menos. Echaremos de menos todo: las llamadas y los audios y las visitas por sorpresa. Si te llama tu madre, cógele el teléfono. Todos estos pensamientos me recorren la cabeza antes de dar al botón porque yo, sinceramente, no quiero hablar con ella ahora. Aquí y ahora. Quiero correr.

—Mamucha, ¿qué tal?

—Niña, mira, estoy en el chino de la esquina, el que vende de todo, bueno en el bazar, que ahora tu hermana me dice todo el rato que no lo puedo llamar chino, pero si lo atienden los chinos, los de siempre, que son toda la familia chinos, toda, ¿eh?, hasta la niña pequeña con el corte de pelo raro, a cachos, a trasquilones, todos tan simpáticos, ¿por qué ahora lo tengo que llamar bazar? Que no se diga, ¿eh? Que nadie diga de mí, pues eso, bazar bazar, estoy en el bazar de los chinos que está al lado de casa, y resulta que tienen camisetas de esas que le gustan a Eva de animales feos, como la de la cebra que lleva siempre puesta.

—Es una jirafa, mami —acierto a meter en la conversación/monólogo mientras coge aire mi madre.

Ella se ha acostumbrado tanto a los audios que ya, cuando habla por teléfono, casi ni respira y no te deja participar en la conversación.

—¿Sí? ¿Tú estás segura de que es una jirafa? Bueno, la camiseta naranja esa, la que no se quita, ay, espera, muchacho, pero cuánto tiempo sin verte, oye, qué hermoso estás, tú has engordado. Pero bien, ¿eh? Has engordado bien, repartido por todo el cuerpo. Yo es

que llevo la misma talla de siempre, desde que me casé. ¿Verdad, niño? Niño, espera, coge la bombilla blanca, a mí me gusta blanca, y mira, ¿tu madre está mejor? —Vuelve a dirigirse a esa persona que se ha encontrado que no sé quién es—. No, niño, esa da luz fea, esa es como amarilla y parece sucio. Blanca, la luz bien blanca.

Me deja en espera al otro lado de la línea, me da risa. En espera activa, porque sigo escuchando todo. Cojo un palito del suelo y se lo lanzo a Amy.

—¿Niña? ¿Niña, me colgaste?

—No, mami, aquí sigo —le digo.

—Pues eso, que hay una camiseta con una tortuga, otra con un burro, con una mariposa, ay, esta qué rara, con una cucaracha. ¿Quién se compra una camiseta con una cucaracha? No, espera. ¿Qué? ¿Cómo? Aaaaahhhhh. Es Batman, dice la chinita del pelo raro que el dibujo es Batman. Jajajajajajaja. Eso sí. Claro, Batman sí. Pero el Batman cerrado, ¿me entiendes? Sin alas, que parece un supositorio negro. ¿Le llevo a la niña camisetas de animales? Están baratas baratas.

—No, no, mami, déjalo, quiero que se vista un poco más de mayor. Que tiene once años. A ver si la llevo de compras y tiro a la basura la mierda esa de camiseta de la jirafa de una vez.

—¿Qué dices?¿Y por qué la vas a tirar? —me pregunta.

—Mami, cuelgo, que estoy viendo a Eva. Luego te llamo.

La niña viene hacia mí con la camiseta naranja puesta, por supuesto. Corre tan feliz. Da saltos. Amy corre a su encuentro y se tumba en el suelo y le ofrece su barriguita para que le rasque. Eva trae algo en la mano. Es el caracol y, sinceramente, el caracol tiene muy mala pinta.

—Mi amor, pero ¿por qué no lo dejaste en el armario?

—Mami, hace sol. Quizá salga y enseñe sus cuernitos, como dice la canción.

Abre el puño y me enseña el caracol sudado y con un color muy oscuro. En la palma de la mano hay restos de tinta, pero no descifro la palabra que llevaba Eva escrita. Creo que el caracol se ha descolorido.

—¿Por qué no lo dejas encima de una piedra mientras mandamos los mensajes a la otra Eva?

Eva suelta a Snail, me acerco a olerlo porque de verdad pienso que está podrido. Amy también lo huele y se aparta. Para que Amy haga ascos a algo es que tiene que oler muy mal. Miro la camiseta y pienso que no va a hacer falta esconderla ni tirarla. Que esa camiseta se va a romper por sí sola, se va a desintegrar, a autodestruir cuando haya cumplido su misión. Esa camiseta tiene que lograr que mi hija se sienta más segura y capaz de vestirse de otra manera. Confío en ti, camiseta.

Hace bonito. Hace sol. Nos sentamos en un tronco. Yo tiro el palito a Amy que va y viene y ladra. Está muy ladradora últimamente.

—¿Qué le escribo, mami?

—Ese mensaje se va a quedar ahí para siempre. Si a ti te parece bien, yo le diré a su madre que lo lea. Creo que su madre tiene que saber lo que le pasa a su hija. Lo que está haciendo. Su madre la puede ayudar.

—Sí, pero a la que dejaban sola en el patio del colegio era a mí, mami —dice con sus ojos gigantes.

Hay frases que uno dice con los ojos, aunque suenen también a palabras.

—Por supuesto. Lo que quiero decir es que este mensaje lo va a leer varias veces y estaría muy bien que con el mensaje que tú le mandes ella aprenda algo —explico.

—No entiendo, mami.

—Mi amor, dile cómo te sentiste.

—Ah —suspira con los ojos otra vez.

—Cuando te decía que te vestías como una lesbiana, ¿te sentías bien?

—No, mami.

—Cuando te decía que la coleta baja era de perdedoras, ¿te sentías bien?

—Tampoco.

—Pues, venga, eso es lo que vamos a escribir.

Lo releemos varias veces antes de darle a enviar. Nos hemos quedado satisfechas con el resultado y sobre todo lo hemos creado entre las dos con mucha amabilidad y con mucho amor. Por aquello de las batallas, que cada uno tiene la suya. «Hola, Eva, hace mucho que no hablamos y sé que es muy difícil que nos volvamos a ver porque vamos a distintos colegios. Yo estoy mejor. Voy a una psicóloga una vez a la semana. Pero ayer le conté a mi madre las cosas que me decías el año pasado en el patio y me dijo que era importante que te dijera cómo me sentía yo. Este mensaje lo estoy escribiendo con ella. Con mi madre. Cuando me decías que yo me vestía como una lesbiana, eso me hacía sentir mal. Cuando me decías que la coleta baja era de perdedoras, eso me hacía sentir mal. Cuando dijiste que por qué yo no podía ser normal, eso me hacía sentir mal. Cada vez me sentía más triste y sola. Dice mi madre que ser diferente es bueno y que ser lesbiana no es un insulto, no es nada malo. Se es lesbiana y ya está. Hay personas que lo descubren pronto y otras que lo descubren más tarde. Espero que estés muy bien. De verdad. De corazón».

—Déjame leerlo otra vez, Eva.

Lo repaso meticulosamente, analizando cada una de las palabras que hemos usado.

—¿Quieres acabar diciendo que le mandas un abrazo? —le pregunto.

—No —me responde muy seca.

—Yo luego escribo a su madre. ¿Te parece? Igual que lo he leído yo. Debería leerlo la madre de la otra Eva.

—Claro, mami —me dice—. ¿Hacemos carreras?

Y echo a correr y ella intenta pillarme y lo consigue y yo le hago cosquillas y hace sol y me digo «todo va a estar bien». Y le grito:

—No te olvides del caracol.

Y jugamos al pillapilla y podría quedarme a vivir en este momento y no pensar en mi trabajo ni en mis pesadillas. Porque las tuve. Anoche pesadilleé mientras dormía.

15
Las hermanas Costa

La miro y me da la risa. A ella también le da cuando me mira a mí. Tenemos que contener esa risa floja que nos daba de niñas cuando hablábamos o escuchábamos hablar de todo aquello de lo que no se podía hablar. Transformar silencios en risa floja. Las palabras tabú, la religión, los curas, la regla, el sexo, el pene, la vagina, el periodo. Nos entraba risa floja en misa siempre. En los actos aburridísimos del colegio en el salón de actos de techos altos. En las excursiones de catequesis. En reuniones familiares en las que nuestros tíos se emborrachaban y balbuceaban y nunca nos dejaban opinar. ¿Era gracioso? Nos parecía gracioso. Los recuerdos de la infancia son tremendamente tramposos. Recuerdo con humor lo que debía ser un espectáculo esperpéntico.

Celia gesticula mucho. Tener una máscara láser con luz roja cubriéndole la cara no la ayuda a expresarse, ella que es todo muecas. Le han pedido que no hable, pero ella habla. Le han pedido que no mueva las manos, pero ella las mueve. Estamos tumbadas en unas camillas supercómodas, comodísimas, yo me quedaría dormida si no fuese porque entonces me perdería lo que está contando mi *sister,* la actriz. Es muy buena contadora de anécdotas. A veces cuenta cosas que creo que me pasaron a mí. Pero le regalo el recuerdo. Porque ella lo cuenta mejor y porque ningún recuerdo es del todo verdad ni es del todo de ninguno de los hermanos.

Mientras la luz pulsada —así se llama el tratamiento— actúa en nuestras caras, dos chicas nos masajean/trituran/torturan con palos de madera las piernas y los muslos.

—Esto es buenísimo para la circulación, *sister,* aguanta —me repite ella.

Pero duele. A mí me duele. Hoy es domingo, pero mi hermana es famosa y abren el centro de belleza Macha para hacerle tratamientos exclusivos a ella, a solas. Lo lógico sería que ella, a cambio, publicara *stories* en su Instagram, donde acumula más de dos millones de seguidores, pero mi hermana tiene tanta jeta que a veces no publica nada. Hace como que se olvida y utiliza un recurrente:

—Pero yo se lo cuento a todo el mundo y contarlo es mejor porque, te digo una cosa, algunas actrices y presentadoras vienen aquí y publican muchos *stories,* y se nota que es publicidad, que no las cobráis y la gente duda de si el tratamiento es bueno o no y ellas solo publican porque es *free.* Yo prefiero pagar, yo pago mis tratamientos y, además, lo cuento a todas las que me preguntan y a todos, ¿eh? Que los hombres también se cuidan. Cada vez más.

Entonces ellas, las chicas que han tenido que venir un domingo por la mañana a trabajar, se estresan y no le cobran, de tal forma que ni paga ni publica. Mi hermana es lista, listísima. Estudió Derecho porque mis padres querían que la niña que siempre siempre siempre quiso ser actriz tuviera un plan B. Acabada la carrera se metió en tres escuelas de teatro a la vez, pactó con mi madre y mi padre un año sabático, que no lo era del todo porque ella se pagaba sus gastos trabajando de camarera y azafata y organizando eventos porque siempre ha sido hiperactiva y creativa y creadora, y le ha encantado serlo. Al cumplirse el año, justo en septiembre, le dieron un personaje principal en una serie importante. Celia tenía veintiséis años. Nunca ha dejado de trabajar. Yo le saco casi cinco años. De pequeñas nos llevábamos fatal. Antes nos educaban en la competición y la envidia:

—Mira cómo lo hace tu hermana. Tu hermana es más pequeña y ya hace las cosas bien. Qué notas saca tu hermana, casi sin estudiar. La más lista es tu hermana.

Estas frases nos las decían a las dos. Siempre enfrentando a la una contra la otra. No sé en qué momento conecté con ella. Creo que sucedió cuando yo me marché un año a estudiar a Irlanda. Nos mandábamos cartas todos los días. Y fotos, aquellas fotos que había que llevar a revelar y que de veinticuatro o treinta y seis —número de fotos por carrete— quizá salían bien seis. Me imaginaba a Celia con mi padre yendo a la tiendecita a revelar los carretes y usar sus ahorros para poder mandarme aquellas fotografías, horrorosas en la mayoría de las ocasiones. Solo hablábamos una vez a la semana, desde el teléfono fijo, aún no teníamos móviles. ¿Cómo se puede echar tanto de menos a alguien que te cae mal? Creo que fue empatía de la buena. Porque empatizar con los que te gustan, con tus amigos es sencillo. Ponerte en los zapatos de los que no te caen bien es lo complicado. En aquellas fotos la veía tan sola, tan falta de conversación con mis padres, tan triste. Llevaba siempre mi ropa puesta. Me echaba tanto de menos que se vestía con mi ropa. Al volver de mi periplo irlandés nos declaramos amor eterno. Mi hermana y yo. Ahora me cuesta mucho imaginar la vida sin ella. Y me jode haber malgastado los años que no la disfruté de niña. Pero cada una estaba inmersa en su batalla. La mía: los vómitos. La suya: la gordura, los kilos de más.

Celia me habla sin parar del rollo que es hoy en día ser famosa y sacarse fotos por la calle y de vez en cuando también se queja:

—Clarita, *auch,* Clarita, quítate los tapones, que no me oyes. No tan fuerte, por favor.

Porque mi hermana, que habla por los codos, y cuando nos vemos quiere ponerse al día de meses y meses de abstinencia fraternal, pide a las chicas que nos atienden que se pongan tapones mientras dure la sesión.

—Yo sé que no vais a contar nada, obvio, pero me expreso mejor si lleváis tapones, porque aquí me relajo y hablo y digo nombres y cosas que no debería decir.

Puede resultar pelín histriónica mi hermana con sus exigencias un domingo por la mañana. Pero también es verdad que mi hermana deja las mejores propinas de España. Así que Clarita y Gemmita, nunca sabemos quién es una y quién la otra, acceden siempre al

tema de los tapones. Y a venir cuando las necesita mi hermana, sea festivo o no.

—*Sister,* a mí me pagan por madrugar, saberme el texto, tener buena cara y tipazo y atender a la prensa con sonrisa. Pero las fotos en la calle, no. Eso no está pagado. Te dicen: «Perdona, no me gustaría molestar, pero te puedes sacar una foto conmigo y mi familia entera, uno a uno mejor, que cada uno la queremos para nuestro Facebook y el chat de las madres del cole y su puta madre…». No. NO. NO. Si no quieres molestar, no molestes. Ya está. Yo he perdido la vergüenza. Yo ya digo que no a esas fotos muchas veces. Y lo siento mucho, eso no tiene que ver con el agradecimiento que siento por la gente que ve mis películas o mis series. Es el móvil, *sister,* el puto móvil. *Auch,* Clarita, ¡por Dios! Porque yo soy famosa desde el 2000 y no no no. Era muy diferente. A veces no tienen preparada la cámara o tienen puesto el temporizador y me quedo congelada diez segundos, yo esperando, yo, como una pringada, la gente alrededor mirándome y diciendo, pero ¿quién es? ¿Es cantante? Yo qué sé, estoy en crisis con este tema. Odio, pero odio, que me miren en los restaurantes, te descubren y ya no paran de mirarte, escudriñarte, a mí y a la gente que está a mi alrededor. Claro, a la gente que va conmigo también la miran, ¿cómo voy a tener pareja? Mido todo, todo, las risas, los gestos, si estornudo o no estornudo, si me toco la nariz, no sea que me estén grabando y parezca que me saco un moco, porque a veces veo que me están grabando, pero qué digo. Nada. No digo nada. Aunque querría gritar QUÉ, QUÉ PASA, QUÉ PASA, QUÉ MIRÁIS.

Veo que Clarita o Gemmita se ríe, los tapones no están funcionando del todo. Da igual, si cuentan esto a alguien, resultaría más cómico que trágico. Además, Clarita o Gemmita se lo merece, se merece escuchar las tonterías de mi hermana, se lo merece por haber venido en domingo y por las coreografías que hace para esquivar los manotazos que lanza ella mientras habla.

—Es que me tocan, me agarran por la calle. El otro día, en el *transfer* al avión, una señora dijo detrás de mí, pero justo detrás, casi en mi oreja: «Sí, era la que hacía series, pero ahora ya no trabaja». Me dieron ganas de gritar QUE NO SOY SORDA. QUE NO.

QUE ESTOY AQUÍ. Me gustaría hacerme una camiseta que dijese: «Os veo, os oigo, estoy aquí». Y otra me puso en videollamada con su novio, el tío acostado en la cama. Un pudor que me dio, ver a un tío entre sus sábanas medio dormido, medio desnudo sin camisa, que estaba bueno, también te digo.

Celia ha tenido unos cuantos novios y un matrimonio que duró siete años. Se casó con el hijo de un actor muy famoso, detesta cuando algún titular destaca que es «la exnuera de». Además, no tuvo hijos. Quizá su única posibilidad de haberlos tenido fue durante esa etapa. Es la vez que más estable emocionalmente la vi. Yo, que soy madre y me arrastro por los rincones de cansancio, en muchas ocasiones siento que tenía que haber tenido hijos en ese momento. Pero el momento pasó. Ahora ella rueda una serie en Barcelona, creo que allí es más feliz que en Madrid. También viaja mucho a México, hizo una película familiar que le dio popularidad y hace de jurado en un programa cazatalentos. Lo que más disfruta es hacer teatro, pero es cuando menos cobra. De gira se siente plena y realizada. Hace mucho que no la veo subida a un escenario. Creo que le ha cogido miedo. O pereza. O las dos cosas a la vez.

—Yo estoy loca, Cande —me dice usando ese diminutivo mío que ya nadie usa—, yo respeto a las actrices que tienen hijos, ¿eh? OJO, ellas te defienden que los hijos las atan a la tierra y a la vida de verdad, como si mi vida fuese de mentira, ¿sabes? Pero si yo estoy loca, estoy segura de que ellas también. En mi última serie tuve dos abortos y me enamoré cuatro veces y me casé dos y me divorcié otras dos. Todo eso filtrado por mis emociones. Quiero decir que yo trabajo de verdad con mis emociones. Llego a casa destruida. La gente por la calle me trata como al personaje que están viendo en la tele y yo les sigo el juego. Dos años de mi vida de lunes a jueves de seis de la mañana a cinco las grabaciones y el resto de la tarde y los fines de semana leyendo y estudiando los capítulos. Es como llevar una doble vida o triple vida, claro, porque si en medio de ese proceso te sale una película, pues vas y la haces. Y por la calle tengo que estar feliz, ¿sabes? Feliz. Porque la gente, el público, no quiere ver a actrices infelices o enfadadas, ni siquiera serias, y yo quiero gritarles: «Hoy tengo un día de mierda», pero en vez de gritar

sonrío. ¿Como es eso que tú dices siempre: «Sonrisas que tapan»? Pues eso. Y al acabar un proyecto lloro y ya no sé si lloro por mí o por el personaje, y el desgaste es brutal. Entonces me digo, quédate embarazada y prueba a ver si un hijo te ata a la vida, pero te veo a ti, *sister,* en serio que te respeto, pero te veo siempre corriendo y siempre preocupada por las extraescolares y los campeonatos de todos los deportes que hacen Eva y Jorge, y hasta por si se han caducado los yogures de la nevera y pienso, ¿pero yo cómo voy a irme a México entonces tres semanas a grabar? Y luego al revés, porque mis amigas actrices que son madres me dicen que al menos saben que sus hijos son de verdad, son reales. Pero yo me cago. Yo estoy sola. Pues ya está. No he logrado que ningún hombre se quede a mi lado, ninguno, y ojalá ser lesbiana, porque supongo que las mujeres lo llevarían mejor. ¿Me explico? El éxito de su compañera de vida. Yo qué sé. Esto de los egos. Los egos nos destruyen. ¿No crees que es más fácil que dos mujeres se entiendan? Qué lástima que no me gusten las mujeres en ese sentido. En un sentido romántico y sexual.

Se me encoge un poco el corazón, es un dolor físico y real: me doy cuenta de lo afortunada que soy y de lo necesitada que está mi hermana de amor del bueno. Ese amor de los abrazos mañaneros, los abrazos de mis hijos sin venir a cuento. Abrazos porque sí, porque te aman. Yo me he planteado más de una vez, después de mi divorcio y durante estos días, si a mí se me dio ni siquiera la oportunidad de ser lesbiana o bisexual. Si nuestra generación no se vio tremendamente condicionada por lo que vimos, leímos, nos contaron o por lo que no vimos, no leímos, no nos contaron. Por cómo fuimos educadas.

—Celia, ¿por qué no te instalas en mi casa unos días? —le digo a través de mi máscara.

—Que no, que no. Que estoy bien. Además, ahora me voy a República Dominicana a rodar, que me han salido unas sesiones en una película mala, de esas que hago yo, pero, oye, el sol me sentará bien. Y estoy «medio liada» con el director.

—Jajaja, me encanta —le digo—. *Auch…* —me quejo de la madera a Clarita o Gemmita.

—Lo siento, pero esto es buenísimo —me dice una de ellas, que sigo yo sin aclararme de quién es la rubita y quién la morenita.

Suena mi móvil y doy un salto, literalmente, salto y agarro fuerte el aparato del demonio. Es el número de Jorge.

—¿Qué pasa? ¿Todo bien?

—Sí, mami, todo súper —me dice Eva—. Ya estamos con Marcus, que nos deja en casa de los abus, pero que si le haces bízum tú luego o le pagan los abus al llegar allí.

—Le hago bízum yo, tranqui —respondo.

—¡Vale, mami! Oye, que me he traído a Snail, que me daba miedo dejarla en casa sola con Amy y a lo mejor en el jardín de la abuela sale un poquito más el sol y saca los cuernitos —me dice.

—Ay, Eva, escóndela, porfa. A tu abuela lo del caracol no le gusta. Ya sabes que, aparte de los humanos, tolera a Amy y poco más —le digo.

—Sí, sí.

—Y da gracias a Marcus de mi parte —termino.

—Sí. Sí —replica ella y cuelga.

Mi hermana se ha sacado la máscara, dice que ya no puede más y pide a las chicas que empiecen con los masajes faciales, que es la parte más placentera de todo este ritual. La veo roja, roja de más. Las chicas acceden a desenchufar su máscara, yo me quedo con la mía puesta, si me achicharro, igual me dan una baja y me quedo en casa un par de días.

—¿Quién es Marcus, pillina? —me suelta.

—Nadie —digo.

—Te has reído, tienes esa mirada de cuando te gustaba alguien en el instituto.

—Qué tontería. Es un taxista que conocí y que de vez en cuando recoge a Jorge y Eva de las extraescolares. Ya está.

—Te gusta —zanja ella.

«¿Me gusta?», pienso.

—¿Cómo me va a gustar Marcus? —le digo.

Pido que me quiten también la máscara. Ahora me ha hecho pensar. No me gusta Marcus. Como bien dice de sí misma mi hermana, está chalada y, aunque no lo reconozca, se inventa un

poco la vida. Creo, porque la conozco y conozco a algunas de sus amigas, que las actrices inventan un poco la vida a base de historias y diálogos en su cabeza. Viven realidades paralelas, como si la vida fuera una eterna película, un guion, un corta y acción, por eso a mi hermana no le salen las cosas como ella quiere, porque siempre piensa que puede repetir la toma.

A mí ahora solo me preocupa el viaje a Mallorca de Eva. Sé que no tiene amigas verdaderas y que yo he tenido que intervenir. He llamado a una madre de una de las niñas que sabía que también se quedaba sola para que las junten. Y sobraba otra niña a la que nadie hace caso. Tres. Me duele la barriga cuando pienso que lo hice, que llamé. A ella no se lo he contado. Prefiero que piense que ese trío —que no pega ni con cola— se formó de verdad y no con las tres niñas que se quedaron solas. Fantaseo y hago como mi hermana y escribo un guion en mi cabeza. ¿Y si funciona? ¿Y si se hacen amigas de verdad? Cuánto daño han hecho los finales felices de las películas moñas.

Me avergüenza confesar que intenté quitarle de la cabeza el viaje a la niña, chantajeándola con otro viaje conmigo. Soy una mala guionista poniendo trampas a sus actores. Cuando le di el móvil a Eva —para comunicarme con ella en un viaje a la nieve con el otro cole—, nuestro trato fue que, de momento, yo podría mirar sus mensajes, escuchar sus audios, todo. El móvil sería como la pantalla del ordenador en medio del salón. La convencí de que el móvil era para comunicarse conmigo o con su padre mucho más que para socializar. A ella le pareció bien, así que de vez en cuando me paso por su WhatsApp. Yo enseguida me di cuenta de que once años era pronto para tener WhatsApp. Con once años no estás preparado para esa conexión permanente que te ofrece este dispositivo. Que no lo entiendes del todo y que engancha.

A veces me escribía: «Mami, mami, ¿dónde estás?». «Mami». «Mami». «Mami, contesta, porfa». Así hasta veinte. Y yo reunida, por ejemplo. Y luego estresada, claro. Al leerlos te entra un ataque de pánico. Las madres también tenemos que aprender a usar la mensajería móvil. Pues esta semana en su chat de amigas, el nuevo chat, el del nuevo cole, leí que a ella, a mi Eva, le gustaba una niña

de su clase. Lo contaba con toda naturalidad. Otra niña le preguntaba: «¿Siempre te han gustado las chicas o también los chicos?». Y ella respondía, otra vez con naturalidad: «Las chicas». Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo porque de golpe entendí por qué ya no nos invitaban a los cumpleaños. Y por qué el chat de las madres, que con tanto entusiasmo me recibió en septiembre, se había quedado en silencio desde hacía un par de semanas. «¿Se han hecho otro chat? ¿Serán zorras?», pensé. Y también pensé, de verdad que pensé por unos segundos, que cambiaríamos de colegio otra vez. Odiándome a mí misma le dije:

—Creo que debes tener cuidado con esto. Tienes que cuidar mucho a quién le cuentas esto.

«¿Esto?», ¿quién soy ahora? ¿Mi madre? Si no nombras las cosas no existen: las vaginas, los penes, la menstruación, las lesbianas, los gays.

—No, mamá, yo también quiero poder decir quién me gusta de mi cole. Ellas me dicen qué chico les gusta. Si me gusta una chica, pues lo voy a decir.

Patada en la cara. Patada en la boca.

Sabiduría de once añitos: UNO. Madre petarda hiperprotectora: CERO.

Tiene razón. Nadie debería robarle sus primeros amores. Nadie.

Vergüenza, vergüenza de madre que soy.

Obviamente la niña antes de dormir vino a mi cama, se me acurrucó como se acurruca Amy y me susurró:

—Oye, mami, ¿tú crees que me va a pasar lo mismo en este cole? ¿Me voy a quedar sola otra vez?

Temor que yo, y solo yo, le había metido en su cabecita. Y entonces sí que me hice fuerte. Respiré y dije:

—No te va a pasar, pero si te pasa, buscaremos otro cole hasta que no te pase, hasta que encontremos un colegio donde no te pase.

—Oye —oigo decir a mi hermana—, te estoy hablando.

Salgo de mi ensimismamiento.

—Estoy preocupada por Eva, Celia. No tiene amigos, ni amigas aún, estamos en febrero y temo que quiera cambiar de cole otra

vez. Está mejor, ¿eh? La veo mejor, pero triste. La terapia está haciendo que camine más erguida. Eso me encanta, pero sigue llevando la camiseta de la jirafa y la oigo llorar por las noches. No sé cómo ayudarla. Y quiero pegar, me sale una violencia que desconocía. Te juro que quiero pegar a las otras madres del cole. Hay algo tremendamente agresivo en la actitud de no hacer, de no involucrarse. Y estas madres saben perfectamente que sus hijas le están haciendo el vacío a la mía y no hacen nada. Pero ¿qué denuncio?, *bullying* pasivo. Denuncio que no juegan con ella, que la aíslan, que hacen que se sienta diferente, en un sentido malo, porque ser diferente es lo más. Todos queremos ser diferentes y únicos y originales, ¿no?

—Eva tiene mucha suerte de que seas su madre, Cande. Es lo único que te puedo decir. Mamá nos habría dado un guantazo y santas pascuas.

Nos reímos. Risa que tapa. Aquí cada una con su trauma. Que es menos trauma si se comparte. Es rarísimo que te pegue tu madre. Rarísimo. Porque tú la amas, la idolatras y la defiendes todo el tiempo.

—¿De verdad lo crees, *sister?* —le pregunto—. ¿Lo estoy haciendo medio bien?

—De verdad lo creo —me contesta—. Por cierto, ¿querrías venir a los Goya conmigo?

—Yo ya voy a los Goya, querida. Cayetana me manda a escribir de moda para la revista. La alfombra roja, otro año, otra vez lo mismo. Vivo en un bucle. No me apetece. Quiero dejar este trabajo. Si tú vas, me apetece más. Y coincide con el viaje de Eva a Mallorca. Así no pienso en ella o pienso en tonterías.

—¿Cómo que tonterías? —me lanza un manotazo que Clarita esquiva.

—Bueno, frivolidades mejor que tonterías. Sí. A ti tampoco te gustan los premios, confiesa.

—Pues este año hay una película maravillosa que te va a encantar: *20.000 especies de abejas*. Tienes que verla y verla con Eva —me dice.

Silencio.

Ruido de palos de madera, musiquita zen barata y algún mensajito que entra a mi móvil porque nunca lo pongo en silencio.

Silencio otra vez, silencio que precede a una confesión.

—Yo, en mi vida inventada, iba a ir a los Goya con el director este, con el que estoy medio enrollada, pero solo en mi vida inventada, porque no se ha divorciado todavía.

—Un infiel de libro de los tuyos —le digo.

—¿Qué quieres que haga? Me dicen que se están divorciando, que están en crisis y yo me lo creo. —Suspira.

Hace como que no, pero le afecta. A Celia se le pone el nudo en la garganta que solo se traga con amor o abandono. Suspiro yo también.

—¿No me vas a decir quién es? —pregunto.

—No, me da vergüenza —contesta.

Somos las niñas que nunca se contaron quién era el chico que les gustaba por desfase de edad. Somos las que se peleaban y no se contaban las cosas. Somos las que fuimos antes de ser las que somos. Decido no preguntar más.

—He conseguido que me maquille Cordelia —dice.

—La conozco, nos hemos hecho superamigas —le comento.

Lo digo de pasada, sin darle ninguna importancia al hecho de que tengo un chat con ella y nos hablamos a diario, y de que es la novia oficial de Paloma, y Paloma nunca ha estado tan feliz desde que la conozco, y Cordelia, algunos días, hasta abandona el negro y se pone un top verde o un fular rojo. De cómo modificamos la manera de vestir cuando estamos enamorados se habla poco, de que no existe ninguna metáfora más bonita y real que la de las mariposas en el estómago, tampoco.

Ahora es Celia la que salta de la camilla, como cuando sonó mi móvil, da manotazos, golpea sin querer pero con fuerza a Clarita o Gemmita, se caen los palos de tortura, tira el bol con el aceite, la mascarilla superláser se cae también al suelo, hay chispazos y ruido mezclado con nuestros gritos.

—Bueno, ¡ya basta! —grita Clarita o Gemmita, sacándose los tapones de los oídos—. Vale que eres graciosa, que no publicas los *stories* cuando te comprometes, vale que nos das las mejores

propinas, pero YA. Las famosas hacéis cosas rarísimas y vais de víctimas todo el rato. Vuestros actos no tienen consecuencias porque sois famosas. Punto. Las peores sois las que vais de «uy, no, a mí no me gusta la fama». ¡FUERA! Fuera, que es DOMINGO, y me he perdido el partido de fútbol de mi hija pequeña por venir aquí a atenderte. ¿Crees que yo tenía opción? ¿Crees que mi jefa no me ha chantajeado? Y soy CLARA. Yo, Clara, la rubia, Clara, con un simple juego de palabras podrías haberte aprendido mi nombre y no hacer siempre el chiste de es que no sé quién es Clarita y quién Gemmita. Porque después de dos años viniendo aquí cuando a ti, y solo a ti, te sale del potorro, estoy harta. HARTA. Me voy. Me planto. Me piro. Clara, NO CLARITA, que no hay nada más humillante para una mujer que la llamen con un infantilizante diminutivo. Gemma, por favor, recoge tú, que yo mañana LUNES, DÍA LECTIVO, te cubro en tu turno.

Lo de no usar diminutivos y que mañana es día lectivo se lo dirige a mi hermana. En la película sería un primer plano. Clara —ya no se me va a olvidar nunca su nombre— está roja, más roja que nosotras después del tratamiento láser. La mujer se quita la bata, recoge las cosas esparcidas por el suelo y en silencio se marcha y no da portazo. No. Se marcha digna y elegantemente. Gemma —insisto: ya sé quién es quién— se queda paralizada y empieza a llorar. No recuerdo cuándo fue la última vez que vi a una persona adulta, que no fuera mi propio reflejo en el espejo, llorando. Lo hace con un gemido, pa dentro resulta cómico, pero no me río. Escuchamos a Clara bajar las escaleras con fuerza, va a llorar, lo sé, camina a trompicones, me encojo como cuando Jorge baja las escaleras de caracol en nuestra casa. Nos hemos quedado en *shock*.

—Pero yo soy maja, ¿no? —nos pregunta mi hermana.

Llorando, con un quejido que no es un gemido, Gemma dice:

—Yo yo yo. Solo piensas en ti.

Abre la puerta y se marcha también escaleras abajo.

Suena mi móvil. Es Jorge.

—Mi amor, ¿qué pasa? —contesto pensando en lo que está pasando aquí y no en lo que pueda estar pasando allí.

—Mami, soy Eva, Snail no está en la caja —me dice con vocecita de angustia.

Yo, que de verdad pienso que el caracol está muerto o reseco dentro de la concha, resoplo y disimulo.

—¿Se habrá caído en el taxi? ¿Abriste la cajita en el taxi?

—No sé, mami. ¿Se habrá escapado?

Escucho que Eva va a empezar a llorar.

—Yo lo encuentro, mi amor, como encuentro el mando a distancia y la camiseta de la jirafa y el calcetín de Londres que siempre se pierde. Yo voy a casa y lo encuentro. Pero no llores, que me partes el alma, y abu se pone triste si te ve llorar. Creo que cuando tú lloras, se acuerda de cuando lloraba yo.

Mi hermana me mira vacía. Ya no es la actriz. Es la mujer.

—¿Me ha dicho yo yo yo? —Y empieza a llorar.

Tengo llorando a Clara, a Gemma, a mi hermana y a mi hija al otro lado del teléfono. Me doy cuenta de que aún no he colgado y de que, al menos, yo no estoy llorando. Aún.

—Mami, que dice abuela que no tardéis. Que dice que el pulpo se estresa y luego está duro. ¿Le paso el móvil? Porfa, encuentra a Snail, porfa porfa porfa.

—No le pases el móvil a tu abuela, te lo suplico —le imploro.

La escucho de fondo.

—Qué alto y qué fuerte eres, Marcus, ay, Marcus, ruso ruso. Pero ¿de dónde de Rusia? A mí es que Rusia siempre me ha parecido tan tan tan lejos. Y tan tan tan grande. Me imagino siempre a Rusia nevada y como en las películas de *Ana Karenina,* ¿conoces a la Karenina? Yo el libro no lo leí, qué largo el libro, pero vimos la película, ¿verdad, niño? A mí el final de la película no me gustó, muy triste, supongo que el libro acaba igual. ¿A ti te gusta leer, Marcus? Oye, qué alto eres. Yo de Rusia Rusia no conozco a nadie. Demis Roussos ¿era ruso? Cantaba bien el hombre. Ancho, ¿eh?, porque ese hombre nunca adelgazó y por eso llevaba túnicas, moderno, porque la verdad, como cantaba bien, nadie se metía con las túnicas, qué bien cantaba. Y había otra, ¿no? Con gafotas negras y el pelo tazón. Ay, Marcus, no me vas a entender, jajajajajajaja, pelo tazón es un corte de pelo. Y siempre me pregunté yo lo de los filetes

rusos y la montaña rusa y la ensaladilla rusa, lo del chiste, ¿sabes? Pero, vamos, te veo y te veo buena gente, no como en la película aquella del boxeador, ay, cómo se llamaba, el combate del final que era con un ruso, ay ay ay… cómo se pegaban, a ver, mi hija es actriz y me dice que todo eso es de mentira, pero a mí me impresiona, ¿sabes? *Rocky*. Sí, *Rocky* era la película. Tara taaaaaannn, tara, taaaaaannnn, ay, la música me gustaba mucho. ¿No comes nada, Marcus? ¿Ni un trocito de queso canario…? Qué alto y qué fuerte eres, Marcus. ¿Verdad, niño, que Marcus es alto y fuerte…?

Yo no me lo puedo creer.

—Eva, ¿tu abuela está hablando con Marcus? ¿Marcus está ahí?

—Sí, mami, la abuela lo ha hecho subir y quiere que se quede a comer.

—No. No. No. Cariño, por favor, di a Marcus que mire su móvil.

Ahora sí estoy allí, ahora sí me estoy estresando.

Mi hermana parece una zombi. Lentamente se pone el sujetador que se había quitado para disfrutar mejor del tratamiento y la camisa blanca. Su eterna y elegante camisa blanca. Me mira con los ojos llorosos.

—Qué lista esta mujer, ¿eh? La Clara esa. Te acostumbras. Te recogen en tu casa, te traen el café, te maquillan y te peinan y te visten con ropa cara, te preguntan todo el rato si necesitas algo. Te acostumbras. Me duele el pecho, *sister,* ¿nos tiramos juntas en el jardín antes de coger el coche para ir a casa de mami? Yo así no puedo conducir.

—Claro, *sister* —digo.

Le abrocho el sujetador, ella ha hecho todo como un robot. Como quien está acostumbrada a cambios de ropa rápidos en el camerino. Hay algo de ritual en volver a ser ella, en pasar del desnudo a la ropa.

Yo también estoy en tetas, parecemos dos pajaritos desnudos y enclenques buscando cobijo, buscando el nido. Escribo un mensaje a Marcus: «Por favor, Marcus, busca el caracol en tu taxi y si no lo encuentras, ven a recogerme a casa».

Salimos al jardincito que hay antes de la recepción de Macha. Gemma está en el césped sentada en la posición de flor de loto con

los ojos cerrados y haciendo respiraciones muy sonoras, las lágrimas siguen cayendo por sus mejillas, nos tumbamos junto a ella, pero no se da ni cuenta. Al otro lado del seto, en la calle, escuchamos a Clara consolando a su hija. Han perdido el partido y su madre no está allí para abrazarla. Creo que también llora. Una quiere estar siempre con los hijos, una no puede estar siempre con los hijos. No puede.

—Tengo ansiedad —confiesa Celia.

—Normal —digo—. Oye, yo tengo que pasar por mi casa y me recoge Marcus, ¿ok? Necesito encontrar a Snail, luego te lo cuento bien. ¿Puedo dejarte aquí tumbada? Cuando te recuperes, ¿vas a casa de mami y nos vemos allí?

—No es del todo mi culpa. La gente te trata diferente y entonces tú actúas diferente. Digo que quiero dejar de ser famosa, pero es mentira. Es mentira. No te vayas. Dame la mano como cuando nos dormíamos juntas en el cuarto pequeño. Qué fuerte que tú no tuvieras cama y tuviésemos que abrir tu cama cada noche. Sacar tu cama de debajo de la mía. Que, además, yo llegué después. Yo soy más pequeña. Qué fuerte.

Mi hermana ha entrado en los recuerdos de la infancia. En la casa pequeña donde nos criamos. Está ahí más que aquí, supongo, entiendo, que la reconforta.

Clara entra. Tiene que recoger sus cosas y sobre todo soltar la bata del uniforme de Macha, aún la lleva en la mano, retorciéndola como si le retorciese el cuello a mi hermana. Tiene que dejar la bata y volver a su ropa. Nos mira y nos ve, y entonces se calma. Se para, se tumba también. Ya somos cuatro mujeres frustradas en un jardín en medio de Madrid, un domingo a la una. No hace frío. Cielo azul. Cielo azul de Madrid. Cielo azul celeste. Unificamos nuestras respiraciones. Las mujeres nos entendemos. Existe telepatía femenina, estoy segura.

—Ahora os saco un vaso de agua fría. Es que yo no estoy bien. Tenía que haber dicho que no venía a hacerte el tratamiento, Celia. Disculpa —nos dice.

—¿Quieres que le grabe un vídeo a tu niña saludándola? Normalmente funciona. Se ponen supercontentas. Celia Costa, la

actriz de las películas, les habla a ellas —le ofrece mi *sister*.

—Eso sería maravilloso —nos contesta.

—Llorar es bueno, ¿eh? Limpia. No sé el qué, exactamente, pero limpia. O eso dicen —escuchamos decir a Gemma desde atrás.

Gemma se seca las lágrimas que, un poco, le han corrido la máscara de pestañas. Me recuerda a mí cuando amanezco uno de esos días que me fui a dormir sin desmaquillar y, sin saberlo, lloré en sueños. Casi nunca me acuerdo de lo que sueño. Eso es un don. La gente que duerme en pesadillas no descansa. Y yo descanso. Me desconecto dormida. Qué alivio. Sé que un día me acordaré de las pesadillas. Algo en mi interior me dice que una noche despertaré en medio de ellas.

Gemma ya no viste la bata del uniforme y se ha puesto una camiseta rosa chicle muy choni, muy escotada, muy corta, muy todo. «Bravo —pienso—. Eso es estilo. Esa camiseta brillibrilli de ese color solo se la puede poner esta chica». También se ha soltado el pelo, extensiones negras rollo Rosalía, «BRAVA», vuelvo a pensar.

—Me tengo que ir —digo.

—No te vayas, por favor —me suplica mi hermana.

El cielo se nubla, es febrero. Madrid, como los adolescentes, pasa del sol al chispeo en cuestión de segundos; la brisa nos refresca a las cuatro y las gotitas de lluvia no molestan, diría que nos alegran.

—Necesito encontrar un caracol —le digo.

—Ahí hay muchos —contesta Gemma.

—¿Perdona?

—Detrás del Buda, ahí a la derecha, siempre hay caracoles, me gusta mirarlos. Caminan tan despacio, nunca tienen prisa —me dice.

Aparto la enredadera y encuentro una familia entera de caracoles, con la humedad han salido no sé a qué, pero se arrastran desorientados. Hay uno igualito igualito que Snail.

Respiro. Nadie se va a dar cuenta. Y este, estos todos, están vivos. Las madres hacemos cositas de *gansters,* mentirijillas piadosas las llamaban en mi cole las monjas. No me gusta mentir, pero para alegrar a mi hija lo voy a hacer. Además, no es una mentira. Es una sustitución.

Clara trae la bandeja con agua fría. No me he percatado de que se había levantado a buscarla. Cojo el caracol y lo envuelvo en un clínex con mucho cuidado. Parece una cotufa gigante. Mejor me llevo dos, uno más oscuro que otro y lo tengo de repuesto. Clara está visiblemente más tranquila. Respira. Respiramos juntas. Las cuatro. Ya no sé quién llora. Quizá ninguna.

—Gloria Fuertes tiene un poema que se llama *El caracol herido* —nos dice Celia—, es que ese paquetito que has hecho me lo ha recordado, creo que al caracol se le rompe la concha y lo escayolan y dicen que parece una pelota de pimpón. Aunque el tuyo parece una cotufa.

Yo estoy acostumbrada a mi hermana, ella puede recitarte un fragmento de *La Celestina,* un monólogo de *Romeo y Julieta* o un diálogo de *Tacones lejanos* y a continuación decir «pásame la sal». Yo estoy acostumbrada, pero Clara y Gemma —nunca más usaré diminutivos— se miran entre ellas y rompen a reír. Carcajadas amarilla y naranja, llegando casi a rojo bermellón, toser de risa, atragantarse y llorar de risa. Pasar del llanto a la risa es facilísimo. Hay una voluntad interior que quiere escapar de la situación angustiosa y cualquier cosa te provoca la carcajada. Pasa mucho en los funerales, aunque quieras al difunto. Yo también estoy riendo y Celia. Reímos y reímos haciendo aspavientos con las manos. Yo sujeto mis clínex con los caracoles recién secuestrados y acierto a preguntar:

—¿Pero de qué hablas, *sister?*

Estamos atragantadas de risa. La risa atascada en nuestras gargantas.

—¡Gloria Fuertes!, la poeta, la escritora. Tiene poemas maravillosos y se te quedan en la cabeza, son como letras de canciones populares, como las letras de Rigoberta, que parecen para niñas, pero que hablan de cosas muy serias —dice de forma vehemente.

Yo me acuerdo de Gloria Fuertes porque salía en un programa infantil que veíamos de pequeñas. Me viene el recuerdo del cuarto chiquito, así lo llamaba mi madre, un cuarto con una tele y su máquina de coser y un sofá. En mi casa se veía la tele mientras mi

madre cosía, veíamos la tele con un ruido ensordecedor de fondo. Y Gloria Fuertes aparecía vestida con traje y chaqueta y corbata de colorinchis y pelo cortísimo y voz cazallera de fumadora eterna. Y caigo en la cuenta de que yo pensaba que esa mujer no era de verdad. Que era un personaje. Que estaba disfrazada. Y pienso que qué pena que yo no fuese consciente en ese momento de que podíamos ser ella. Vestidas con un *outfit* masculino. Siendo auténticas y libres y únicas. Despreocupadas por maquillajes o peinados, espumas y gominas, tupés y cardados.

—Gloria Fuertes… Celia, la tenía olvidada —digo.

—Tú y todos. Se va a hacer una película de su vida y me ofrecen ser Phyllis Turnbull, su novia durante quince años. El amor de su vida —me dice ella.

—Gloria Fuertes era lesbiana, obvio. Pienso que nunca me lo planteé.

—Bueno, era libre —me contesta Celia—. Léela. Tiene algunos de los poemas más bonitos que se hayan escrito nunca. Pero como era así, que se pasaba por el forro todo, nadie le dio su lugar. Camilo José Cela sí, fíjate. Eran muy amigos. Murió sola y triste.

—¿Y tú quieres hacer de Phyllis? —pregunto.

—Qué va. Phyllis era americana. Sería ridículo. Yo quiero ser Gloria. Y reconciliarme con el sobrepeso que me atormentó de niña. Aquello sí que era *bullying* querida hermana, y sobreviví. Somos unas valientes. Las mujeres somos unas valientes. Todas —sentencia.

Escucho el sonidito de mi móvil dentro, en la recepción donde he dejado mi bolso al llegar. Aprovecho para recoger la bandeja con los vasos de agua y me apresuro a cogerlo.

—¿Marcus? ¿Todo bien? —Sonrío al escuchar su voz. ¿Sonrío al escuchar su voz? Ay.

—Más menos bien. El caracol no está en el coche. Revuelto todo, sacado todo. No caracol —me dice.

—Tengo otro, Marcus. Tranquilo. Tengo otro caracol casi igual. Gracias por todo. Yo te escribo esta semana para las extraescolares.

—¿No voy a tu casa? ¿Seguro? —me pregunta.

—No. Gracias. —Y cuelgo.

El centro de belleza Macha está en silencio. Cojo mi bolso gigante y el de mi hermana. No sé cuál de los dos pesa más. Hemos dejado la cabina muy desordenada y siento culpa de que mañana regañen a las chicas, que ahora son amigas. Venir a trabajar en domingo y que te echen una bronca el lunes me parece de lo más injusto.

Salgo y me encuentro a Clara grabando el vídeo para su hija. Gemma ya se ha ido. Mi hermana se ha puesto modo actriz. Fascinante cómo cambia.

—Hola, Laia, que me ha dicho tu madre que habéis perdido el partido… No. Repite, que no puedo empezar tan triste. Hola, Laia, que me ha dicho tu madre que te gustan mucho mis películas, que, aunque hoy hayas perdido el partido… que no quiero decir lo del partido, coño. No. Borra esto, que los niños piensan que yo no digo coño. Hola, Laia, estoy aquí con tu madre, y es domingo, y… ¡No! Esto tampoco, la niña va a saber que te perdiste el partido por mí y me va a odiar, repito. Hola, Laia, soy la de las películas que te gustan y te mando un abrazo muy fuerte. Tienes una madre maravillosa y es mi amiga. Eso sí. Sí. Les gusta pensar que somos amigas. Eso sí. ¿Te gusta a ti?

Clara asiente. Está conmovida.

—Podéis iros. Yo cierro. De verdad. Gracias —nos dice revisando su móvil.

Mi hermana y yo salimos por la puerta de Macha. No sé si la mascarilla ha hecho efecto en nuestras caras o los palos de madera en nuestros muslos, pero el llanto, la reflexión, los gritos, el enfado y luego la reconciliación y este último vídeo, sí. Esa parte del domingo nos ha sanado. A las cuatro mujeres.

En la mano llevo los dos caracoles envueltos en dos bolitas de papel blanco. Y mi hermana va distraída con su móvil porque hoy, hoy domingo, sí que va a subir unos *stories*. Yo escribo a Eva: «Cariño, lo he encontrado. Te llevo a Snail».

16
Jorge, Eva y Candelaria en el coche

Martes, estoy sentada en el despacho de Cayetana, hacía mucho que Cayetana no me pedía un encuentro a solas. Ella y yo. Mi cabeza no está en el despacho, mi cabeza está deambulando por las nubes, saltando de nube en nube más bien, porque llevo así toda la mañana, no me concentro. No soy capaz de escribir. Su despacho tiene unas cristaleras enormes que dan al resto de los empleados. Al otro lado de la cristalera veo a Paloma con un cartel escrito a mano:

ESTOY ABAJO FUMANDO UN PITI

Me hace gracia. La pierdo de vista, entiendo que se ha agachado para escribir otra nota. Vuelve a aparecer:

BAJA, QUE HA VENIDO CORDELIA

Sigo esperando a ver qué quiere decirme Cayetana, aunque yo ya lo sé. No estoy escribiendo. No estoy trabajando bien. Escucho su conversación con «la chica». La chica que trabaja en su casa. La chica que cuida a sus hijas.

—Tienes que conseguir que hagan los deberes porque esta noche tengo una presentación. A ver, Noelia, cuando los hayan hecho, les sacas una foto y me los mandas por WhatsApp. Que yo revisarlos sí

que puedo. Aunque me salga de la sala un momento. Adiós, adiós. Y que coman pescado, ¿eh? Hoy, pescado.

Cayetana es perfecta. Familia perfecta. Marido perfecto. Mellizas perfectas, vestidas siempre perfectamente iguales. Y una hija mayor del primer matrimonio de su marido. Él enviudó muy joven. Esa niña mayor también es perfecta. El despacho perfecto. Todo ordenado, hasta los chicles que te ofrece están vaciados en una cajita metálica preciosa, una cajita que rellena cada día con chicles de menta porque tiene ansiedad, nunca me lo ha confesado, pero tanto chicle tapa la ansiedad. No me creo tanta perfección. Por supuesto Cayetana dejó de fumar cuando se embarazó de las mellizas hace ya diez años y nunca lo ha retomado, no como yo, que nunca lo he dejado de verdad verdadera.

Ella se gira hacia mí. La melena, perfecta, se desplaza en bloque hacia el lado derecho y queda, otra vez, perfecta sobre ese hombro. Sonríe, perfecta, y dice:

—¿Qué coño te pasa, cariño?

Jamás le había oído decir una palabrota.

—Te quiero y te valoro —continua súper, mega, extra amable. Esto es el refuerzo positivo que ha entrenado en las últimas convivencias para jefes de equipo. Te refuerza mucho antes de soltarte una puñalada—, pero llevas dos meses sin escribir. Y dos meses es mucho, Candelaria.

Uf, me gusta más cuando me llama Candela.

—Ni tu comunidad aguanta dos meses sin «palabritas» tuyas. Tu comunidad necesita que escribas algo ácido, irónico, divertido, como tú eres, como tú sabes.

—Creo que ya no sé escribir —le digo seria. Tampoco estoy segura de tener eso que ella llama «comunidad».

—Jajaja. —Sonríe falsa.

La risa también es perfecta, cortita, sensata, rosa palo, enseñando su recién estrenada dentadura Invisalign como la de la reina Letizia. ¿Cayetana imita a Letizia? No me había fijado antes. ¿Cayetana es Letizia? Mi mente vuelve a divagar. Es que yo lo que quiero escribir es ficción. Ciencia ficción e inventarme un mundo que sea mejor. Un mundo que me guste a mí.

—Sabes escribir, querida. Te gusta escribir, querida. De hecho, quizá sea lo único que hagas bien, querida. Ponte a ello. Y discúlpame, que tengo una reunión *online* y luego un evento.

Cayetana puede ser muy zorra cuando quiere. Pasivo-agresiva. Ella parece que no está haciendo nada, pero te está haciendo daño y ya está. Y creo que ella sabe que lo está haciendo.

Salgo a la calle. Cordelia se está bajando del taxi de Marcus. Les pasé su móvil a las dos. La verdad es que es encantador y siempre está dispuesto a recogernos y llevarnos, y no le importa que vayamos cargadas con nuestros bolsos gigantes y bolsas que acumulamos durante el día. Este hombre bueno, que hasta es capaz de esperarnos fuera del supermercado de camino a casa para comprar eso que se nos olvidó, y que es imprescindible para cenar hoy o desayunar mañana bien temprano.

—Marcus, te voy a hacer contrato fijo —le grito.

—Ojalá —me dice mientras saca los maletones de Cordelia del maletero.

Son las tres. La verdad es que sí quiero un cigarrito hoy. Le pido a Paloma que me lo líe. Ella es la lianta oficial. Me quedo embobada mirando a Marcus. Mi hermana me ha metido tonterías en la cabeza y ya no lo miro igual.

—Vuelve a tierrrra, amiga querrrrida —me dice Cordelia—. Mi han dicho qui maquillo en Goyas a tu herrrmana. La busqué. Es guapa guapa.

—Creo que me la juego en los Goya. Creo que si no escribo bien ese artículo, esa crónica, Cayetana, amablemente, prescindirá de mí.

—¿Quí quiere decir priscindir? —pregunta la pelirroja.

—A la puta calle —le dice Paloma con su voz suave y delicada.

Las tres nos quedamos pensativas apoyadas en la puerta. Fumando. Ese tiempo de la calada y el humo. Ese tiempo es el tiempo que echo de menos cada vez que dejo de fumar. El humo se mete en tu garganta, pero en mi caso va a la cabeza, a la mente, y la nubla con ideas vagas sobre la vida y el trabajo, y qué sé yo. Qué sé yo. Me encanta esa expresión. Me encanta el tiempo de reflexión que dura el humo de un cigarrillo.

—¿Quierrrres irrr tomar algo? —pregunta Cordelia.

—Que va. —Sonríe Paloma—. Hoy es martes —le dice a su novia.

—¡Cordelia, tienes que enseñarme esa foto! —les digo mientras me alejo y me encamino hacia el *parking*. Me doy cuenta de que no hice pis antes de salir. De momento aguanto; en un rato será un problema.

—¿Quí foto? Quí tonta erres —me responde riendo.

Lo hice aposta. Hipotequé los martes y jueves por la tarde con las extraescolares de Eva y Jorge. Pensé —loca yo— que era mejor idea tener dos días a la semana de acá para allá que no cuatro. El *perfect timing* es: vuelvo del trabajo y recojo a Amy en casa a las cuatro y media. Cojo también la bolsa con la ropa de gimnasia deportiva de Eva y la ropa y florete y casco de esgrima de Jorge. Por la mañana he dejado preparadas las dos neveritas con sándwiches, chocolatinas, una pieza de fruta y agua fresca. La pieza de fruta vuelve a casa intacta cada martes y cada jueves por la noche. Meto a Amy en el coche. Lleva arnés, cinturón de seguridad y bolsitas para cacas. Si me da tiempo, me cambio a ropa deportiva; si no, simplemente me pongo tenis. A las cinco menos cuarto estoy en la puerta del cole de Eva y a las cinco en la puerta del cole de Jorge. Antes, cuando iban al mismo cole, era más fácil, pero no importa, yo puedo. A las cinco y media dejo a Jorge en esgrima, pasará allí una hora, luego a las seis a Eva en gimnasia, ella estará una hora y media, a las seis y media recojo a Jorge en esgrima y lo dejo en casa para que se vaya duchando y a las siete y media recojo a Eva en su gimnasia. Esto me proporciona a mí un trayecto compartido de coche para hablar los tres juntos de «asuntos comunes», dos trayectos con Eva a solas y un trayecto con Jorge a solas también. Entre las siete y las siete y media paseo a Amy, que va siempre un poco mareada de tanto coche. Algunos días la dejo en casa y me echo una siesta en el *parking* del Mercadona. Al principio me daba vergüenza, pero ya no. Echo el asiento para atrás y cierro los ojitos. Desde que soy madre puedo dormir en los lugares más insólitos. De soltera necesitaba oscuridad, silencio y hasta una almohada específica, ahora necesito apoyar la cabeza —en cualquier superficie — y cerrar los ojos. Lo considero un superpoder. Veinte minutos

reparadores, con veinte minutos de siesta exprés me siento como nueva.

Eva y Jorge llegan tarde prácticamente siempre, porque siempre pasa algo, pero van a sus extraescolares. La puerta del cole a la hora de la salida y a la hora de entrada es una pequeña zona de guerra. Yo respiro. Hay padres que tocan el claxon, gritan, se bajan de los coches. Yo intento siempre pasar desapercibida y observar. Admiro a las que están siempre perfectas, sentaditas al volante, leyendo su revista de moda favorita o mirando el móvil obsesivamente. ¿A qué hora llegan ellas? ¿A las tres? La madre perfecta del chat de madres, la que siempre sabe las fechas de los exámenes, las direcciones de los cumpleaños, la que organiza la recolecta para el regalo de la profe o del cumpleañero. Muchas veces me pregunto si esa madre es feliz. Aunque lo de la felicidad también está ahora en crisis. ¿Sera mi jefa, Cayetana, la madre perfecta del chat de madres de la clase de sus hijas?

Tengo la intuición de que Eva no ha contado a Jorge lo de los mensajes a su amiga, o debería decir examiga. Su madre aún no ha respondido a los míos, de vez en cuando releo lo que le escribí, lo leo en voz alta. Sé que los mensajes son muy peligrosos, depende del momento en el que los recibas, depende de si estás estresada, triste o enfadada o incluso eufórica, hasta un simple emoticono puede parecer un ataque. «Hola, Sonia, me encantaría que leyeras los mensajes que se han escrito nuestras hijas. No sé cómo gestionas tú el móvil de tu Eva. Estos mensajes los redactamos juntas mi Eva y yo. A estas edades nuestras hijas se están "encontrando" a sí mismas, tienen que permitirse equivocarse, pero sobre todo tienen que permitirse ser ellas. Yo no sé si mi Eva será lesbiana de mayor, pero es lo de menos, quiero que sea buena persona, nada más. Me gustaría que tu Eva entendiera que ser lesbiana no es nada malo ni mucho menos un insulto, y si una niña se declara lesbiana o un niño gay en el siglo XXI, tienen derecho a ello. Bastante mal lo han pasado siendo discriminados en tiempos pasados. Y bastante mal lo pasan todavía hoy por hoy. Te mando un beso fuerte, y gracias».

Me gustaría tratar este tema, Jorge, Eva y yo juntos, los tres, en uno de nuestros trayectos comunes. Es puro egoísmo. No quiero que hablen entre ellos. Quiero saber. Quiero estar. Sobre todo quiero pedirle a mi hijo, delante de ella, que la cuide un poquito más en el cole, aunque eso nunca sirve de nada porque en el patio del cole uno está solo. Siempre. Parece imposible encontrarse solo entre tantos niños y niñas y profesores y personal del cole, pero sucede.

Jorge sube de copiloto y Eva detrás.

—¡Qué hambre, mamá, por favor!

Abre su chocolatina y empieza a comer. Yo puse una serie de normas en este coche, una de ellas era no comer. El coche era nuevo. Olía a nuevo. Quería que se mantuviese nuevo, como si eso fuera posible. La norma la rompí yo comiendo anacardos uno de esos días de no encontrar ni un minuto para ingerir alimento. Me los comí a escondidas, pero me descubrió Eva y rompimos a reír.

—¿No era que no se podía comer dentro del coche nuevo, mami?

Llegar a la puerta del cole con únicamente el café de la mañana en el estómago y a punto del desmayo y la lengua fuera me ha pasado más de una vez. «Si es que tengo que cambiar de trabajo», me digo, me lo digo mucho últimamente.

La construcción gramatical «no era que…» que usa Eva me chifla. Implica una norma no escrita que intentamos cumplir.

¿No era que no podíamos comer pipas viendo la tele?

¿No era que íbamos a hacer yoga todos los domingos, mami?

¿No era que nos íbamos de vacaciones a Roma?

¿No era que esta semana estabas en casa por las tardes?

Desde que sucedió lo de los anacardos crudos se anuló la norma de no comer en el coche nuevo. Me he cargado más normas de esas absurdas, por ejemplo, la de no cantar en la mesa, mientras se come. ¿Y por qué no se va a cantar? ¿No es cantar una manera de hablar, de comunicarnos? Pues nosotros cantamos. Quizá no en los restaurantes, pero cantamos mientras cenamos y nos chifla.

—Yo también, mami: ¡qué hambre tengo! —dice Eva.

—Jorge —le digo—, tu hermana tiene que contarte lo que le pasó con la otra Eva. El finde le pusimos mensajes. Y yo he pedido a su madre que los lea.

—A ver —dice Jorge—, cuenta.

—Pues que me he quedado sola. Eva me dice cosas como que me visto de lesbiana y que mi coleta baja es de perdedoras, porque lo dijo la profe de Gimnasia, y si ella se mete conmigo, que es mi amiga, pues hay otros que dicen que tengo los dientes grandes y que soy muy bajita, que no parezco de la ESO, sino de infantil…

—Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja —se ríe Jorge.

Eva y yo nos quedamos en *shock.* No sé qué decir y veo que mi hija está a punto de lágrimas. Para ella es tremendamente importante que su hermano la tome en serio. Cuando todo falla, no te puede fallar tu hermano, al que más admiras, a quien te quieres parecer.

—Pero, Jorge —le digo atónita.

Lo que sucede después es el primer plano de la película, el monólogo por el que el actor joven se lleva el goya revelación. La prueba que le pediría el director a la directora de *casting* para acertar con su actor protagonista. Jorge empieza a hablar con naturalidad, como si se hubiese disociado, que le dicen ahora, como si hablara de un niño que no es él. ¿Cómo puede ser tan sabio mi hijo con quince años, cumplirá dieciséis en julio? Sonríe, mueve poco las manos, se gira hacia su hermana, sentadita en el asiento de atrás, y dice:

—A mí también, Eva, lo mío peor, a mí me pegaban. *Bullying,* acoso, llámalo como quieras, a mí me pegaban. Y a los profesores les daba exactamente igual. Menos a uno, ¿eh? Hubo un profe que se dio cuenta. Tengo quince años, ahora sé más y ahora tengo buenos amigos, pero con nueve, uf, de nueve a once qué difícil. Lo más difícil es de nueve a once. Yo lo pienso ahora y digo pero ¿por qué no me pegaban más? Yo era el raro, el raro. Siempre con un libro en la mano y muy bajito. Uf. Yo sabía que si me tocaban, me caería al suelo. Estaba seguro. Creo que me caía antes de que me tocaran, y lo peor es que yo quería ser amigo de ellos. Quería que me aceptaran. Te acuerdas, mamá, que los invité a casa un día y rompieron todo y tú luego me dijiste: «¿Pero qué ha pasado?». Y yo, mamá, yo rompí con ellos, descargué contra mis propios juguetes y muebles la rabia que quería descargar contra ellos. Porque al menos

ese día rompían cosas, y si rompían cosas, no me rompían a mí. Porque, joder, ay, perdona, mamá, perdona la palabrota, pero, joder, te rompen. Te acuerdas, mamá, cuando me llevaron a Urgencias porque me golpeé con la parte de madera de una comba, te acuerdas que tú viniste con la lengua fuera, casi me destrozan la nariz. No fue un accidente, mamá, me lanzaron la comba aposta, y ningún profesor hizo nada. Bueno, al chaval lo echaron tres días, pero a ti no te contaron nada. Yo creo que con las niñas es distinto, ¿sabes? Las niñas lo hacen de otra manera, pero los chicos, ay, mamá, es como los cachorros, que se muerden y se marcan, pues así. Además, mis dos acosadores, ¿se dice así?, eran buenos estudiantes y guapos y amables con los profes, pero a mí me pegaban, mamá. Fuerte. En la granja, ¿te acuerdas?, que yo me llevé pañal porque todavía se me escapaba el pis, pues imagínate, no usé los pañales, qué va, dejé de hacerme pis para siempre, el miedo, el miedo, pues me pillaron en las duchas, yo desnudo, tan pequeño, mamá, porque ahora he crecido, pero ahí era pequeño, pues me tiraron la ropa dentro de la ducha, y ahí me reí, porque empieza como un juego, tú te ríes con ellos, pero después me acorralaron en una esquina y empezaron a pegarme con la camiseta mojada. Duele como un puto látigo, ay, perdón por la palabrota otra vez, mamá. Eva, no digas palabrotas, ¿vale? Yo después me sequé con la toalla, que menos mal que me dejaron una toalla, y colgué mi ropita, y no lloré, mamá, no lloré, me fui a cenar con ellos, y les dije: «Qué cabrones, ¿eh? Ya os la devolveré». Pero yo qué les iba a devolver, mamá. ¿Qué? Por la noche, al irte a dormir, sí que piensas: esto ha sido raro. Muy raro. Y se hace la herida. ¿No, mamá? Se dice así. Una herida. Esto de la herida tuya con la abuela que nunca nos cuentas, pero que yo sé que la tienes, porque a veces se te nota. Eva, no les des el poder, ni a la otra Eva ni a nadie. Cuando encontré a mis buenos amigos, a los de ahora, buah, fue genial. Todos raros. Todos frikis. Y es que yo en casa era muy feliz, mamá, tú siempre contándonos cuentos, comprándonos libros, haciendo juegos, y papi, ¿te acuerdas que papi siempre se saltaba lo de no ver la tele entre semana y me ponía pelis? Pues eso me salvaba. Aunque tú te enfadaras por saltarse la norma, a mí me salvaba. Yo salía del cole y

llegaba a una casa feliz. Buah, eso me salvaba. Así que, Eva, al que te diga que tienes los dientes grandes, le dices que él tiene el cerebro pequeño. Y a las niñas que te dejan sola, las dejas solas tú a ellas. Jajaja Eso. Y te buscas amigas buenas y amigos de verdad, como tú, que eres de verdad, que tú sientas en tu corazón que son como tú. Ser o no ser Eva, pues sé tú, sé tú misma Eva, como te dé la gana. Bueno, me voy. Que llego tarde.

He empotrado el coche en los aparcamientos en batería cerca del camino de tierra. Lo he empotrado literalmente porque ya no estaba conduciendo, solo dejando que el coche se deslizara mientras yo escuchaba la confesión de mi hijo.

Jorge salta del coche. Y yo estoy totalmente paralizada agarrada al volante y creo que estoy llorando. A ver, sí. Tengo una lágrima corriendo por el ojo derecho. Que no me preguntes por qué llora siempre antes que el izquierdo, todas tenemos un ojo que llora más y ese ojito se arruga antes con el paso de los años, esto tiene de bueno que me recuerda a mi hermana, que lo tiene igual, y a mi madre y a mi abuela. Cuando el ojito se empieza a cerrar, te estás haciendo mayor y lo ves en el espejo por las noches antes de dormir, después de desmaquillar.

Estoy parada o paralizada, no sé muy bien. Se me han cortado hasta las ganas de hacer pis. Respiro y pregunto a Eva:

—¿Pero tú sabías esto?

Eva se ha soltado el cinturón y asoma la cabecita entre los dos asientos delanteros. Ahora lleva a Amy en el regazo. Hasta Amy se ha quedado en silencio y echa sus orejitas hacia atrás, como entendiendo, como a punto de hablar.

—¿Yo qué voy a saber, mami? Ni idea. Pero me ha gustado lo del cerebro pequeño. Oye, que Jorge se ha dejado el florete.

—¿Qué? Ay, no que no llegamos a lo tuyo —digo, secándome la lágrima para que Eva no la vea.

Me bajo del coche corriendo, llevo el florete en la mano, es un camino de tierra. ¿Por qué tengo que estar siempre corriendo? ¿Por qué? Me doy cuenta de que la gente con la que me cruzo me mira rara, no me extraña, soy una mujer despeluchada y con un arma en la mano, haciendo grandes esfuerzos por no llorar y gritando:

—Jorgeeeeee, Jorgeeeee.

Atravieso el caminito de tierra, me tropiezo un par de veces, me da una rama en la cara, me tambaleo, ¿me estoy tambaleando?, y me caigo. Me caigo. No me caía desde el cole. No recuerdo una caída de adulta. Ay, me duele la rodilla. Viene a recogerme alguien, pero yo ni lo miro. Es una señora con un perro. Me levanto digna, o eso pienso, y veo a Jorge que viene hacia mí. Ha escuchado mis gritos.

—Mami, que ahí dentro hay floretes, que no es tan importante. ¿Te has hecho daño? —Se ríe.

Esta habilidad de mi hijo de reírse en los momentos feos, nublados y marrones. Y yo lo abrazo como si quisiera compensar todas las cosas que le hicieron, como si le estuviera pidiendo perdón por la comba de madera y por lo de las duchas y por los empujones. Le pido perdón, sobre todo, por no haberme enterado de nada. De nada. Lo abrazo llorando. Y echo la culpa de mi llanto al golpe en la rodilla, que, sinceramente, me ha venido genial. Para llorar por eso y no por lo otro.

—¿Mamá, estás bien?

—Sí, Jorge, sí. Te quiero, te quiero mucho. Mucho. ¿Tú lo sabes?

—Claro, mamá. Me voy a mi clase, que no llego.

Joder voy cojeando, me miro el vaquero y tengo sangre. ¿Me he hecho sangre? En casa me pondré Betadine, creo que me he roto el vaquero. Estos vaqueros me gustan, vaya mierda. Me he caído. Me subo en el coche y me pongo el cinturón. Me limpio las lágrimas, pero la cara se me queda hecha un asco porque tenía barro en las manos. Hablo en voz alta.

—Eva, mi amor, esto es bueno, sin duda, porque mira tu hermano. Ahora tiene buenos amigos y está fenomenal, y si él ha podido…

Alguien toca en mi ventanilla, me giro limpiándome un poquito más los cachetes. Me giro y bajo la ventanilla. Es Eva, agarrando a Amy en sus brazos.

—¿Cariño, por qué has salido del coche? Que no llegamos…

—Mami, este no es nuestro coche. El nuestro es el de al lado.

Ay, no puede ser, me he metido en un coche que no es el mío. Otra madre como yo habrá dejado el coche medio aparcado, medio

empotrado y abierto. Y es que no me he dado ni cuenta porque el coche está igual de sucio que el mío, con pósits y envoltorios de chocolatinas y algún que otro anacardo. Este coche es de una madre, no me cabe ninguna duda. Salgo a duras penas porque me duele la rodilla, aparece a mi lado la mujer que me ayudó a levantarme con su perro. Me mira con empatía y sonríe.

—Te has dejado el coche abierto y me he equivocado. Perdona.

—Nada. Vamos todas igual —me responde—. Derrapando por la vida.

Mando mensaje para decir que Eva llega tarde a gimnasia. Pero es mejor llegar tarde que no ir.

Nos metemos en el coche las dos en silencio. Voy a desaprovechar uno de esos trayectos que utilizo para hablar con ella. Pero es que tengo un nudo en la garganta. Repaso mentalmente mi punto de vista. Mi recuerdo del recuerdo de mi hijo y, claro, yo solo tengo mi percepción, mi versión. Mi versión totalmente condicionada por un reciente divorcio y mi corazón dolorido y mi cabeza volada en ese momento. Doy marcha atrás.

Piiiiiiiiiii. Piiiiiiiiiii. Piiiiiiiii.

Ay, mierda, casi me choco con otro coche. Doy marcha atrás con la memoria, no solo con el vehículo. Recuerdo que estaba horrorizada con que Jorge llevara pañales a la granja, un espacio hostil disfrazado de convivencias, donde los fuertes son más fuertes y los débiles más frágiles porque están alejados de sus padres. Yo no quería que llevara los pañales nocturnos, pero mucho menos quería que mojara la cama.

—Te escondes, ¿sí? Para ponerte los pañales te vas al baño y lo llevas envuelto en el pijama y te escondes —recuerdo haberle dicho.

—¿Dónde, mamá, dónde me voy a esconder? Ya sabes cómo son los baños de los chicos. Todo a la vista —me dijo él.

Cierto, a los chicos no se les permiten ni secretos ni intimidad, los chicos, los varones, los machos, no lloran a escondidas en los baños, simplemente porque hasta los meaderos están al aire. También recuerdo, a la vuelta de ese viaje, que me dijo:

—No los he usado.

Y miró para atrás para que nadie lo estuviera escuchando, o comprobando que nadie nos escuchaba. Yo, una vez más, escalofrío, intuí que había un secreto, pero no pregunté por el secreto.

—¿De verdad ya no te haces pis por las noches?

—De verdad, mamá, *superao* —me respondió.

El episodio de la comba: Jorge tenía diez años. Llegué a Urgencias en un taxi porque me sentí incapaz de conducir. Me dijeron que lo habían llevado al hospital desde el colegio. Una de esas llamadas que te ponen el estómago en la garganta.

—No te preocupes que tu hijo está bien —es el comienzo de una llamada/pesadilla—, pero lo han llevado a Urgencias a Puerta de Hierro.

Si soy sincera, yo no me hice caso, a mí, a los avisos que me dio el cuerpo. Estaba perdida y no supe dar la importancia suficiente a la intuición. Mi recién ex, porque acabábamos de separarnos, vivía fuera, me entrenaba en afrontar sola los problemas. No quise conducir. Llegué temblando.

—Hay que dejar que baje la hinchazón, en un par de días sabremos si la nariz está fracturada —afirmó el doctor—. Pero está bien.

Quise pedir responsabilidades en el cole, pero Jorge no me dejó y ahora entiendo todo. Las piezas del tetris se colocan en mi cabeza. Fue aposta y no me enteré. Nuestros hijos callan. Y nosotras a veces, o siempre, estamos demasiado ocupadas.

—Por cierto, mami… —Eva me saca de mis pensamientos.

—Dime, mi amor.

—Que ha llamado abuela. Parecía enfadada y dice que te deja un audio —me cuenta.

—¿Enfadada conmigo? —pregunto.

—No sé —contesta.

Decido escuchar el audio con el *bluetooth,* así nos enteramos las dos. Me gusta hacer cómplice a Eva de estas cosas.

—A tu hermana te la llevas a tu casa esta misma noche. ¿Me oyes? Está misma noche. A ver, que te he llamado, pero no contestas, que me sobró comida el domingo. Hay de todo: ensaladilla y jamón y queso, y si se queda en mi casa, se pone malo,

que tu padre y yo cada vez comemos menos. El pulpo no, mi niña, que el pulpo sobró un trocito y se lo puse a tu padre de desayuno. Le pareció raro, pero yo no iba a guardar ese pulpo otra vez en la nevera y no lo iba a tirar a la basura, que está carísimo. Bueno, pues tu hermana, ¿te puedes creer que se sienta a ver la telenovela con tu padre y conmigo y me cuenta el final? EL FINAL. Que llevo años, años viendo esta serie que a ella no le gusta, no le gusta, porque dice que los conoce a todos, a los actores, y que entonces no se los cree. Y a mí qué carajo me importa, ¿eh? Sale don Benito, el que hace de cura, que tiene un drama tremendo porque le ha aparecido una hija ilegítima, pero que luego no es suya, es de su hermana, que la violaron, pero él la cuida porque el que violó a su hermana fue su padrastro. ¡Niño, espera, que te vas a quemar con el caldero en la vitro! ¡Niño!… Que en aquella época también había violaciones y los curas por medio siempre, no violando ellos, ¿eh? No me entiendas mal, pero, claro, los curas confiesan a la gente y entonces ellos saben todo. Bueno, pues sale don Benito y dice tu hermana: «A ese me lo tiré en unos Goya». ¿Y a mí qué me importa, hija mía? Qué falta de respeto es esa para tu padre y para mí. ¿Eh? Que no quiero saber si don Benito hace sexo o no, porque para mí es don Benito, no sé nada de su vida, nada de nada y no quiero saberlo. Niño, de verdad, echa primero la leche y después los polvitos del descafeinado. Ay, tu padre. Mira que se lo digo, que no me cuentes chismes de los que salen en las películas, pues ella, no contenta con eso, que yo ya estaba caliente como una cachimba, estaba a punto de salirme humo por las orejas, va y me dice: «Se muere la madre al final», y yo No y ella Sí y yo No y ella Sí. Mira, Candelaria, resulta que sí. Que se murió la señora, la protagonista, pero no me pude ni emocionar, ¿por qué? Porque tu HERMANA me lo acababa de contar. Y ella meada de la risa. «Que es una serie, mami, que no es verdad». Que ya lo sé que no es verdad, que no soy tonta, pero es mi verdad, mi entretenimiento, mi otra vida inventada. Bueno, mi niña, tu hermana que duerma contigo hoy y mañana ya se va a Barcelona, pero hoy no duerme en mi casa. No. Mira, ahora cuando nos tomemos el cortadito, vamos para tu casa a dejarte la comida. No estás, ¿verdad? Ay, jajaja, que esto es un audio, no me puedes

contestar. Mira, yo entro con mi llave y dejo los tapers y me voy ya, ya está. Bueno, que te quiero mucho, te quiero. A Eva y a Jorge también. Ay, mándame foto vestido de la esgrima esa, todavía no lo he visto vestido de la esgrima, mándame foto que yo la saco del guasap y la veo cuando quiera. Anda, que me hace ilusión. ¡Niño! Muchacho, que te quemas con la leche caliente.

Aunque el audio es muy gracioso y nos imaginamos a mi madre y a Celia discutiendo, creo que nos hemos quedado enganchadas a la confesión de Jorge. En mi cabeza solo resuena «y yo no me enteré». Eva ahora va a mi lado. Cuando vamos solas en el coche se sienta de copiloto. Le encanta. Le encanta sentirse mayor.

—Mami —me dice—, tienes sangre en la rodilla. ¿Te duele?

—No, me duele más no haberme enterado de lo de Jorge cuando pasó. Eso sí que me duele —le susurro.

—Me ha gustado que nos lo contara. Esto me va a ayudar, mami, ya verás.

Entran muchos mensajes seguidos. Tengo que poner en silencio todas las notificaciones. Todas. No puedo soportar la banda sonora en que se ha convertido mi vida últimamente.

—Cariño, mira a ver quién escribe —pido a Eva.

—Pues tía Celia y Cordelia's Bitches —me dice—. ¿Qué es *bitches,* mami? —me pregunta.

—Creo que es escarabajo —miento.

—Eso es *beatle,* mami, como el grupo que le gusta a papi. Y como el coche que le gusta a Jorge.

—Ay, es verdad, pues bicho, significa bicho, creo que sí, bicho —miento otra vez—, pero no abras ese chat, que a veces mandan fotos arriesgadas.

—¿Las Bichos? ¿Qué son fotos arriesgadas, mami?

—Las Bichos, sí. Las Bichos. Corre, bájate que hemos llegado.

Se me había olvidado que tengo a Amy detrás. Me mira, baja las orejitas, y dice:

—Ay, Candelaria, que no te enteras de nada.

Usa el nombre entero, el de la pila bautismal, el de la virgen morena canaria. Usa Candelaria la muy zorra de la perra para hacerme ver que el tema es importante.

No me lo dice, no, pero sé que lo está pensando. Yo pongo en mi perra mis pensamientos, mis conversaciones internas. Mi ruido.

Respiro.

Empiezo a dar vueltas buscando aparcamiento. Pero no estoy donde tendría que estar. No. Estoy en mis recuerdos.

Joder, me duele la rodilla. Qué graciosa es mi madre, por favor. Y qué bueno es mi padre.

Respirar.

No estoy bien, no. Estoy mal. Y me cago en todo. Qué jodidamente difícil es la maternidad.

17
Candelaria y Celia en los Goya

Estamos en la habitación del hotel. Es una habitación pequeña. A las nominadas les han dado espacios más amplios, pero Celia solo es «entregadora», ella hará muy feliz a alguien esta noche y, aunque parezca fácil, pueden pasar miles de cosas y cargarte uno de los días más importantes de la carrera de esa persona: el día en que ganó un goya.

Mi hermana ya ha entregado este premio en otras ediciones y siempre me dice que su miedo es que se le caiga el Cabezón al suelo. Romperlo. Nunca me he atrevido a preguntarle qué siente al tener entre sus manos un premio al que nunca ha tenido ni la más remota posibilidad de acceder.

—Los premios no importan, importa currar, *sister*.

Es la frase que siempre me dice. No estoy tan segura. No estoy tan segura de que eso sea lo que íntimamente piensa cuando se desmaquilla por las noches y se mira, como yo, como todas, sola frente al espejo.

Cordelia ha desplegado todo su arsenal *beauty*. Es tan bonito verla trabajar. Es arte lo que hace. Pinceles, paletas de colores, productos para la cara y el pelo, diferentes artilugios, desde su masajeador facial, que lo ha patentado, hasta un casco hinchable para el pelo, una especie de globo que yo solo he visto en algunas películas de los años setenta.

—El pelo así queda mijorrrrr —dice.

Paloma revolotea a su alrededor. Es su mejor asistente.

Yo llevo muleta, bota negra ortopédica, un cabestrillo negro acolchado en el codo derecho y mucho dolor en la cadera, el dolor en la cadera lo llevo incorporado, sí. Me tomo otra vez el antiinflamatorio que me recomendó mi amiga Curra.

—Cada ocho horas, ¿eh, Candela? Cada ocho horas.

Pero la cadera me duele mucho mucho, y a veces no llego a las ocho horas, no. Y estoy empezando a pensar que estas pastillitas «me vuelan» un poco la imaginación.

La crisis de mi cuerpo, vamos a llamarlo así, comenzó con la caída, florete en mano, persiguiendo a Jorge cuando él iba a su clase de esgrima. De ahí viene la costra en la rodilla derecha también, porque no se ha curado, qué va, la zorra de la herida supura porque yo siempre me golpeo ahí. Con la esquina de un archivador en la ofi, con la cesta de la fruta en la cocina de mi casa, hasta con el volante del coche. ¿Por qué cuando tenemos una herida los golpes vuelven una y otra vez al mismo sitio?

Tengo la intuición de que lo del codo también empezó con este accidente, pero no le di importancia. Después en casa se me cayó una estantería en el pie derecho. Creo que nunca mis hijos me han oído gritar tanto. Estaba en el sótano ordenando, o haciendo que ordenaba, moviendo muebles de un lado a otro, ejercicio físico que me relaja y desespera a partes iguales, cuando levanté un pequeño cubículo en el aire, uno de esos cubículos que compras en Ikea y que en realidad no sirven para nada. Lo ves allí, en esos decorados inventados que parecen todos la misma serie de televisión, la misma casa, y te encanta y cuando llegas a la tuya y lo montas, que esa es otra, que hay que montarlo con la llave *allen,* y a mí siempre me sobran tornillos, no encaja en ningún sitio y acaba en el sótano. Pues bien, esta vez pensé que en mi habitación me haría un buen servicio, que tengo todos mis libros esparramados por el suelo. El estante que divide el cubículo de madera estaba suelto, unos de los tornillos sobrantes, sin duda, pues ese estante se cayó desde lo alto de mi cabeza —que me creí Hulk por un instante y lo levanté con un fuerte impulso— hasta mis pies. Que no soy yo muy alta, uno

sesenta y siete exactamente, pero con los brazos estirados ese estante cayó desde uno noventa. GRITÉ. Grité como una posesa. Grité como si me estuvieran matando y el grito subió por la escalera de caracol y los pobres Eva y Jorge bajaron en tropel y mi corazón se subió a mi garganta, no por el dolor del dedo, sino porque ellos se podían caer.

—Cuidado, ¡no os caigáis! —grité otra vez—. ¡Estoy bien! ¡Estoy bien!

Pero no lo estaba.

—Mi dedo no está roto —le dije al doctor en Urgencias.

—Sí, está fracturado —me dijo él.

—No. No me duele tanto. —Apreté los labios sabiendo que algo no iba bien.

—Vamos a hacer radiografía… y verás que sí —amenazó.

—No hace falta.

—Sí hace falta, sí. —Sonrió.

A mis hijos les dije:

—Es que me duele casi como parir.

A Eva, con once años, no le gusta mucho que yo le asegure que me dolió traerla al mundo. Pero a mí me parece sano hablar de esto. Y hablar de dolor. Porque es cierto que el dolor se acaba olvidando. Vale. Sí. Pero más cierto es que parir duele una barbaridad. Hay mujeres que no usan epidural, que prefieren parto natural. Yo no. Yo rodeada de ruiditos, monitores y lucecitas que me garanticen que todo va bien. Mi madre, la pobre, cuando me tuvo a mí, sufrió una infección que casi se la lleva por delante. Probablemente de ahí me vienen a mí mis miedos al parto, aunque ella lo cuente con una naturalidad aplastante.

—Es que tú naciste sola, mi niña. Sola. Porque era el cambio de turno del hospital, eran las ocho de la mañana. Y como eras la primera, pues yo me aguanté bastante, por no saber, o eso me dijeron al llegar allí, que yo tenía que haber ido antes. Me llevó tu padre en el camión. Y cada bache yo pensaba: «Ay, niño, para, que paro aquí», jajajajajaja. Para que paro, de parir, ¿me entiendes? Y ni epidural ni nada. Qué va. Me dejaron ahí fuera y yo ya sabía que tu cabecita estaba asomando. Cómo no lo voy a saber, ¿eh? Que el

agujerito es mío, jajajajaja. Y a los padres antes los dejaban fuera. ¿Te acuerdas la historia rara aquella de tu tío que no vieron a la niña que parió ella? Le dijeron que estaba muertita. Lo digo así ahora porque hace ya cuarenta años, pero en aquel momento fue rarísimo y fue un disgusto. Qué disgusto. Luego dicen que ella tiene mal carácter. Es que no me puedo imaginar lo que es llegar a parir y luego irte a tu casa sin bebé.

Cuando cuenta la historia mi madre se santigua todo el rato, no vaya a ser que esté ella tocando temas delicados que enfaden a Dios, que contradigan la voluntad de Dios. Dios no lo quiera. Gracias a Dios. Si Dios quiere, son las frases favoritas de mi madre, las que más repite.

—Y por eso tú te llamas Candelaria, ¿sabes? Por la Virgen de Candelaria, que era a quien yo rezaba. A ver, tú te tenías que haber llamado María, como tu abuela o Libertad, como la otra abuela, mi madre. Pero, hija, ¿para que se pelearan? Mejor Candelaria. Y luego del Carmen. Que nunca te gustó porque decías que era un nombre muy largo Candelaria del Carmen, pero luego Antonio Banderas llamó a su hija Estela del Carmen. Qué casualidad, ¿no? Me copió, seguro, jajajajaja. Es que antes se ponían nombres largos. Ahora no. Yo misma: Juana Hemerinda, que mi padre decía que era para llamarme Mery, pero nada, Juana, Juana me quedé. Pues eso, que a los quince días de parirte me habían dejado un trozo de placenta dentro, por las prisas, y estuve un mes ingresada. Me asusté un poco, ¿eh? Esto nunca se lo he contado a nadie. Sí. Pero, oye, aquí estoy. Gracias a Dios.

Yo con el tema del dedo dije:

—Me dolió más que parir y he parido dos veces.

Lo bueno del dolor físico es que se te olvida. Al cabo de muy poco se te olvida. El otro dolor, no. El de los bofetones fuera de tiempo, no. Cuando los recuerdas, la mejilla sigue escociendo. Sube el calor a la cara y las lágrimas a la garganta.

Cuando vi la radiografía de mi dedito gordo del pie derecho, entendí que estaba roto. Suspiré.

—Si es que no sé cómo camina usted —me dijo el doctor radiografía en mano.

—Pues jodida —respondí—, camino jodida.

Me recetó antiinflamatorios varios y llevar una bota ortopédica para no mover el dedo.

—Se cura solo, con reposo.

—No voy a reposar —le dije—. No puedo.

—Usted sabrá. Tardará más en curarse —respondió.

Ya está. Nos hemos acostumbrado a tirar palante y a seguir trabajando pase lo que pase. Yo, desde luego, no puedo pararme a reposar. O quizá no quiero. Pararse implica tiempo para pensar, pensar te lleva a lugares de tomar decisiones. Tirar palante es más fácil. Desde lo del pie Marcus me lleva y me trae a todas partes. Me estoy dejando el sueldo en taxis, pero al menos me hace precio. Y me pone ópera, me explica las arias, me habla de los amantes y los dramas y yo lo escucho y enseguida se me olvida. Pero me encanta.

Falta otra caída. La más absurda, por la que me siento más culpable: me resbalé por la escalera de caracol. Yo solita. La bota no cabe en los escalones estrechos de esta escalera que atraviesa mi casa de arriba abajo como una columna vertebral. Yo tenía que haberme instalado en la planta baja, a pie de calle, pero no hay habitación con cama ni hay ducha, no tengo la casa preparada para envejecer. Se suponía que no debía andar subiendo y bajando escaleras. Soy una tozuda. Estoy en mi habitación, suena el móvil en la planta de abajo y me lanzo a cogerlo, a llegar a tiempo y me resbalo y hasta pierdo el conocimiento.

Vuelo, estoy volando entre nubes rosas y moradas, me habré pasado de rosca con las pastillitas del doctor. Ay, desmayarse está muy bien porque no depende de ti. Y la vida la mandas a tomar por saco y la flotas, «holaaaa», es Snail quien me habla, está subido a una de esas nubes «Snail, por fin has salido de la carcasa. Ay… ¿sabes? No eres Snail, tú te perdiste —pienso—, eres su primo o su hermanastro». Si es que los caracoles se rigen por el parentesco humano. «Este es mi novie», me dice Snail, pero si es una mariposa, creo que te has equivocado y me río. Ay… qué sensación tan intensa, esa de reírse y respirar. Snail es gigante y va a pasarme por encima. «No, Snail, me da asco», digo, o pienso, pero no digo. Snail pasa por encima de mí suave, como si me estuviera masajeando. Sí,

soy la masa del pan, harina y agua, soy la masa madre. Ay, madre sí que soy y siento brisa y veo de repente a la oruga gigante de *Alicia en el país de las maravillas,* pero, pienso, si yo estaba en mi casa, y noto una brisa, ¿es brisa de mar? Y por fin abro los ojos.

Todo es peor: estoy espatarrada en los últimos cuatro escalones de la escalera de caracol de mi casa. La cara de Marcus, la de mi hijo y la de mi hija sobre la mía. Jorge lleva la careta de esgrima.

—¡Aaaaahhhhh! —grito—. Qué susto, por Dios. Ooooohhhhhh —grito de dolor ahora.

Soy consciente del dolor. Eva lleva la camiseta de la jirafa y me abanica con un papel —ah, esta era la brisa—. Y Marcus, con cara desencajada, está llamando a una ambulancia e insiste en que no me mueva. *Stop. Stop* a la vida, por favor. «Parad. Puedo levantarme. Sé que puedo», pienso. Lo intento. No. Ay, por favor, que no me haya roto nada, por favor. Ostras, me duele el codo.

Ese hombre me acompañó a hacer radiografías y esperó en la sala de espera atestada de gente y llamó por teléfono para decir que no podía llevar a un cliente a la T4 del aeropuerto de Barajas, con lo que se gana con una carrera de esas, y pidió a su hija que fuese a su casa en autobús desde el instituto para él llevar la cena a mis hijos, y me vino a recoger, y pasó por la farmacia para comprar lo que necesitaba, y me llevó en brazos, y me instaló en mi salón, pero no lo vi. No vi a Marcus ese día. Le agradecí todo lo que hizo, hacía mucho tiempo que alguien no me cuidaba, pero no lo vi. A él no. Vi que era bueno y bondadoso. Vi su ser. Pero a él no.

De esa caída llevo el cabestrillo y el dolor en la cadera.

Llamé a mi hermana

—Yo así ni quiero ni puedo ir a los Goya contigo.

—Que sí, soltar, tienes que soltar. En un hotel estarás mucho mejor que en tu casa, que no paras nunca. Yo te cuido y, además, escribes tu artículo para la revista y quedas bien con Cayetana.

—¿Pero cómo me visto? No puedo mover el brazo. Tendré que usar muleta. La bota ortopédica es feísima.

—Yo lo arreglo. Tranquila —me suplica mi hermana—. No me dejes sola, por favor.

Ella me consiguió una túnica *oversize,* no sé si llamarlo túnica o poncho o capa o capa-poncho de color rojo. Parecía uno de los Reyes Magos, o uno de los dromedarios de los Reyes Magos. Era una especie de cortina. Voy un poco encorvada. Todo mal. Al menos intentaré que Cordelia me apañe un poquito el maquillaje y el pelo porque, con el codo luxado, el codo del brazo derecho, tampoco puedo hacerme nada sola.

—¿Pero yo para qué vengo? —digo.

—Para apoyarme, *sister.* Para apoyarme, que el chalado del director con el que estoy enrollada ha venido con su mujer, de la que lleva separado dos meses según me contó —me dice.

Menos mal que no bebo porque hoy es el típico día de perderse en el alcohol. Menos mal que no bebo.

Yo estoy pendiente de mi móvil, Eva hará una videollamada justo a las ocho. Lo que no voy a hacer es sentarme en el patio de butacas, estoy demasiado dolorida. Le digo a Celia que la esperaré en la habitación viendo todo por la tele, y por la conexión en directo de mi revista, después de mi accidente, han decidido mandar a dos chicas monísimas, jovencísimas, para hacer la crónica a pie de alfombra, y yo solo tengo que escribir una crónica de la noche de la gala, los *looks,* las películas ganadoras, los momentos más relevantes, las anécdotas. Lo haré desde aquí, como quien teletrabaja.

—Ácida, divertida, con cachondeo, pregúntale a tu hermana cotilleos. Sé tú misma —me pidió Cayetana.

Pero si ya no sé quién soy, cómo voy a ser yo misma. A mi hermana no le importa que no vaya con ella. La conozco tanto, es tan egoísta, que quiere tenerme aquí por si me necesita, pero abajo en el *back stage* le molesto. Lenta, coja y encorvada hoy molesto en todas partes. Parezco el elefante en la cacharrería de la vida. Parezco no, soy. Hoy soy ese elefante. Ahora sé quien soy.

—Te quedas aquí, vale, pero bien atenta al móvil, por favor. —Me pone ojitos de hermana pequeña.

—Voy a estar atenta al móvil, pero por mi hija, no por ti. A ti te conozco, luego te encontrarás a tus amigos y pasarás de mí y harás mucho *show* delante del director y su mujer, te harás amiga de su

mujer para ponerlo a él nervioso y te irás de fiesta. Pero no me importa. Yo aquí, escribiendo y atenta a Eva.

—Ay, mi Eva —me dice—. ¿Cómo le está yendo el viaje?

—Entre mal y muy mal —le cuento—. A ver, me pone mensajes cada diez minutos y llama hasta cinco veces al día, a mí y a su padre, no solo a mí, y manda *selfies* sola, siempre sola. Eso es que no va bien, aunque no lo diga, porque a estas edades tienes que pasar de tus padres, ¿no crees? Nosotras no llamábamos a mami tanto cuando salíamos con el cole. Nosotras nos liberábamos de mami, que es lo que le debería estar pasando a ella.

—Eran otros tiempos. Era otro tipo de relación —me contesta.

—No sé, no sé… Hoy tenían discoteca y fin de fiesta y un concurso de baile o algo así. Y estoy preocupada porque ella, que baila genial, es tan tímida que no sé si se va a atrever a bailar.

Empiezan a entrar wasaps de mi madre: «Manda foto de tu hermana». «¿Has mandado foto de tu hermana?». «No me ha llegado la foto». «Hola, no está en la tele todavía». «Hola». «Hola». «Niña, ¿tú estás leyendo los mensajes?».

Cordelia se ha puesto manos a la obra con mi hermana. Maquilla y peina callada. Parece una mariposa delicada bailando insinuante alrededor de una flor. El vestido rojo palabra de honor está enfrente, colgado del espejo. Dice Cordelia que así se inspira y Paloma ha bajado a comprar unas cocacolas y unos sándwiches. Hay tanta multitud en el hotel hoy que es imposible que funcione lo del *room service*. La gente siempre piensa que venir a esta gala es un planazo, pero cuando estás aquí te das cuenta de que todo es estrés y prisas.

Después de maquillar a Celia, Cordelia tiene que ir a maquillar a otra actriz. Y luego a otra. Tres en una tarde.

Audio:

—Niña, mándame fotos de tu hermana, que luego mis amigas dicen que la han visto primero en Instagram, que yo Instagram no tengo porque no me dejan ustedes. Niño, no cambies la tele, no me cambies de canal que va a salir tu hija. A ver si me saluda. Candelaria, dile a tu hermana que me salude, que nunca me saluda cuando va a estos programas del directo, o que se toque una oreja.

¡Niño! Que eso es *rugby,* que me da igual el *rugby.* Tu padre y los deportes, de verdad, yo un día me divorcio y me voy a vivir contigo. Jajajajajaja. ¿Tú te imaginas, mi niña? Yo no. ¡Niño! Que me pongas la gala de los Goya. Mándenme fotos.

Le mando a mi madre dos fotos: la primera, el vestido de mi hermana aún colgado en la percha; la segunda, yo medio tumbada recostada en la cama con unos almohadones alrededor para sujetar el codo y que me duela menos.

Audio:

—Jajajajajaja. Niña, pareces una seta de esas del bosque de *David el Gnomo*. Jajajaja. Qué risa. Muchacha, no salgas de la habitación, ¿eh? No salgas. Que no te vea nadie así, porque no tienes novio y así no lo vas a tener nunca. Jajajaja. Qué risa me ha dado. Oye, el vestido de tu hermana precioso precioso, qué rojo tan rojo. Me encanta. Se usa el rojo mucho este año. Mucho.

Pongo el audio en altavoz y nos morimos de la risa las cuatro.

—¿Qué goya entregas? —pregunto.

—Canción original —me dice— y nominada Rigoberta Bandini por una canción preciosa de una peli muy bonita que se llama… Ay, no me sale, ay parezco mamá, ah sí: *Te estoy amando locamente.* Tienes que verla con Eva, porque te va a encantar.

—Sssssshhhhhhh —Cordelia pide a mi hermana que se calle. Sigue muy concentrada—. Yo vi esa peli. Sí, sí. Bonita. Importante.

—Cordelia, no te vayas de aquí hoy sin enseñarle la foto a mi hermana.

—Shhhhhhhh —insiste Cordelia—. Qui síííííííí. Yo ensiño foto, piro tú quieta y calla —le ordena.

—Qué misteriosas estáis con la foto esa. ¿Qué foto? —pregunto.

—Última foto mía, con mi padre, mi madrre y mi hermano. Antes de vinirrr a España. Es foto secrrreta. Visto pocas perrrsonas —me cuenta.

Me encantaría ir un poquito a la fiesta para presentarme a Rigoberta, que es Paula, y decirle que me encanta su música y sobre todo que me encantan sus letras y que las bailo con Amy al llegar a casa por las noches en la cocina, preparándome una infusión. Que

mi perra también es fan y se sabe sus canciones o, al menos, yo creo que las canta conmigo.

Qué pereza me da el momento alfombra roja. Tengo que escribir, sé que tengo que escribir. ¿Por qué me cuesta tanto? En cuestión de segundos Celia Costa, la actriz, está lista. Ya no es mi hermanita, está preparada y se embute en el vestido y llaman a la puerta para que baje a recepción, que los autobuses están listos para llevar a los invitados, y Cordelia huye hacia otra habitación y Paloma la persigue. Todo sucede muy deprisa. Se recogen maquillajes, cremas, pinceles, potingues, artilugios para peinar, cepillos, lacas. Me conmueve la pareja de mujeres, se ayudan y se ríen y se hacen caricias casuales cuando una pasa cerca de la otra.

Yo me tomo mi antiinflamatorio. Cordelia me ha hecho un moño bajo con mucha laca y me ha regalado otro labial rojo para… No sé para qué…

—Arribita, tú arribita. Nunca se sabe —me dice.

—¿Nunca se sabe qué? —me río por no llorar.

Escribo un mensaje a mi hermana que no sé ni siquiera si verá: «Celia, manda foto a mami, que me tiene loca. Estás bellísima bellísima, pisando fuerte en esa alfombra roja».

Sé que mi *sister* agradecerá este mensaje, lo vea cuando lo vea. ¡Mierda! Pienso que, otra vez, me he quedado sin ver la foto misteriosa de Cordelia.

Puff, qué sueño. Me tumbo en la cama con el ordenador abierto y la *tablet* y el móvil y la tele encendida. Ay, mi cadera, me coloco de lado, no sé ya ni qué parezco. Empiezo a apuntar en mi cuaderno, oigo que las chicas se alejan, pasa todo muy rápido.

Pi. Pi. Pi. Pi. Pi. Pi. Pi. Pi.

Abro los ojos de sopetón. Ay, las pastillitas, me he quedado dormida. ¿Qué suena? ¿Qué suena? ¡Son las ocho! Videollamada de Eva. Eva, Mallorca, viaje, fiesta. Me voy a restregar los ojos. Mierda, el cabestrillo, ¡qué dolor!

Descuelgo. Ante el móvil un batiburrillo de niñas pasando por delante de la cámara y por fin Eva enfocada. Muy cerca. Muy distorsionada. Se ve un ojo, una boca. Me da risa. Qué mona. Se aleja y veo el *outfit*.

—Pero, mi amor, ¿de qué vas vestida? —preguntó boquiabierta.

No reconozco a Eva. Mi Eva tiene una sonrisa de oreja a oreja, está con dos amigas y un chico moreno de ojos negros muy vivos; es como de la altura de mi hija. Es pequeño para lo altos que están los chicos a estas edades. Están rociados con purpurina, llevan peinados con coletas y lazos y Eva lleva puesto, a ver que lo vea bien, lleva puesto…

—Eva, mi amor, échate para atrás para que yo te vea bien.

Lleva puesto un top, un *crop top.* Una pieza pequeña de tela que deja ver su ombligo y que claramente le queda grande. Pero que no es una camiseta *oversize* ni la de la jirafa ni la de la tortuga que le compró mi madre, aunque le dije que no la comprara.

—Mami, me lo ha prestado una amiga. Jajajaja. ¿Sabes quienes son las Spice Girls? —me pregunta muerta de la risa.

—Claro, mi vida, cuando yo me fui a Irlanda, la gente me decía que yo era la deportista, la Spice deportista, que no me sale el nombre ahora, por mi pelo rizado y mi piel morena. Vamos que las Spice…

—Ha pasado una cosa, mami, pero no te enfades. Jajajaja. Quita, quita. —Hace aspavientos para que los demás en la habitación la dejen hablar conmigo.

Parece de verdad una habitación de adolescentes, risas, efervescencia, música de fondo, todos los colores del arco iris.

—Te lo explico rápido, mami. Teníamos que hacer una actuación, un baile con una canción, y Luis quería hacer a las Spice, la canción esa de *I'll tell you what I want, what I really, really want…,* y claro, cada uno somos una Spice, y Luis se puso a mover las caderas, así…

Baila delante de la pantalla. Me muero de risa y de ternura.

—¿Te has pintado las uñas?

Estoy anonadadamente feliz. Yo solo deseo que esta llamada esté pasando y no sea producto de mis ensoñaciones a raíz de los antiinflamatorios que estoy tomando. Sé que está todo bien allí en Mallorca porque mi cuerpo, aunque dolorido por los golpes absurdos que me he dado últimamente, no me da señales de que ella no esté bien. No me recorren escalofríos, no me duele la barriga. Por

primera vez en mucho tiempo siento en mi cuerpo que está todo bien.

—Sí, sí, mami, las uñas también. Están fatal pintadas, pero me las he pintado. Jajajajaja. Pero, espera, mami, que no he acabado. Ha llegado Rosario y le ha dicho a Luis que él no. Que él no puede ponerse purpurina ni falda. Ni bailar con nosotras así. Por eso. Quita, Dani, quita. Jajajajaja.

Aparta a una amiga que está detrás de ella y le coloca un collar de bolas grandes de colores a mi hija. Mi hija con un collar de cuentas gigantes y fluorescentes.

—¿Qué dices, Eva?

No quiero que note lo enfadada que me estoy poniendo.

—Por eso nos hemos puesto purpurina todos, mami, todos y todas. Jajajaja. ¿Te gusta? Todos los chicos y chicas y vamos a bailar la canción. Todos. Bueno, las otras… Ay, tengo que contarte muchas cosas, mami. Me fui de la otra habitación. Pero superbién, mami. Súper. Súper. Súper.

—Disfruta, mi amor, y baila, baila, baila mucho.

Eva cuelga.

Quiero saltar. No puedo por la bota y el codo y la cadera. Pero saltaría de alegría. Entonces pasa. Me he despistado. Me he despistado de los Goya, tenía la tele de fondo y subo el volumen. Hay un revuelo, hay más gente en el escenario. Está mi hermana como agachada y Rigoberta/Paula con ella. Espera. Suena mi móvil. Es mi madre. Se corta la emisión de la gala. Se van a publicidad. Cojo el móvil.

—Mami, ¿todo bien?

—Todo bien no, no todo bien. ¿Cómo va a estar bien con tu hermana en la tele enseñando las tetas? ¿Por qué tiene que ser mi hija siempre la más moderna? Y se ríe. Encima se ríe. Y luego las dos. No eran poco dos tetas. Que va, mejor cuatro. Cuatro tetas en la tele a la hora que más gente ve la tele. Mira, mira. Tu padre dice que no importa, que qué bien. Pero yo luego voy a la peluquería y en la peluquería hablan todas que si tu hija parriba, tu hija pabajo… Que solo se habla de la mía porque la mía es la que sale en las revistas…

—Mami, te pongo en altavoz, es que no he visto nada. Lo busco. Lo busco en la plataforma. Yo estaba hablando con Eva —acierto a intercalar.

Mi madre no ha parado de hablar, no sé ni si me ha escuchado.

—… le dije que el palabra de honor ese me parecía grande, cuando vi la foto, que me mandó una foto, menos mal, ANCHO, que yo para coser tengo muy buen ojo, que yo en la tienda vendía calzoncillos a ojo. Las clientas no se podían creer que yo acertara con la talla de los calzoncillos de sus maridos. El «palabra de horror», así lo llama tu padre, es muy peligroso. Que a ver, tu hermana tiene los pechos preciosos, ¿ella se operó los pechos? Esto me lo tienes que contar. ¿Se operó los pechos sin decirme nada? Que no pasa nada. Que yo sé que ustedes tienen sus secretos de hermanas. Pero una operación me parece feo que no me lo contaras. Y luego la otra, la cantante, sacarse las tetas también no lo veo. Que muy modernas, muy modernas, pero que esto es la tele. Y gritaban algo de pipel, pipel, pipel. Esa chica tiene ya la canción de la teta, ¿no? Pues ya está. No hace falta que todo sea de mamas. Y los dos hombres también abriéndose la camisa. Que dicen que es el marido de ella. Pero ¿quién es Paula? ¿No es Roberta? ¿Roberta Bandide? Dice tu padre que iba a ir a Eurovisión…

—Mami, te dejo. Es que no he visto nada. Se supone que debo verlo, que luego lo tengo que escribir.

Yo estoy feliz. Yo he visto a mi hija revolucionada perdida, excitada con la idea de cantar y bailar bañada en purpurina y estoy eufórica, y me da igual lo que pase en los Goya. Me preocupa más la directora de un colegio diciendo a un chico de doce años que no puede bailar como las Spice. Eva llevaba puesto un *crop top* que le había prestado una amiga. La felicidad de una madre es un *crop top* prestado.

—¿Y con quién hablo? —me pregunta mi madre—. ¿Con quién? ¿Esto no será un *casting* de esos de tu hermana, como cuando se disfrazó de indigente y se puso en la puerta de nuestra tienda? ¿No te acuerdas? Toda sucia y oliendo mal. Que mis clientas la conocían, porque ella se pintó los dientes de marrón, pero era ella misma, y yo…

Estoy dando para atrás en la retransmisión en directo en la plataforma de Radio Televisión Española, y metiéndome en Twitter que seguro que ya habrá memes.

—Mamá, por favor, calla un segundo que necesito ver qué ha pasado —le suplico.

—Ah, ¿que no lo has visto? Tu hermana se ha puesto tan contenta que ha levantado los brazos con el goya en la mano y se le han salido las tetas del vestido. Las dos tetas. Se le ha quedado como una falda el vestido. Guapísima, ¿eh? La gente ha gritado. La que recibía el premio se ha reído y se ha bajado su vestido también. Ha dicho no sé qué de cruá y cruá, que no sé qué es eso, ¿verdad, niño?, y algo de que las tetas dan miedo. Más gente del público, hombres y mujeres, no te creas, ¿eh?, hombres también, han empezado a sacarse pechos, venga de pechos en la tele, y se ha cortado. A publicidad. A publicidad. Y aquí estamos viendo anuncios. No sé si van a volver o estarán ya todos desnudos en la gala. Es que los actores, de verdad, como están acostumbrados a las escenas esas sexuales de todos con todos y todos con todas…

—Mamá, calla, por favor. No te cuelgo, pero calla —le digo.

—Vaaaaaaale, pero no me cuelgues y dime si puedes hablar con tu hermana, que a mí no me coge el móvil. Me quedo aquí, ¿eh? No cuelgo, estoy aquí, cuando puedas me hablas. Me quedo aquí, calladita, sin molestar. Niño, de verdad que no me cambies al *rugby,* que quiero saber qué pasa.

Mi madre no calla. No calla.

—Pues, mami, eres *trending topic* —le digo—. Qué fuerte, mami.

—¿Qué? ¿Qué es propic?, ¿qué soy? Lo que me faltaba a mí. ¿Eso qué es? ¿Eso es malo? —me pregunta.

—Ni malo ni bueno, es el *hashtag* #quevivalamadrequeparioaCeliaCosta que se ha convertido en *trending topic.* A ver, es bueno, sí, mami, esto es bueno. Y pipel es *Free the Niple*, que es un movimiento para que se puedan ver los pezones, mami.

—Y por qué no lo dicen en español. Qué manía de verdad. Pezón. Pues pezón.

—Cruá, cruá, ¿puede ser Delacroix? Es de la canción de Rigoberta. Qué fantasíía, mami. ¡Qué fantasía!, te tengo que colgar. En cuanto localice a Celia te cuento.

—Ay, mira, ha vuelto la gala. Adiós adiós. Me avisas. Ay, qué guapa Maribel Verdú, ay, qué guapa. ¿Ves? Ella no lleva palabra de honor. Ella siempre va impecable…

Cuelgo. Por fin cuelgo. Tengo el momento para verlo. Me tomo unos segundos. Recoloco los almohadones en la cama. Reviso el móvil. Eva ha mandado una foto de sus amigas imitando a las Spice y está Luis también con ellas. Con purpurinas y peinados locos y *crop tops.* Al cole voy, a protestar por lo que le han hecho a este niño. Menos mal que mi hija me lo ha contado. Al cole voy. Porque con Jorge no me enteré de nada, y desde que me lo contó pienso una y otra vez que yo podría haber hecho más, que podemos hacer más. Mi hermana no se ha conectado a su móvil. Espero que esté bien.

Le doy al *play*. Una voz en *off* anuncia a las tres actrices que van a subir al escenario. Tres mujeres para entregar el goya la mejor canción original. Una dice:

—Las nominadas son…

Otra:

—El goya es para…

Y la tercera abre el sobre y dice el nombre. Mi hermana sujeta el goya. Creo que lo hace siempre para tenerlo en sus manos un ratito.

—Y el goya es para Rigoberta Bandini por *Yo solo quiero amor.*

Y entonces mi hermana, la actriz, se sobreactúa, entiendo que para destacar por encima de las otras dos levanta los brazos, sujetando el premio y se le baja el vestido. Conozco su cara, está pensando «el goya no lo suelto, el goya no se cae al suelo». De los aplausos la gente pasa al ooooooohhhhh. Paula Ribó se lleva las manos a la boca y ríe con fuerza, está eufórica, y casi sin pensar se baja su vestido también. Yo me río a carcajadas. Paula está a punto de empezar su discurso de agradecimiento, en tetas; los dos hombres que han subido con ella al escenario se abren sus camisas también. Y cuando está a punto de hablar, se va la conexión en

directo. Corten. Jajajajajaja. Solo son tetas. Por favor, solo son tetas. Qué bonitas las tetas.

Reviso los vídeos de la alfombra roja. Le quito el volumen, estoy harta del ruido. Cuánto ruido hay hoy en día en todas partes. Nos persigue el murmullo de la masa, es muy difícil ser diferente. Es muy difícil buscar silencio. Espacios de silencio. Miro a mi alrededor y sé que dormiré sola. Que Celia encontrará una fiesta y que Cordelia y Paloma están disfrutando de la habitación en el hotelito de al lado. En el que alojan a los que no son actores ni directores. A los que no son.

Apago la tele. El lunes iré al cole de Eva. No voy a escribir a la madre de Luis, aunque creo que tengo su número de WhatsApp. No quiero preocuparla. Al cole voy yo. Tengo que entregar la crónica de los Goya y no he visto nada. ¿Hablo de los pechos de mi hermana? Me río mentalmente. Me desabrocho la bota. Coloco dos almohadones debajo de la pierna. Me quito el cabestrillo también con mucho cuidado. Me saco la túnica/poncho. Estoy tumbada en una cama gigante de edredones esponjosos en bragas y sujetador. Me quito el sujetador. Yo también, a solas, en tetas. Me cubro con el edredón. Cojo mi *tablet* y escribo a Cayetana:

> Querida Cayetana:
>
> Esto debería ser una crónica de moda, de *looks* divinos y *looks* no tan acertados de la Noche de los Premios del Cine Español. Pero no lo es. Llevo unos meses con mi cabeza en otro sitio y no es justo seguir yendo a la redacción cuando este trabajo ya no me gusta, no me motiva. Me aburre el *beauty,* me aburren las entrevistas. Han sido quince años maravillosos. Pero ya está. Necesito irme. Necesito cambiar. Renunció a mi puesto de trabajo. Presento mi dimisión.
>
> Gracias, gracias, gracias por todo.
>
> Candelaria Costa.

Le doy a enviar.

Me sumerjo en los almohadones que protegen mi pie y mi codo. Tengo que dormir boca arriba.

Escribo un mensaje a mi *sister:* «Maravillosa hoy en la tele, querida mía. Te adoro. Yo me duermo ya».

Entro en mi chat de WhatsApp con Marcus. Busco una de las óperas que me manda. Leo sus descripciones. *Voi lo sapete, o mamma.* Marcus escribió: «Es una mujer cantando a la madre de su amante, su amante la abandona, ella confiesa, se lo cuenta a la madre de él. De *Cavalleria rusticana»*.

¿A la suegra? ¿Será por el idioma que Marcus lo ha escrito mal? O sea, ¿la mujer enamorada se queja a su suegra? No entiendo las óperas, pero sí las músicas. Las músicas me gustan. Yo respondí: «Gracias, Marcus, qué bonito, ¿mañana recoges a Jorge de esgrima, por favor?».

No entendí nada y lo peor, no lo escuché. Ni siquiera lo escuché. Pero lo voy a escuchar ahora. Quizá yo vaya a abrir la puerta de mi armario también. Quizá. Me dejo caer en los pensamientos del mar. De la música y de mi mar. El que me calma. El que me hace descansar.

Pi, pi.

Entra un mensaje y se para la música. Sigo sin poner en silencio los wasaps. Será mi hermana, o mi madre o Eva.

Mensaje de Sonia, la madre de la otra Eva, la que nunca contestó cuando le pedí que mirara el móvil de su hija porque había hecho daño a la mía. «Hola, Candelaria, espero que estés bien. He tardado en contestarte porque quería que me lo contara mi hija. Lo ha hecho. Y ahora que me lo ha contado sé que tiene mucho que trabajar. Espero que algún día ellas, las dos Evas, puedan juntarse desde otro lugar, y por mi parte voy a trabajar con mi hija para ayudarla, y que esto no vuelva a pasarle en su vida. Un besito muy fuerte para vosotras dos».

Respondo a Sonia: «Te agradezco mucho que me escribas este mensaje. De verdad. Besos a vosotras dos también».

No, espera. No doy a enviar. Espera, que estoy volada. Ay, lo reescribo, porque ella ve que estoy escribiendo, sí, ella está en línea. Ay, qué a gustito entre estas sábanas. Me encantan las sábanas de los hoteles ¿cómo lo harán? Son esponjosas como las nubes, uy las nubes… qué sé yo cómo son las nubes…

Respondo otra vez: «Sonia, estoy en los Goya y ha sido una noche larga. Gracias por tu mensaje, en estos días te respondo con calma».

Venga, enviar. Así, sí. Así no la dejo en leído.

Qué sueño tengo. Mañana revisaré el móvil, comprobaré que esto ha pasado, esta conversación, que no es otra ensoñación. Vaya día bonito el de hoy.

18
La madre justiciera

Sigo enfadada, pero sobre todo voy pensando cómo afrontar esta conversación. No puedo conducir todavía, decido ir andando hasta allí, arrastro la bota ortopédica por la calle, camino con muleta y aún llevo el cabestrillo.

Avanzo entre madres, padres y niños y niñas gritones, ruidosos, maleducados. Llevo mi propia banda sonora: clac, cloc, clac, cloc. Bota, muleta, bota, muleta. Soy la nueva villana de Warner, Patabota me llamo, aunque aún no sé si escondo algún superpoder, desde luego se me han cargado las baterías con indignación y cabreo, a ver si consigo transformarlo en algo bueno. Además, me ha dado por vestirme de negro, es lo más fácil de combinar y la única prenda que puedo usar para protegerme del frío es una capa, negra también; es imposible mover el brazo y meterlo en la manga de ningún abrigo.

Como sigo sin poder levantar el codo para peinarme, el pelo va revuelto, lo tengo largo y rizado, salvaje y con raíz de canas; las canas aparecen de un día para otro, te recuerdan la vida, aunque cada vez hay más mujeres que se atreven a lucirlas, yo no me veo aún, yo sigo tiñendo mis años. Soy un cuadro de Munch. Soy la chica de *The Ring* saliendo de la tele. Doy miedo y me encanta.

Voy tan cegada por mi objetivo, hablar con Rosario, la directora del cole de Eva, que no me fijo en las caras de los demás, solo veo

gente que se cruza conmigo. Solo soy capaz de ver la masa de gente en la puerta del colegio. Sé que Eva tiene su clase de pintura ahora al acabar las clases los lunes, así que con ella no me voy a encontrar. Mejor, no sé si se avergonzaría de mí. Esto pasa, a los adolescentes sus padres, en la puerta del cole, les damos bastante vergüenza.

—Candelaria, ¿eres tú? —dice alguien.

Es Ana, me mira como cuando a la protagonista frágil y desvalida de la peli de terror se le aparece la bestia. Es Ana, la madre de la niña que tan amable fue cuando llegamos al cole y que luego me sacó del chat de madres en cuanto mi hija contó algo que no les gustó. Contó que le gustaban las niñas. O me sacó del chat, o creó uno nuevo, pero a mí nadie me ha vuelto a invitar a una merienda y a Eva tampoco.

—Madre mía, ¿qué te ha pasado? No te reconocía con esos pelos tan largos y con tanta cana. Qué valiente dejarte la cana tan joven —me suelta tan maja ella.

En la puerta del cole una recibe muchas veces el piropo/insulto, te dicen una barbaridad, pero disfrazada de halago y con gran sonrisa.

—Oye, las niñas ya no quedan, ¿eh? ¿Eva está bien? ¿Está contenta en el cole? —me pregunta.

A ella la veo completamente distorsionada, su boca ocupa toda la cara y habla con efecto de altavoz roto y hueco y lento. A mí, seguro, me está saliendo humo por las orejas. Estas niñas de once y doce años, todas ellas, se están portando mal con mi hija otra vez y yo lo sé. Sigo frente a la pija/zorra amable, agarradita a su bolsazo, peinadita de manera perfectamente tradicional, con el maquillaje justo, ni más ni menos, y su sonrisa Invisalign recién estrenada. Respiro y digo:

—¿En serio?

A ella se le cambia la cara y se le congela la sonrisa y detecto un pequeño tic en la comisura derecha del labio.

—¿Perdona? —acierta a decir.

—Que si EN SERIO tienes la osadía de preguntarme si las niñas no se ven cuando a Eva la han sacado del chat de su clase y ya no la invitan a nada y vosotras, las madres, me habéis sacado a mí

también de vuestro absurdo chat de madres. Aunque bien pensado: eso que me ahorro —digo del tirón—. Perdona, tengo prisa.

Por dentro tiemblo. Por fuera no.

Giro sobre mí misma en un alarde de carácter, olvidándome de la muleta, la bota y el cabestrillo, y me duele el codo a rabiar. Levanto bien la barbilla. Menos mal que a mi cuello no le pasa nada y me permite caminar digna. Me quejo internamente, no he medido la fuerza y he girado con demasiado impulso, pero a esa mujer la dejo plantada en medio de la calle y me voy. Clac, cloc, clac, cloc. Se escuchan mis pisadas como se escuchaban las espuelas con estrellas en las películas de vaqueros justo antes del duelo final. Cuando llega el bueno que saca las pistolas más rápido que el malo. Pero el malo tiene pistolas que son mejores y muchos amigos en el pueblo que le apoyan y jalean antes de disparar. El bueno está solo y casi siempre gana el bueno. Pero a solas. A ver, así me veo yo, en mi cabeza soy la villana redentora con su melena al viento. En la puerta del cole debo parecer una pobre indigente a punto de extender una lona en el suelo y pedir limosna. No importa. Tengo la determinación de una madre. Punto. Y entonces sucede.

—¡Maricaaaaaaaa! —Oigo.

Yo no me lo puedo creer.

—¡Maricaaaaaaa!

Nadie se inmuta. El chaval al que han llamado marica sigue andando y se ríe, risa floja, como risa nerviosa, desbocada, incoherente, una de esas risas que tapan, que disimulan. Es bajito para la altura de las dos chicas que le acompañan, es bajito, moreno. ¿Es Luis? El nuevo amigo de mi Eva. Una de las chicas se gira y grita fuerte:

—No te pases.

El niño al que han llamado marica en tono de insulto la agarra del brazo y le pide que siga andando, que se dé la vuelta. Los tres llevan una pulserita fluorescente en la muñeca izquierda. Una pulserita igual a la que trajo mi hija del viaje a Mallorca. Yo me disocio. En ese momento me salgo de mi cuerpo dolorido y sobrevuelo la puerta del colegio. El chaval que ha gritado marica es, sin lugar a dudas, el «chuleta de la clase», así los llama Eva, el guay, el gracioso que se

burla de los demás, ácido, listo, mordaz. Seguro que saca buenas notas, seguro que tiene dinero, seguro que se cree superior. Es rubio y de ojos azules y es enclenque, parece una lagartija. Idéntico al no-amigo de Jorge que le dio con una comba de madera en la cara y casi le rompe la nariz, que lo acorraló en las duchas y le pegó con su propia ropa mojada.

Estoy volando, agito mi capa negra y vuelo observando cómo ese grito, ese insulto, no ha modificado en nada el paisaje de la puerta del colegio, todos hacen como que no han escuchado el grito, pero todos han escuchado el grito. Siguen subiéndose a sus coches, dando las meriendas a sus hijos, la vida sigue ajetreada y rápida y yo vuelvo a aterrizar en el asfalto, acelero el paso, clac, cloc, clac, cloc, agarro al chaval por el codo, con dolor, porque me doy cuenta de que lo he agarrado con el brazo que tengo en cabestrillo. ¡Ah! Patéticamente me lo cambio de brazo, pero es que en el otro llevo la muleta. Da igual. Tiro la muleta al suelo. Una niña me mira boquiabierta.

—¿La ayudo, zeñora? —dice.

Pero yo avanzo hacia el despacho de la directora. Pili, la secretaria, me ve cruzar y me persigue un poquito.

—¿Pero dónde vas con Alberto?

—Oiga, oiga, ¿quién es usted? Oiga. Que tengo que ir a fútbol. Oiga —me increpa el chico mientras se revuelve e intenta zafarse.

A mí me da igual Pili, ahora soy la villana que siempre quise ser, la vengadora, la Zorra compinchada con el Zorro, la que se toma la justicia por su mano. Llamo a la puerta fuerte. Detrás de mí hay una niña chiquita, la que me ofreció ayuda en la calle, me trae la muleta que solté con fuerza y sin darme cuenta.

—Zu muleta, zeñora —dice, jadeando, ha tenido que correr. Me encanta que cecee.

Me agacho para estar a su altura, *auch,* me duele la cadera, pero al rubio no lo suelto. No. Con la niña me muestro superamable; con el niño, tajante.

—Gracias, preciosa —digo disimulando mi cabreo—. ¿La podrías dejar apoyadita en ese banco? Con el cabestrillo no puedo sujetarla.

—Claro, zeñora, ¿qué es un cabeztrillo? —me pregunta con los ojos gigantes.

—Esto —le muestro mi codo envuelto en felpa negra.*Auch,* me quejo otra vez.

—Oye, mi padre me está esperando para llevarme al fútbol —me increpa el rubio.

—Pues que espere —digo.

Golpeo otra vez la puerta. Con el cabestrillo, porque al tal Alberto no lo suelto, aunque me duela. Sé que si se escapa no lo volveré a ver. Correr tras él me resultaría imposible. Insoportable. Rosario abre la puerta. Con ella fue con quien nos entrevistamos para entrar en este centro, nos pareció una mujer clásica y amable. En sus sesenta, vestida con jersey de cuello vuelto marrón y falda negra, zapato plano, olor a colonia de bebés, pelo echado hacia atrás en un moño bajo. Pelo con falta de algunos lavados. El mío también, para qué engañarnos. En mi estado, no puedo lavarlo sola, tendré que ir a la peluquería y aún quedan restos de la laca que usé en los Goya. Rosario me recibe con sonrisa de carmín rojo, el carmín contrasta con todo lo demás y le da un punto de luz. Ella sonríe, hasta que descubre al chico a mi lado. Se le cambia la cara.

—No me suelta la loca esta —dice el rubio.

—Más respeto, que vengo a ponerte una denuncia. Quiero que te pongan un parte por gritar a un compañero en medio de la calle y llamarlo marica. Estoy segura de que en las normas del colegio esto no se puede hacer.

—Por favor, suéltelo, que su padre es muy muy… influyente —me suplica la directora.

—Tutéame, Rosario, que vengo a liarla —le digo.

—Pues suéltalo, Candelaria, te lo ruego.

Suelto al chaval. Sale corriendo. Huyendo de mí.

—Estaré atenta —le grito—. Quédate con mi cara y mi bota y mi muleta. Porque estaré atenta. Si vuelves a gritar algo parecido a alguien, te denuncio ante la policía —lo amenazo.

La niña se ha quedado patidifusa observando todo. Me mira y sonríe. Tendrá siete u ocho años, pero ella ya sabe. Agarra la muleta, me la acerca y dice:

—La muleta, zeñora. Grazias. —Y se va.

Entro en el despacho. Parece un despacho de cuando yo iba al cole, de mi cole. Fotos de orlas de hace veinte años. Se reconoce a Rosario en todas ellas. Lleva siendo la directora treinta o treinta y cinco años por lo que veo. Toda una vida. Manualidades llenas de polvo, dibujos de exalumnos con bellas dedicatorias, agradecimientos y fotos con los niños y las niñas más destacados de cada promoción. En estos despachos nunca hay un recuerdo de los alumnos o las alumnas que lo pasaron mal, que no contaron que les aislaban en el patio, que les insultaban por lo bajini, los que se fueron frustrados, a los que acosaron. Ni siquiera fotos de los que no llegaban a aprobar las asignaturas, a pesar de esforzarse. Nada. Estos no aparecen en ningún sitio, cuando deberían ser los héroes de guerra a los que se les hacen monumentos en las plazas más importantes de las capitales. Los supervivientes de esta etapa dura que es la adolescencia. A mí me deja boquiabierta que todo me recuerde tanto a mi infancia, hace ya casi cuarenta años que yo iba a un colegio igual que este, aterradoramente igual que este. ¿No ha cambiado nada aquí dentro? Cuando nosotros y nuestros hijos y la sociedad ha cambiado tanto.

Rosario me invita a sentarme en una silla frente a ella.

—Me quedo de pie. Me duele la cadera y voy a ser rápida.

—¿Qué ha pasado con Alberto? —me pregunta.

—Le ha gritado marica a un niño, a un chaval pequeño y regordete. Estaba cerca de mí y lo agarré, pero me habría gustado agarrar a todos los padres y a todas las madres que escucharon como yo y no hicieron nada. Porque podemos hacer más, Rosario. Es que podemos hacer más.

—Pero eso son tonterías de niños, no hay que darle importancia y entonces se les pasa —me contesta.

—No. No. No —digo seria—. No. No. Es todo lo contrario. Si no paramos ese grito, usado como insulto, irán a peor. Es fundamental parar ese primer grito. Nosotros, los padres, podemos hacer más, pero es que en el colegio también se puede hacer más. Podemos educar en tolerancia y respeto. Podemos y debemos dar una educación que hable de géneros, de identidad de género, y utilizar

con naturalidad la palabra gay, homosexual, lesbiana, trans, *queer,* fluido, no binario. Celebrar el Día LGTBIQ+. Celebrar el Orgullo en los colegios para hablar de todo eso que no se habla y que entonces no existe y si no existe, lo transforman en burlas, faltas de respeto e insultos, porque es un tabú. Y no me digas que el día del Orgullo cae en julio, en verano, porque lo tengo todo pensado.

Le suelto un rollo muy interesante a Rosario, la acuso de decirle a un chico de doce años que no puede ponerse un top o que no puede bañarse en purpurina para ir a una fiesta. Le digo que ella debía haberse puesto purpurina también, que yo lo he intentado pero no puedo por el puto cabestrillo —digo puto, sí, y noto su expresión torcida, como quien de repente huele un pedo—. Le hablo de Gloria Fuertes. Que no se ponía purpurina pero hacía lo que le daba la gana. Le digo que el día 27 de noviembre de 1998 murió una mujer que fue libre y defendió el amor libre y tuvo una novia americana, así de moderna era ella y que ese día sería maravilloso que todos los niños y niñas y niñes —que ella creo que no tiene ni idea de que en su colegio hay niñes, porque seguro que hay algune, aunque no se atrevan a decirlo, no sé ni si sabe que te puedes llamar niñe— todos, todas y todes podrían ir vestidos con los trajes de chaqueta de sus madres o padres y corbatas de colores y probar de una vez por todas a ser iguales, a sentirse iguales. Le exijo que celebre el día del orgullo LGTBIQ+, que si se celebra el día de la paz y el día de las mascotas, el día de los abuelos, el día contra el hambre, el día del deporte, Halloween, el Carnaval, deberíamos celebrar la diversidad de una vez por todas y enseñarla bien a los alumnos. No como a mí, que me educaron las monjas y no hablaban de nada que les diera vergüenza a ellas, que las pobres no habían vivido un carajo —sí, digo carajo también y a ella se le vuelve a torcer el gesto—. Le digo que yo he tenido que aprender sola. Le cuento lo del caracol, que tenemos que mirar más a la naturaleza porque el caracol es hermafrodita y el caballito de mar se embaraza el macho. Le cuento que Eva tiene un caracol en el armario y que los armarios los tenemos todos y que yo no sé cómo salir del mío, aunque mi cuerpo me está avisando de que algo va mal porque me tropiezo con todo y me rompo hasta el dedo gordo del pie derecho, y que al menos ya

he dejado el trabajo. Como si a ella le importara, le cuento que Gloria Fuertes tiene un poema que se llama *El caracol herido* y que así me siento yo hoy, herida y perdida. Y ya no sé qué más contarle porque ha pasado la hora de tutoría y esa mujer no va a arreglar mi vida, por mucho que yo le cuente lo mal que va ahora mismo.

Rosario me mira y traga saliva.

—Es que a mí me pilla mayor. Quizá cuando yo me jubile. Ya veremos. El que venga nuevo seguro que hace más que yo. ¿No crees? A mí me gusta hacer las cosas como siempre.

Pienso que me he vuelto a equivocar. Que tengo que sacar a Eva de este colegio y buscar otro. Pero me jode profundamente que siempre se vaya el agredido, el diferente, al que aíslan. Me jode que no se vaya el Alberto de turno, y me pongo a llorar.

—Ay, hija, no llores, que no es tan importante.

—Sí lo es —digo hipando como una niña pequeña—. En los colegios empieza el cambio, Rosario, en los colegios.

Hay un silencio que solo ocupa mi llanto, llanto azul y triste, llanto desconsolado.

—Pues lo voy a hacer —dice tajante.

Se me corta la respiración.

—¿Perdona? ¿Qué has dicho?

—Que lo voy a hacer. Que yo también tengo nietos, y yo qué sé. Que las cosas cambian y que yo quiero aprender. Eso sí. Tengo que proponerlo al APA.

—Mira, esa es otra. Cómo puede ser que se siga llamando APA. ¿Y las madres? Es que yo he llegado a este colegio un poco por casualidad, porque veníamos huyendo de otro. Pero no. No se puede excluir a las madres en el nombre de la asociación que ayuda a los alumnos. Me niego. Esa era otra de las cosas que quería pedirte.

Me pica el dedo del pie, debajo de la bota. Necesito una aguja de tejer para rascarme. Y me estoy haciendo pis. Pero ¿por qué no hice pis al salir de casa?

—También tienes razón en eso. Pero es que tengo ya impresos muchos folios y sobres. No los voy a tirar. Y en los sobres pone APA.

Vuelvo a llorar.

—¿Qué tipo de argumento es ese, Rosario?

Ya está. Me voy.

Abro la puerta y salgo a duras penas, la bota se engancha con una lana de un gatito tejido a *crochet* y arrastra la papelera del despacho con un sonido estruendoso. Me agacho, pero la lana se pega al velcro del cabestrillo y ya no sé cómo desliarme y pienso que es un símil de lo que acaba de suceder aquí hace un momento. Yo he cogido una madeja de lana, un ovillo de problemas y lo he plantado encima de la mesa de la directora y creo que ella no va a hacer nada. En el fondo de mi alma, creo que me ha dicho que sí, pero es un no.

—Perdón perdón. La que estoy liando con la bota.

Ella no se mueve. Creo que le gusta la escena, la está disfrutando. Me hago pis y no tengo ni idea de dónde está el baño.

—Mami —escucho.

Es Eva. Se ha quedado sentada esperándome. No sé leer su carita. Creo que está seria, pero sus ojitos brillan, vivarachos, como cuando está a punto de estallar en una carcajada.

Cloc, clac, cloc, clac, me acerco a ella.

—¿Me indicas dónde está el baño, mi amor?

—Claro.

Se levanta, tiene en la mano su carpeta de dibujos.

—Mami, llevas un gato de *crochet* pegado al codo.

—No me lo puedo creer —le digo—. ¿Se lo devuelves tú mañana a la directora? Seguro que es un regalo de alguno de sus exalumnos.

—Claro, mami.

Cloc, clac, cloc, clac, mi banda sonora particular resuena por el pasillo con las paredes atestadas de dibujos y manualidades y fotografías de épocas pasadas. Los peinados, cardados, tupés revelan la promoción antes de identificar el año en el pie de foto, que además no veo, porque no me he traído las gafas.

—Eso son los ochenta, seguro. Mira las hombreras de Rosario. Cuánto daño hicieron las hombreras, hija mía. Yo me las ponía hasta debajo de las camisetas, enganchadas al sujetador. Parecía un jugador de *rugby* americano. Más contenta que iba yo. Menos mal que no había Instagram y no queda apenas recuerdo.

Cloc, clac, cloc, clac.

—Qué lejos está el baño, ¿no? —digo.

Cloc, clac, cloc, clac.

—Qué miedo dan los colegios vacíos. ¿No te parece?

Cloc, clac, cloc, clac. Solo hablo yo.

—Mami, eso que has hecho está fatal.

Ahora me toca a mí escuchar.

—No puedes agarrar a un chico en la calle y meterlo en el despacho de Rosario. Menos mal que lo soltaste antes de que llegara su padre.

Cloc, clac, cloc, clac.

—Sí, hija mía, tienes razón.

Si estás dispuesto a escuchar, tus hijos te enseñan a ti muy pronto, desde que empiezan a descubrir la vida y los colores y lo absurdo de algunos comportamientos adultos. Si estás dispuesto a escuchar, nuestros hijos han venido para eso. Para enseñarnos. Para que aprendamos.

—Es que, pobre Alberto. A él no creo que le escuchen en su casa —me dice mi hija.

—Ya. —Estoy un poco avergonzada—. Estoy un poco avergonzada, Eva. Perdón.

—No importa, mami. Aquí está el baño de profesores.

Es un cubículo pequeño, muy pequeño. Tengo mucha dificultad para desabrocharme los pantalones. Le doy la capa negra a Eva, que me espera fuera.

—¿Te ayudo, mami? —me pregunta.

Esto también pasa, a nuestros hijos les encanta ayudarnos. Desde muy pronto, desde que sienten que los cuidados los pueden ejercer ellos, y a mí esto me conmueve profundamente. Odio estar mala, odio depender de nadie, pero el hecho de que sean mis cachorros los que me ofrecen su ayuda hace que me derrita un poco por dentro.

La postura para hacer pis es complicadísima. Al otro lado de la puerta se oye a Eva.

—Pero, mami, gracias.

—Gracias, ¿por qué, mi vida? —pregunto, agachada, sin sentarme en la taza, apoyada en la muleta, el cabestrillo en las rodillas y la

bota encajada entre la puerta y el retrete.

—Por venir a hablar con Rosario. Por hacer algo.

Siento que Eva se ha hecho mayor, que ha madurado. Que la terapia le ha enseñado a expresar sus sentimientos, a pensar en el otro, a hablar de lo que le pasa, a ver.

—No me lo puedo creer. No hay papel.

—Espera que te paso el rollo del baño de al lado.

Espero en esta postura absurda. El colegio está en silencio. Solo se escuchan de vez en cuando la rueditas del carro de la señora que limpia en el piso de arriba. Eso espero, que sea ella, porque parece un fantasma. La manita de Eva se cuela por la puerta entreabierta, las uñas mordidas y pintadas de negro, muy malamente pintadas. La pulsera fluorescente en la muñeca y los restos de purpurina recorriendo el antebrazo. Sonrío.

—Mami, ¿podemos ir de compras? Me gustaría tener un *crop top.*

Estoy al otro lado de la puerta, puedo dejar que corran las lágrimas por mis mejillas sin que nadie me juzgue.

—Claro, Eva. Vamos a comprar más de uno.

—Gracias, mami.

Sonreímos las dos. Cada una a su lado de la puerta.

19
Construir el terrario

Abro los ojos al escuchar los ladridos de Amy. Siempre se vuelve loquísima cuando oye el timbre de la puerta. Me desperezo y miro alrededor. Mi despertador marca las doce. Imposible. Me froto los ojos, me restriego los ojos, si quedara algo de máscara de pestañas, yo ahora: modo panda. No había vuelto a dormir hasta las doce desde los tiempos de la universidad, cuando salía en carnaval en Tenerife y me acostaba al amanecer. ¿Las doce? Agradecer. Primer pensamiento del día: pensamiento bonito de agradecimiento. ¿A quién agradezco? A la vida. Momento de tomar consciencia. ¿Están Eva y Jorge conmigo? Están, claro que están, pero si hoy vamos a construir el terrario, pero si habíamos quedado a las once, pero si sigo en la cama. ¿Por qué sigo en la cama? ¿Estaré enferma? Oigo voces en la planta baja. Oigo voces en el patio de atrás. Las ventanas de mi habitación dan al patio de atrás. Llaman a mi puerta, es Eva.

—Mami, estabas frita y te dejamos dormir. Estamos abajo todos. Y ha llegado Marcus. Dice que quiere darte una cosa.

Eva se cuela en mi cama.

—No me puedo creer que no me haya despertado a las ocho, amor. Son las doce. ¿De verdad son las doce?

Eva sonríe. Me enseña un dibujo que ha hecho. Es una madre y un niño y una niña y un caracol y una perra. Debajo pone: «FELIZ

DÍA, MAMI. TE ADORISISISISISISISISIMO». Lo ha coloreado todo como un arco iris y se me ensancha el corazón.

Ya me acuerdo. Por las mañanas tardo un poquito en ubicar la vida. Hoy es 1 de mayo y se celebra el día Internacional de los Trabajadores. Pero, además, cae en domingo y el primer domingo de mayo en España se celebra el Día de las Madres. Vaya coincidencia. Ser madre, ese trabajo de por vida que nunca se reconoció a nuestras madres, trabajo no remunerado que te arrasa si te dejas, madres todas, esas madres derrapando y haciendo pis en *parkings,* entre coche y coche, a escondidas, porque no encontraron un baño público cerca, porque bailaron cruzando las piernas o movieron sus caderas hacia adelante y hacia atrás en el asiento del coche mientras conducían hasta que ya no pudieron aguantar más.

Sé perfectamente que el Día de la Madre es un invento de unos grandes almacenes para vender, para obligarnos a gastar dinero, pero yo me lo celebro. Me celebro la maternidad igual que me celebro el día que parí a Jorge y el día que parí a Eva. Además de sus cumples, ese día celebro que yo los traje al mundo, que fui capaz. Me lo celebro mucho. El trato que hice con Eva y Jorge para los regalos de este día, el Día de la Madre oficial, porque creo que los trescientos sesenta y cinco días del año son nuestro día, es que tienen que ser regalos que no se puedan comprar. Esos regalos los tienen que hacer ellos.

—Di a Marcus que espere un segundo, porfa. Me pongo un chándal y bajo.

—Pero no tardes, mami, que abuela lo quiere interrogar sobre Rusia. —Nos reímos las dos.

—¿Qué llevas escrito en la mano? —pregunto.

—Petestroica. Es de las cosas que quiere preguntar abu a Marcus.

Me río. Pero también me doy cuenta de que tengo que darme prisa.

—Ve bajando tú y no dejes pasar a Marcus al patio de atrás hasta que yo lo vea. ¿Vale?

—Vale. ¿Te gusta mi dibujo? —me pregunta.

—Me chifla. ME CHIFLA. Y estás guapísima. Me encanta el top. —Le guiño un ojo.

—También he preparado el cartel del terrario, mami. Se va a llamar LA CASA DE LOS BICHOS. Pero en inglés: Bitches' House. Lo he hecho grande y en mayúsculas.

Y se va. El sonido de su risa se expande por la escalera.

«Mierda —pienso—, si es que no hay que mentir a los hijos».

Eva sonríe grande. Con esos dientes que no le caben en la boca. Yo sé que esa carita crecerá para que todas las facciones encajen: los dientes, los labios carnosos, los ojos gigantes con pestañas larguísimas, pero ahora la cara de Eva es como un dibujo animado, preciosa y con proporciones caprichosas. Por fin viste un top de tirantes. Casi me desmayo cuando pidió probárselo en la tienda. Le cogí dos y disimulé todo lo que pude una alegría inmensa. Gustarse uno mismo. Gustarse una misma. Atreverse a enseñar parte de tu piel y abandonar la camiseta de la jirafa. Encima del top hoy lleva una camisa *oversize* de su padre. A Eva ahora le encanta rebuscar en nuestros armarios y este juego a mí me parece el ejercicio de búsqueda de estilo que ella necesitaba. El top aún no ha paseado la calle. Pero lo hará. Y a esos hombritos les dará el sol este verano.

Luego le explico lo de las *bitches*. Sí, no queda otra.

Reviso mi móvil. Entra un mensaje de mi ex: «Disfruta de este día. Eres una muy buena madre».

Sonrío y respondo: «Gracias. Lo intento cada día, ser buena ma…». Lo borro. «Gracias. Es un detalle que me…». Lo borro. «Gracias». Lo envío.

Respiro. Estoy bien.

Estar bien es muy muy bien. Estar bien es el objetivo. Dicen que la perfección mató a lo bueno. Estamos tan empeñados en llegar a la perfección que se nos olvida lo bueno que es lo bueno. Lo sencillamente bueno. Lo pequeñamente bueno. Además, nadie es feliz del todo. Nunca. No se puede. No se debe.

Palpo con las manos mis lumbares e intento hacer un pequeño estiramiento. Aún duele un poquito. Pero el dolor es más leve. Es un dolor/recuerdo para que no me confíe. Para que esté atenta durante un tiempo.

Me asomo por la ventana. Siempre que me asomo a una ventana o a un balcón vuelvo a ser aquella niña encerrada en un piso

pequeño de un barrio cualquiera inventándose la vida de los demás. Soy esa niña que pasaba horas asomada al balcón mirando el bar, la librería, la señora calva que nunca salía a la calle en el balcón de enfrente y que a veces me saludaba. Soy la niña que observaba y que no encontraba a quién quería parecerse. Quizá soy mi hija.

Hoy me encanta lo que veo. En el patio, esparcidos por el césped verde chillón de plástico, están todas las cosas que compramos en aquella ferretería el día que llovía mucho y Eva fue a su primera terapia. El día que mi madre me dijo que lo sentía. El día que lloré primero mientras llovía y reí después a carcajadas. El día que mi madre, a su manera, me pidió perdón. No me puedo creer que mi familia entera haya accedido a pasar un domingo construyendo un terrario para un caracol, que ni siquiera es el primer caracol, el auténtico, aquel que encontró Eva y luego perdió, pero esto yo no se lo voy a contar a nadie, lo sabe Celia y lo sospecha Marcus. También veo el cartel. Es gigante. Me encanta que nadie le haya dicho a Eva lo que significa *bitches* en realidad.

Mi padre está dirigiendo la obra. Ha dibujado en un papel los pasos que hay que seguir y al lado distingo el libro que compré en mi librería favorita y que contiene el precioso dibujo que queremos reproducir. Mi padre desplaza de un lado a otro las herramientas, mallas metálicas, plantas, una manguera, los palos de madera, el musgo y las rocas que hemos traído del monte. Mi madre le indica y corrige y ordena y el hombre no se aclara. Entiendo que entre los dos están decidiendo cuál es el mejor lugar para ubicarlo. Y ella habla, claro, habla sin parar:

—Me lo sacó tu padre de gugle. Qué cosa. Qué cosa. Ay, madre mía, gugle. Lo que quieras te lo cuenta. Pues le pregunté. Ay, niño, cuidado ese palo tan alto, ay, el palo. Vale, pues me apunté lo de la ensaladilla rusa y se lo pregunté a gugle, porque yo quiero saber de qué hablar con ese hombre, que me gusta para tu hermana, porque es grande ese hombre. Niño, tú no eres grande, pero no importa. Para tu hermana me gusta un hombre grande, bueno bueno, pues fue un cocinero francés que no me voy a acordar del nombre, pero era Oliva, Oliver, algo así, pero el francés estaba en Rusia cuando la inventó, pero luego no, porque esto también le pasa a gugle, que te

cuenta tantas cosas que hay otro que dice no, no fue Oliver, sino que la ensaladilla ya estaba antes de Oliver, que no me acuerdo del año, la cosa es que al principio era una ensalada con mayonesa. Y ya está. ¿Te lo puedes creer? Hasta langosta le ponían. Con lo cara que está la langosta, le voy a poner yo mayonesa a una langosta, sí, hombre. Niño, vas a darle un golpe a alguien con ese palo tan alto, ponlo en el suelo, muchacho. Y también saqué del ordenador, bueno, me lo sacó tu padre de gugle, la montaña rusa. Eso sí te vas a reír. ¿Tú sabes cómo llaman los rusos a la montaña rusa? Montaña americana. Jajajajajaja. Y los americanos la llaman montaña rusa. Todo al revés. Eso sí me lo creo más, dice que era por los toboganes que hacían en invierno en la nieve los rusos. Ay, qué frío, ¿eh? Qué frío en Rusia. Yo nunca nunca me he subido en una montaña de esas, quita, con los burpins*,* que te quedas con la cabeza para abajo, yo siempre pienso: ¿pero no se le caen las gafas a la gente, y las llaves y las carteras de los bolsillos? Celia, mi amor, ¿tú crees que Marcus se quedará a comer? Porque yo sí quiero que pruebe mi ensaladilla rusa. Sí. Sí. Muchacha, qué mal te queda ese traje, jajajajaja, es que te pareces a Aurora la Macha, ¿te acuerdas, niño? A mí me encantaba mirarla, me quedaba embobada. ¿Te acuerdas, niño? No llevaba sostén. No llevaba. Y se vestía como un hombre, totalmente como un hombre, pero, claro, los pechos se le movían debajo de la camisa, una camisa blanca, imagínate, y yo me quedaba boba mirando sus pechos. ¿Niño, tú crees que si pones en gugle Aurora la Macha nos sale una foto? Como tenía un bar en la plaza del Tranvía, a lo mejor hay fotos de ella. Y también quiero preguntar a Marcus por Anastasia, a mí que me lo explique bien porque la confundo siempre con Ana Karenina.

Mi madre está horrorizada con la vestimenta de mi hermana porque Celia va de Gloria Fuertes, le ha robado un traje y chaqueta a mi padre, pero no se ha cortado aún el pelo, así que aunque le copia los andares y el pitillo y la corbata a la poeta y yo diría, que hasta se está tomando un *whisky,* resulta un híbrido entre Shakira y la escritora. Y da risa, me entra la risa floja. Ojalá le den esta película.

Cordelia y Paloma ya han llegado también. Están sentadas tomando café. Hace sol. Y el cielo está azul celeste. Azul celeste de Madrid. Cordelia se ha remangado sus pantalones de chándal de color violeta y Paloma lleva violeta una pañoleta. Cordelia me enseñó la foto, una tarde, tomando un café, como se confiesan los secretos, sin que el otro lo pida. Estábamos solas ella y yo, y dijo:

—La foto, querrida, qui sé qui querrías verla. La llevo siempre conmigo en mi carrrtera.

En la foto hay un padre, una madre y dos niños con cara de susto y de mucho frío. Niños de unos doce años. ¿Mellizos? Creo que sí. Uno de ellos, pelirrojo, con el pelo echado hacia atrás, tez muy blanca como mi amiga.

—Tú, ¿dónde estás? —pregunto.

—Ahí. Ti dije un día qui mi padrrre mi vio, inseguida, mi vio. Entré a Madrid con mi falda ya puesta. Con pelo suelto y otro estilo. Tengo mucha suerte con mis padres de ser mis padres. En Madrid más fácil.

Sonreí y no pregunté nada más. De hecho, no habría hecho falta que me contara nada más. Y me encantó que me enseñara la foto, que compartiera su secreto conmigo sin yo pedirlo.

Jorge persigue a Celia con un libro en la mano. Seguro que le lee fragmentos de alguna novela que ella le ha descubierto. O poemas. O incluso algo que haya escrito él. Mi lector incansable.

Eva aparece, se quita la camisa *oversize* y la ata a la cintura. Ahora despliega su efervescencia. Está preciosa. Tiene un estilo. Por fin, tiene un estilo.

Me miro al espejo, me lavo la cara con jabón y mucha agua, me pongo mi contorno superhidratante de baba de caracol y el sérum que me regaló Cordelia. Recojo el pelo en un moño alto y decido no tapar. Cero maquillaje. Observo las ojeras, las manchas, las arrugas en el entrecejo y en las comisuras de la boca —«esto es de reírme mucho», me digo, y vuelvo a sonreír—. Estoy tentada de untarme iluminador cual mantequilla en una tostada mañanera, pero levanto la cara y le digo al espejo que no. Me lo digo a mí, a mi reflejo. No, no me maquillo hoy. De momento no. Hidrato los labios y me detengo un poquito más a mirarme. Lo hago poco esto de mirarme.

Siempre estoy demasiado cansada. Me acuerdo de que ya no tengo trabajo porque lo dejé la noche loca de los Goya y me digo también mirándome a los ojos que todo va a estar bien. «Todo va a estar bien porque todo está bien».

Abro el cajón donde guardo la ropa de deporte y me pongo unos *leggings* negros, un sujetador deportivo y una de mis camisetas favoritas rosa fucsia, muy usada, muy viejita; le recorté las mangas en un sofoco menopáusico y ahora me gusta más, me encanta lucir mis brazos fuertes, que ya no cargan a mis hijos como lo hice cuando eran bebés, eso me da pena, ya solo cargo a Amy.

Bajo las escaleras despacio. Escalón a escalón para no caerme y que no se me acentúe el dolor y me encuentro de frente con Marcus.

—Qué guapa de recién de levantada. Perdón —rectifica—. Se escapó piropo.

Sonrío. Marcus huele muy bien. Huele a fresco.

—No importa —le digo—. Gracias. Este piropo es diferente, Marcus. Gracias.

Marcus me da la bolsa que me olvidé ayer en el taxi y rozo sus manos y sé, por fin, que algo me pasa. Que no estoy del todo muerta, que me encantaría que me abrazara. Lo miro hacia arriba. Me doy cuenta de que nunca le había visto fuera del taxi. Tomo consciencia de su altura y dimensión. Es un hombre grande. Deseo fuertemente perderme en su cuerpo. Me acerco para darle dos besos.

—Qué bien hueles, Marcus —se me escapa—. Perdón. Ahora piropo yo.

Me pasa esta cosa absurda con Marcus que como él habla mal, gramaticalmente mal, construyendo las frases como un robot, acabo haciendo yo lo mismo, que no sé si es por empatía o por idiota. Pero cuando me pasa, me ruborizo.

Suelta carcajada. Se ríe grande, ruidoso.

—Hoy no huelo a todas las personas. Hoy no trabajo. Limpio taxi los domingos, siempre, y paso día con mi hija. Hoy huelo a yo mismo. Los días largos de taxi huelo a todas las personas que se suben a mi coche. A los perfumes de las personas que llevo.

Me gusta Marcus. Reviso la bolsa que me ha entregado. No era necesario que me lo trajera, ahora que lo pienso, son bolis, rotus y algunos pósits que compré para hacer el cartel del terrario que ya ha hecho Eva, ella sola. Pero Marcus preguntó y me pareció buena excusa para verlo.

—¿Quieres quedarte a tomar un aperitivo? —le digo.

—No puedo. Recojo hija en casa su amiga y día juntos.

Se va hacia la puerta. Anda despacio. Lleva un pantalón color caqui y un polo azul marino y deportivas. Nunca pensé que un taxista llevara Converse negras. El pelo canoso y un poco alborotado. Camina hacia la puertecita negra de la calle.

—Oye, Marcus, ¿podemos quedar un día tú y yo a tomar algo? —pregunto un poco sin darme cuenta.

Abro la boca y brotan las palabras cual mariposas. No sé si soy muy consciente de lo que estoy proponiendo. Ha sido como un impulso. O un sin querer queriendo: las palabras han salido solas desde el corazón, subiendo por mi garganta y atravesando mi boca.

—¿Como cita, tú y yo? ¿Cita verdadera?

—Sí, claro —le aclaro.

—Sí, claro —me contesta.

La pesadilla

Soy una niña de siete años, me acabo de despertar, está oscuro. Me tengo que vestir sola, el uniforme, la faldita de cuadros y los calcetines y los zapatos. La camisa es de tela, no de punto, y el cuello es rígido y llevo corbata. Empieza el olor, viene desde la cocina, pero el piso es muy pequeño, así que en cuanto se prepara el desayuno, el olor se propaga como un gas, ocupando todos los rincones. Primera arcada. Retraso todo lo que puedo ir a la cocina.

Voy al baño y me peino durante un rato, que me parece eterno, la oruga de *Alicia en el país de las maravillas* me observa mientras canta, susurra algo, va a hablar, echa humo, humo morado, humo rosado. Oigo que me llaman:

—Candeeeeee.

Voy. Llego. Me siento frente a mi madre. Estoy muy revuelta. Segunda arcada.

—Mami, tengo ganas de vomitar.

—No se te ocurra.

Vomito, me mancho la falda porque no llego a tiempo al fregadero, y primera bofetada. Y luego las demás.

Negro.

Me despierto otra vez en la misma cama el mismo día, vuelvo a tener el pijama puesto. El uniforme sobre la silla. Hoy empezaré por el calcetín izquierdo a ver si algo cambia. El calcetín blanco, solo hay

un calcetín y el otro, no quiero darme la vuelta, ni hermana duerme, no quiero que se despierte por si otra vez hay bofetadas.

Detrás de mí respira un monstruo. No, no me voy a girar. ¿Y si me tapo la nariz con algo? Una bufanda. Busco una bufanda. Abro el armario, hay un caracol gigante que me mira, saca los cuernos y me asusta, pero no tanto, tengo más miedo al desayuno, a lo que hay en la cocina, que al caracol encerrado en el armario. Cierro la puerta, soy chiquita, muy chiquita. Voy a aguantar la respiración, desayunaré sin respirar.

El olor se cuela por el pasillo. Me siento a desayunar, primer sorbo de leche, primera arcada.

—Aquí no —dice mi madre.

Me arrastra hasta el patio y vomito. Bofetada en la cara y luego las demás, pierdo la cuenta.

Me despierto, otra vez siete años o son ocho, pero ahora ya llevo puesto el uniforme. Dormí con el uniforme. El olor. No quiero ir a la cocina, me escondo debajo de la cama. Me gritan, voy a la cocina, primera arcada.

—Al patio—grita ella.

Está mi padre ahí también, pero hace que no me ve. Hace que no oye. Hace que no mira. Primera bofetada y luego las demás.

Me despierto, ahora soy yo, la de los cuarenta y cuatro años, pero estoy en la litera y mi hermana duerme abajo. En la camita de abajo, y el uniforme está listo para ponérmelo y el olor está listo para provocar mi vómito. No quiero que mi hermana se despierte. La cuido. Y llego a la cocina y no quiero entrar. Oigo a mi madre llorar.

—Siéntate, que se enfría la leche.

Mi madre está triste. Mi hermana está sentada a la mesa. ¿No estaba dormida en la litera, en la cama de abajo? Ah, que estoy soñando, que esto es una pesadilla. No quiero que mi madre esté triste. Celia baja la cabeza, mira su leche y su galleta untada con mantequilla, sabe lo que viene después: el olor, el vómito, la primera bofetada y luego las demás.

Soy mayor, soy yo. Vuelvo a llorar. Vuelvo a ser arrastrada al patio. Vuelvo a ser golpeada. Y lloro. Y ahora hay una mariposa gigantesca pegada a la ventana en el minúsculo patio en el que guardamos los

zapatos. Apesta a sudor y los azulejos son color caca, color marrón, con una margarita ocre y amarilla en medio, y la llave de la pila de lavar está sujeta por una manguera amarilla y verde, porque lo remendó mi padre y en esa manguera fijo mi mirada mientras aprieto fuerte las lágrimas en la garganta, y la mariposa agita sus alas y me llega el aire y, por primera vez, se me pasa el vómito y logro contenerlo. Son arcadas, solo arcadas.

—Respira —me dice la mariposa.

—Respira —me dice mi hermana desde la mesa.

«Respira», me digo yo con cuarenta y cuatro años vestida con un minúsculo uniforme del colegio de monjas. No vomito y viene mi madre hacia mí, y le digo:

—No. Ya no. A mí me toca sostenerte, mamá. Sostenerte. Voy a curar la herida.

Y mi madre empieza a llorar. Lo que no lloró nunca. Ni de chiquita. Ni cuando parió y tuvo miedo. Y siento que se vuelve azul sobre nosotras y es la mariposa gigante que expande sus alas en el patio minúsculo y maloliente y entonces viene Celia y nos refugiamos las tres bajo las preciosas y coloridas alas de la crisálida que de repente se desvanece en agua y nos moja y ya no sabemos si estamos mojadas por las lágrimas o por el agua azul que es como agua de mar, pero estamos abrazadas las tres y la pesadilla ahora es un sueño y me duermo y ellas también. Juntas. Las tres.

Agradecimientos

Gracias, Eduardo, por escucharme, por permitir que llenara las paredes de tu casa de Bruselas de pósits de colores, por crear allí esa habitación propia donde escribí gran parte de la novela, por conducir en silencio mientras yo le daba a la tecla, por preguntar siempre ¿cómo va el caracol? Por confiar en mí, gracias de corazón. No habría acabado esta historia sin tu entusiasmo.

Gracias, Isabel Blasco y Olga Adeva —mis editoras—, por pensar que yo podía escribir una historia larga, por leerme con gusto y decir «esto va muy bien». A veces uno solo necesita que alguien le diga que puede hacerlo.

Gracias, Nicolás y Julia, porque sois mi inspiración y mi forma de descubrir el mundo. Los hijos vienen para enseñarte. A mí los míos me enseñan cada día una nueva manera de mirar la vida. Cada día. Y soy la persona que soy porque soy su madre. No lo cambio por nada del mundo. Ser madre es mi trabajo favorito de todos y he tenido muchos trabajos.

Gracias, Patri y Arsenio, por ser mi hermana y mi hermano. Por mantener firmes las raíces del barrio, por llorar a carcajadas conmigo cuando recordamos las eternas tardes aburridas del piso de Princesa Iballa en La Cuesta en Tenerife. Por tener telepatía, telepatía fraternal. Les amo infinito, a ustedes, en canario y para siempre.

Gracias, mamá y papá, gracias, Chana y Arsenio. No me salen las palabras para expresar cuánto os quiero y lo feliz que estoy de tenerlos a los dos a estas alturas de mi vida. La novela la vamos a leer juntos.

Gracias, Omar Ayuso, la primera persona a quien leí un poquito de *El caracol*. Sucedió de gira, en la puerta de atrás de un teatro, antes de la función, mientras él se fumaba un cigarro yo leía nerviosa y muy insegura. Al acabar busqué su mirada, levantó la vista, sonrió y dijo «no me lo esperaba». Esa frase me dio mucha fe. Gracias, amigo del alma. Soy tu amiga más intensa y pesada, pero te quiero mucho.

Gracias a mi maestra Juana Teresa, ella en quinto de EGB cuando yo tenía diez años me enseñó a leer, a ver más allá de las palabras. Ese año aprendí a ir contenta al colegio.

Gracias, Pedro Garay y Alejandro Madrid, por acompañarme, por ser mi red cuando salto al vacío y mi red cuando no hay salto que dar —manera cursi de decir cuando hay trabajo y cuando no—. Vosotros y todo el equipo Garay Talent me hacéis entender esta profesión y me sujetáis con amor.

Gracias, Paco Tomás, por dedicarme una tarde y elegir juntos a Gloria Fuertes como bandera de toda la segunda parte del libro. Gloria Fuertes es ahora una de mis musas.

Y gracias a ti, lector, que has elegido este libro, porque probablemente me conocías de las series, las películas o el teatro, y que me hayas concedido la oportunidad de contarte una historia me conmueve profundamente.